

LANGOSTAS DEL ESPACIO



AUTÓMATA...

William F. TEMPLE

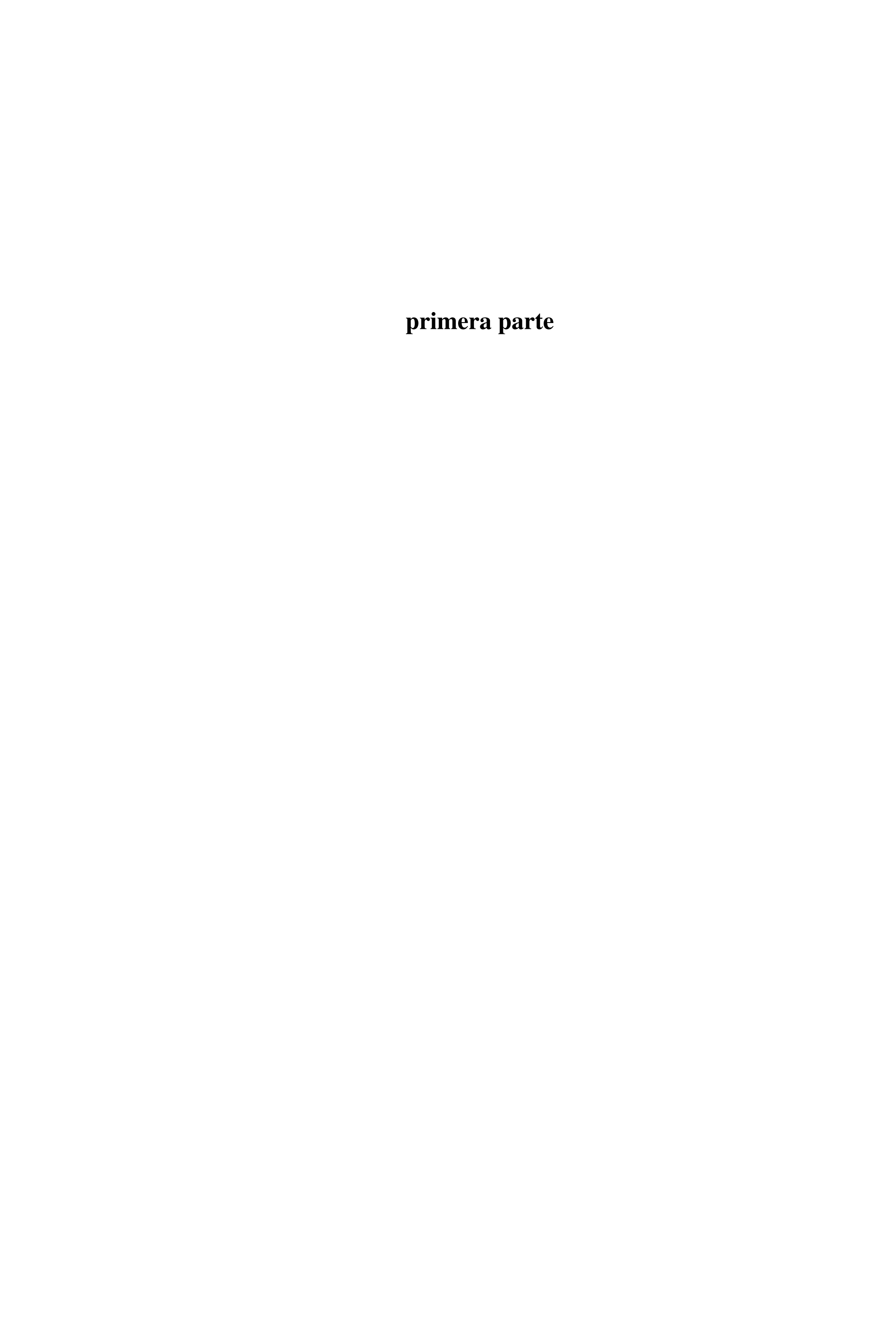


NOVELA DE CIENCIA - FICCION



AUTÓMATA

William F. Temple



primera parte

Capítulo I

Me llamo Charles Wallace Magellan, lo que suena como un nombre que debiera significar algo. Mi padre estaba seguro de que lo significaría.

Yo siempre lo dudé. Pero, tal como las cosas se han ido poniendo, ha tenido razón, aunque no en la forma que él calculaba. Mi padre siempre había esperado que yo continuara sus negocios y me enseñó todo lo que sabía.

La verdad es que hice todo lo posible para seguirlo y ser digno de él. Papá había sido el mejor forzador de cajas de caudales que había habido desde los tiempos de Jimmy Valentine. Pero la época estaba en contra de mí, como, por lo demás, lo estuvo en contra de mi padre durante la última mitad de su vida.

Una especie de febril plaga mecánica había herid al mundo, y el salpullido se hizo permanente casi antes de que nadie se diera cuenta. La plaga era la automación. Después del delirio inicial, la humanidad se dio cuenta de que había sido arrastrada a un mundo muy diferente: el Mundo de la Abundancia, la Era del Ocio. La maldición de Adán había quedado abrogada.

Lo que significaba que muchísima gente se encontró sin empleo. «Muchísima gente» incluía a criminales, hasta entonces empedernidos, como mi padre. Todo el mundo podía conseguir las cosas materiales que necesitaba de las cornucopias mecánicas. Así se perdió en gran parte el sentido del valor del dinero. Lo dejaban en cualquier parte. Cualquiera podía cogerlo y llevárselo.

Las cajas de caudales pasaron de moda como los castillos y los fosos, y por la misma razón: ya no se las necesitaba. Todo aquello rompió el corazón de mi padre. Podía haber pasado de todas maneras, pero es que a él le gustaba fastidiarse a sí mismo.

—Esto no durará, hijo mío —me decía él, demasiado a menudo—. La gente tiene ahora excesiva abundancia de todo. Pronto se aburrirán mortalmente. ¿Por qué? Porque los hombres no están hechos para estar todos al mismo nivel. Mucha gente necesita hacer cosas que los otros no hayan hecho nunca: un collar de brillantes mejor, un reloj de oro mejor.

Mi padre era: ocurrente, pero sólo en su campo particular. Como la mayoría de los criminales, era una criatura de hábito. Su manía eran las joyas. Conocía a los peristas más seguros y menos voraces. Pero las máquinas podían hacer, y las hacían, piedras artificiales mayores y mejores que las naturales. Uno podía conseguirlas actualmente por unos céntimos.

Los peristas se retiraron a cultivar sus tomates en sus corrales. Los ladrones profesionales se dedicaron al póquer para mantener la excitación.

Mi padre no era aficionado a las cartas. Perdió todo objetivo y se puso a rumiar los buenos días pasados. A menudo, lo sorprendía dedicado a meditar

sobre sus recortes de Prensa con sus grandes titulares halagadores: *Ladrón de cajas de caudales roba las piedras preciosas de Hopeworth.*

Entonces me contaba, una y otra vez, cómo lo había hecho. Pero yo no llegaba a gritar de aburrimiento, porque lo apreciaba. Un día las inacabables historias acabaron. Lo encontré tirado sobre uno de sus gruesos álbumes y pensé que estaba dormido, hasta que vi el frasquito vacío que tenía junto a la mano.

No había dejado ninguna nota de suicidio. No tenía por qué hacerlo. Yo sabía cómo el Mundo de la Abundancia lo había colmado del sentimiento de frustración. Hasta entonces yo había tomado esta última palabra tal como venía. Luego, porque ésta había matado a mi padre, comencé a odiarla también. Irracionalmente, como un criminal nato, me vengué en la sociedad.

Robé a las gentes, jugué con ellas, las volví locas, y gusté de la subsiguiente sensación de poder. Lo hice en la única forma en que era posible en aquellos días. Fui Magellan el Medium.

Leía en las mentes de las personas y les decía lo que ellas ya sabían... y nunca pude adivinar por qué creían que esta era una prueba de la vida eterna.

Hacía: que las mesas dieran golpecitos y se elevaran sobre el suelo. Hacía que las luces de la habitación disminuyeran su fuerza o se extinguieran y dejaba que el «ectoplasma» tomara cualquier forma, que era precisamente la que los que estaban sentados a la mesa deseaban ver. Todos estaban ansiosos de realizar esos milagros para mí.

Mediante voces dirigidas, yo era para los asistentes el tío difunto, la tiíta muerta, la esposa desaparecida, el amante y la querida. Nunca un hijo, porque yo, en el fondo, soy un sentimental. Descubrí que había un deseo ampliamente extendido —y no sólo entre mis extraños grupos de oyentes— de tener la seguridad de que existía otro mundo más allá de esta tierra de leche y miel.

Para combatir el tedio, presentaba quincenalmente a cualquier celebridad. Julio César, por ejemplo, aunque yo hacía un trabajo más completo y mejor con Lincoln. Mi favorito personal era Napoleón Bonaparte. Pero rara vez se me daba bien tanta grandeza. Por otra parte, los clientes habituales preferían obtener su ración de esperanza directamente de los labios de algún tiíto Fred.

Aunque resulte extraño, la moderna concepción del paraíso era un lugar donde uno no era sólo un mamoncillo de un gran rebaño, sino un ser individual a quien se le permitía realizar una determinada clase de trabajo para ganarse su cotidiana subsistencia.

—Amaso todo el pan para nuestra pequeña comunidad —croaba yo en mi papel del difunto Guggenheim.

Y Guggenheim hijo, todo oídos, miraba envidiosamente y murmuraba:

—¡Cómo me gustaría estar contigo, papá!

Les dije a los Guggenheim, a los Smith y a los Jackson todo lo que ellos querían creer; los hice así felices y yo mismo fui feliz aceptando los

regalos que ellos me ofrecían, agradecidos. El resultado fue un beneficio efectivo para la comunidad a la que yo explotaba. Después de varios años en el negocio, tuve la colección más completa de obras artísticas y antigüedades en Londres, y una hermosa casa estilo georgiano en las alturas de Hampstead.

Entre mis antigüedades se incluía un automóvil Rolls, de esos que andan por combustión interna. Se me había metido en la cabeza conducir personalmente. Los modernos coches electrónicos de conducción automática, que nunca chocan con otro, ni se precipitan por un barranco, ni se salen siquiera de la carretera, me aburren. Para eso, es mejor andar a pie.

Hampstead, como siempre, tenía una población en alza. Se formaban pequeñas colonias de extranjeros, luego crecían, se iban desvaneciendo y desaparecían. Una nueva colonia me asombró un poco. Se extendía como la mala hierba, y sus miembros eran pequeños de altura, de amarillos rostros y todos hombres... no vi nunca ni una sola mujer. Hablaban muy poco en público. Cuando lo hacían, sonaban sus voces como un cuchicheo sibilante. La gramática y la pronunciación eran impecables, pero, desde luego, no eran ingleses. Cada *ese* era un siseo. Y hablaban monótonamente, sin expresión, como actores chinos.

No podía localizar el país de donde procedían, pero adivinaba que era un sitio cálido. Incluso en los pocos abrasadores días estivales, esas gentes llevaban gruesas chaquetas. Si soplaba la más ligera brisa, se echaban hacia arriba los cuellos y se apresuraban a meterse en sus casas.

Encontraba más y más de ellos en torno de mi casa, conforme pasaban los días.

Un día, uno de ellos llamó a mi puerta. La abrí. Había algo extraño en sus ojos, pero *ya* lo había notado en los demás. El iris era tan negro, que las pupilas no se distinguían. El que lo miraran a uno con esos dos discos vacíos, resultaba bastante molesto.

—¿El señor Charles Magellan? —dijo con un chirrido de neumático al frenar.

—El mismo que viste y calza —admití.

—Quisiera hablar con usted de unos asuntos

— insinuó, y esta vez su voz pareció ser el silbido de una serpiente.

—Pues no faltaba más. Pase, pase usted.

Entró, tan silencioso y tan pegado a mí que, cuando me detuve en mi sala de estar, noté que me estaba exhalando su aliento en la oreja derecha.

—Me llamo Willoughby —dijo.

Me pareció muy poco probable, pero asentí como si me lo creyera y pregunté:

—¿Desea usted concertar una sesión?

No replicó inmediatamente. Sus ojos de mármol negro miraban en torno, estudiando la habitación. Luego, los dirigió contra mí y silbó:

—Se trata de asuntos serios.

Me fue más antipático que antes, lo cual era difícil. Me coloqué la

expresión de mi más dulce sonrisa y dije:

—Mi querido señor Willoughby, ¿qué puede haber más serio que hablar con los que nos dejaron?

Despreció la pregunta y dijo:

—El gobierno tiene necesidad de esta casa. Quizá podamos arreglar las condiciones.

Mi sonrisa se ensanchó un poco.

—¿Podamos? ¿Es que es usted el gobierna?

—Por lo menos, soy parte de él. Soy el ayudante del subsecretario del director.

—Muy bien, acepte usted mi enhorabuena.

—Posiblemente no se da cuenta de que el gobierno posee todas las casas de esta barriada excepto la de usted.

—No lo sabía, señor Willoughby, pero lo sé ahora. ¿Quiere usted completar la colección?

—Algo por el estilo.

—Ya me lo imaginaba. Dígame, ¿es que las casas del Parlamento no son lo bastante espaciosas para alojarlos ahora?

Willoughby empezó a explicar sibilinamente que el director creía conveniente tener a todos los miembros de su círculo íntimo viviendo en la misma vecindad, de forma que pudiesen celebrar reuniones extemporáneas.

Yo no lo oía más que con un oído, aquel por el que me soplaba. Hacía mucho tiempo que la política había dejado de interesarme. Era una cosa que iba de mal en peor.

A uno le permitían votar para elegir el director científico local. Al objeto de demostrar que la democracia alentaba aún, podía uno elegir entre tres. El día de la votación se esperaba de uno que apretara cualquiera de los tres botones colocados en el panel electoral que existía en cada casa.

En alguna parte, un computador hacía las cuentas y, a medianoche, la lámpara de la victoria se encendía sobre el botón del ganador. Hacía años que yo no había esperado nunca aquel momento. Hacía años que yo no había apretado ninguno de los botones.

Yo, y mucha gente, sabíamos que el señor Green Button no representaba a Smith, Jones o Magellan. Representaba' a una cosa abstracta llamada Ciencia. ¿A quién le importaba? No había minorías oprimidas, no había racionamiento en nada, no había injusticias por las que protestar.

Y, sin embargo, mientras escuchaba distraídamente al verboso Willoughby, empecé a preguntarme si no debíamos habernos preocupado un poco más. ¿Quién sabía exactamente quiénes eran los dirigentes del gobierno o qué se proponían éstos? Era una pregunta que sólo ellos podrían responder.

Los que votaron a favor de este hombre escurridizo de ojos parecidos a los de la serpiente, ¿sabían a quién estaban votando? ¿Había más gente en el gobierno como él? Empecé a preguntarme en qué consistiría esta colonia de chupados burócratas. Recordando cómo susurraban con aire de conspiradores

cuando se reunían, presentí que había algo en el aire, algo que no olía como un manojo de rosas.

Devolví toda mi atención a Willoughby. Estaba sugiriendo que, a cambio de mi casa en Hillcrest, el gobierno me cedería una hermosa mansión en Regent's Park.

—¿Qué pasaría si digo que no?

—Entonces, el director haría que el gobierno emplease sus poderes plenipotenciarios para requisar esta casa.

—Hablando claro, que me echarían a la calle.

Willoughby encogió sus casi inexistentes hombros.

Decidí que era hora de que alguien metiese la nariz en aquel nido de víboras y que muy bien podía ser mi nariz, puesto que se me presentaba la ocasión.

—Mire, Willoughby, me gustaría discutir esto directamente con su número uno, el director en persona. Si él me lo explica de una manera razonable, entonces trataré de ser razonable yo también.

—El director —dijo Willoughby heladamente— no dispone de tiempo para desperdiciarlo discutiendo asuntos insignificantes como éste.

—Comprendo muy bien. También yo soy un hombre muy ocupado. Vaya usted con Dios, Willoughby. Cuando llame a los soldados, dígales que entren por la puerta del servicio, hágame el favor. Gracias.

Lo eché de casa y cerré a sus espaldas la pesada puerta principal. Por sólida que fuese, yo sabía que no podría resistir al gobierno. Pero pensé que tratarían de parlamentar antes de mandar traer las catapultas.

E hicieron otro intento aquella misma tarde, por un conducto mucho más atractivo que el de Willoughby.

El gong del visáfono sonó melodiosamente y apareció entonces en la pantalla el rostro de Elena de Troya, tal como siempre me lo había imaginado. Una rubia verdaderamente clásica, con un exquisito peinado de apretados rizos, noble frente, nariz recta, boca griega y ojos azules, tranquilos y abiertos de par en par.

La visión habló y siguió siendo una visión. Su voz era tan tranquila como sus ojos, tan blanda como sus cabellos, tan dulce como su boca. Las palabras no eran más que la jerga oficinesca de todos los días, pero la forma en que ella las decía sonaba como si se tratara de un soneto de Shakespeare.

—Buenas tardes, señor Magellan. Soy Sarah Masters, secretaria particular del director. Tengo entendido que desea usted verlo a propósito de un asunto relacionado con su casa.

Como Bruto, hizo una pausa esperando la réplica. Como Romeo, dije (más para mí mismo): «¿Debo oír más o debo hablar ahora?»

Ella sonrió, y yo, loco impresionable, me quedé sin habla, aunque ella aguardaba pacientemente. Por fin, dijo:

—Quizá querrá usted visitarme a mí primero.

Hice una rígida inclinación de cabeza. Ella puntualizó:

—Digamos... a las cinco de esta tarde.

Me las arreglé para hacer otra inclinación. Ella concluyó:

—La casa se llama Moravia, está dos casas más allá de la de usted, a la derecha. Adiós, por ahora, señor Magellan.

Precisamente entonces la visión debería haberse desvanecido como un sueño : en lugar de lo cual fue borrada por el agudo chasquido desconectador del visáfono. La pantalla y yo nos quedamos mirándonos estúpidamente uno a otro. Ninguna mujer me había hecho nunca nada por el estilo. El encanto era la mercancía más valiosa en mi almacén. Pero había algo en Sarah Master que me hacía sentirme un adolescente barrilludo.

Me dije a mí mismo que era un idiota, pero a las cinco ya estaba dándome prisa caminando por el anticuado sendero de gravilla que conducía a Moravia.

Era la segunda gran casa en la carretera; la mía era la mayor.

Cuando subí los escalones, la puerta principal se abrió por sí misma, acogedoramente. En alguna parte de la casa, alguien estaba pendiente de mi acercamiento, tal vez la misma divina Sarah. La timidez volvía; a insinuarse en mí ladinamente. Me la quité de encima y entré en la casa como si yo fuera un rey.

Estaba en un vestíbulo que se adentraba, inmenso. En su extremo, otra puerta se abrió para mí. Me sentía un poco decepcionado con la adorada muchacha. Yo prefería empujar una puerta a pulsar un botón. Me desagradaba la idea moderna de que abrir y cerrar las puertas a mano era una labor vulgar.

Cuando iba a mitad de camino por el vestíbulo, me detuve. Porque, procedente de una puerta cerrada que había en mi derecha, se oía muy tenue el sonido de voces sibilantes. Parecía ser toda una reunión.

A mí nunca me había dado miedo el trabajo corporal, así es que abrí a mano aquella puerta muy de repente. Una bocanada de aire cálido me recibió. Yo había irrumpido en la reunión de un comité de hasta doce hombrecillos serpientes, de sucias caras amarillas. Estaban sentados ante una larga mesa brillante, charlando a coro, pero no en inglés, sino en una lengua que me era desconocida.

Sólo uno permanecía inmóvil y silencioso. Estaba sentado a la cabecera de la mesa, de cara a mí, y me vio inmediatamente. Levantó una mano con la palma hacia fuera y, en aquel mismo instante los demás se quedaron tan silenciosos como él. Se volvieron para mirarme con aquellos ojos negros sin pupilas. Fue un momento portentoso.

Estaban tan petrificados como un cuadro plástico en un museo de cera. Parecían más delgados que nunca, pellejudos. Esto era porque se habían quitado sus abrigos enguatados. No los necesitaban allí. La calefacción estaba funcionando con toda su potencia y el aire era tórrido.

El hombre que estaba a la cabecera abrió con trabajo su delgada boca, la fracción precisa y nada más, como si tuviera miedo de que yo le viese la lengua. Quizá no la tuviera. O quizá era un tipo desdentado.

—¿Es usted? —preguntó con autoridad.

—Sí, yo soy —reconocí, con lo que, en un ambiente más amistoso, podría haber parecido una sonrisa desarmante.

Allí no conquisté a nadie y muchísimo menos al hombre de la cabecera. Una voz mucho más agradable que la de él habló a mi espalda:

—Esta no es la habitación, señor Magellan. Haga usted el favor de venir por aquí.

Sarah, naturalmente. Cuando me volví y la vi, encerré alegremente a los hombrecillos en su habitación. La mujer tenía una altura regia, lo cual significaba que era sus buenas cuatro pulgadas más alta que yo. Y su figura no necesitaba desde luego ningún enguate.

Llevaba un vestido hasta el tobillo, muy ajustado, pero con largas mangas voluminosas. Era una tela como una membrana e insubstancial, de un amarillo pálido. A mi desconcertada mente le parecía que aquella figura iba flotando delante de mí por el vestíbulo como un ser etéreo.

Entramos en la habitación de la parte trasera de la casa donde se pensaba que yo penetraría en primer lugar, y la puerta se cerró por sí misma detrás de nosotros con un taque cruel. Esto me sorprendió, pero no tanto la vista de la habitación misma.

Yo sólo tenía las más vagas ideas sobre lo que podría ser su habitación. Algo exótico, quizá. Algo muy femenino, desde luego. En lugar de lo cual parecía como un cruce entre laboratorio electrónico y la torre de control de un aeropuerto.

Dos paredes eran como los ojos de múltiples facetas de un insecto gigantesco. Cada faceta era una pantalla de visáfono o de televisión. Da mitad de las pantallas estaban mostrando escenas vivas pero silenciosas. Una tercera pared era, en su mayor parte, un cuadro de mandos de conmutadores y luces parpadeantes.

La cuarta pared era una ventana de tamaño habitación, que encuadraba mucho de la misma vista sureña panorámica que se dominaba desde mi propia casa: Londres a unos cuantos kilómetros de distancia y a unos centenares de metros por debajo. La burbuja gris de la cúpula de San Pablo era todavía un punto focal en aquel Londres de 1936.

El suelo era un desnudo y castaño marloneo, frío y comercial. En el centro se alzaba una severa mesa metálica guarnecida de botones. Detrás estaba una solitaria silla. Uno de nosotros iba a tener que quedarse de pie. Sarah decidió quién. Sacó para ella, pero no para mí, un cigarrillo de una caja que estaba encima de la mesa, se sentó, puso los pies encima de la mesa, echó la silla hacia atrás para poder colocarse cómodamente, encendió y sopló humo hacia el techo.

No era manera de porta se una semidiosa. Presentí que se me acercaba la desilusión.

Llegó como un cohete. Ella clavó en mí unos ojos duros y dijo con voz afilada de diamante:

—¿Por qué demonios se empeña usted en dárselas de idiota, pobre hombre?

Me quedé mirándola con la boca abierta como un pobre hombre. No comprendía una transformación tan súbita. No quedaba nada de Elena de Troya excepto su cuerpo. Esta nueva personalidad era tan áspera y cruda como una arpía y tan arisca como un gato montés. El azul de sus ojos se había helado en un azul de hielo.

—Voy a quedarme con su casa, consienta usted

o no —dijo ella—. No se equivoque en cuanto a esto, señor Magellan, el Médium. A mí no me importa emplear un procedimiento u otro, pero usted sí va sentirlo, si no se decide y se marcha por las buenas.

Dirigí la vista en torno y recuperé la voz perdida.

—¿Usted, usted quiere mi casa?

—El director me la prometió para mi uso personal. Por ser una secretaria tan útil.

Su voz sonaba irónica. Comprendí que me hacía falta un cigarrillo y saqué uno de la caja.

—Usted y el director pueden ir a bañarse a la piscina de los patos. De bracete.

Ella saltó, pero no a la piscina. Saltó y se echó sobre mí. Mi cigarrillo, sin encender aún, salió rodando por la habitación. Las orejas me zumbaban como si las tuviera llenas de cascabeles. No había nada etéreo en su brazo derecho.

Me quedé mirándola despreciativamente. Aquello podría haber sido muy eficaz si no hubiese tenido que empinarme para mirarla. Luego, inicié con silenciosa dignidad la retirada de la habitación. No llegué muy lejos. La puerta estaba cerrada. Supongo que se había cerrado con llave automáticamente después de entrar nosotros. Sin duda podría abrirse desde dentro con sólo pulsar un botón. Pero había allí cientos de botones y nunca he sido muy afortunado en juegos de azar.

Conocía otros procedimientos para abrirla, pero necesitaba herramientas adecuadas.

Con la vista fija como un águila, Sarah me vigilaba. Poniendo toda mi dignidad en mis dos manos, di media vuelta, anduve hacia atrás, cogí la silla y la arrojé a la amplia ventana. ¡Clank! La silla rebotó y cayó al suelo. La ventana no se había rajado siquiera: era de cualquier plástico de ésos, dura como el acero.

Miramos los dos a la silla; luego, nos miramos mutuamente. De pronto, ella echó hacia atrás la cabeza y empezó a reírse. No una risa desagradable a pesar de todo; se reía con ganas, de buen humor.

Hice una mueca sin motivo alguno para ello.

Cogió un cigarrillo de la caja y me lo ofreció:

—Inténtelo con éste.

Lo hice y encendí a la primera chupada.

Ella dijo, con una voz varios grados más cálida aunque todavía carente de la antigua simpatía:

—Como usted se niega a ser razonable, lo tendré aquí otra horita pendiente de las instrucciones del director. La transmisión general ha sido retrasada una hora, ya lo ve usted, y Willoughby informó que usted no tiene un aparato de televisión en su casa.

—¡Conque eso dijo el viejo cuentista!, ¿eh? Aunque es verdad. Ni tengo televisión ni nada que se le parezca. Y no quiero ver ningún programa ni especial ni general.

—Me temo que tendrá que verlo, Magellan. Mientras aguardamos a que empiece, podríamos tener una conversación amistosa. De charlatán a charlatán, ¿cómo va la cosa en el mundo de los espíritus?

—¡Vaya! Ya ha estado usted vigilándome, Sarah. De charlatán a charlatán, ¿en qué pandilla está usted metida aquí?

Me miró con ojos entornados y luego volvió a chupar su cigarrillo.

—No me creería usted si se lo dijera. Así es que se lo diré. Por lo menos, algo. De todas formas, hoy van a dar la noticia.

De modo que me lo contó con bastantes pormenores. Y, como era lógico, no la creí. Era una historia de locos; los hombrecillos estaban locos y ella estaba más loca que nadie.

Los hombrecillos, decía ella, venían desde luego de un clima cálido, pero no de los trópicos de la Tierra. Ella no conocía el punto de origen, pero, según un plan preconcebido, estaban desparramándose por toda la galaxia. Y hacía centenares de miles de años que estaban llevando a cabo ese plan.

Eran los Nakinos.

Comparada con la cantidad de vida de un Nakino, un hombre no duraba más que una mariposa. Sin embargo, eran también humanoides. Y estaban asumiendo la dirección de todas las razas humanoides que habían descubierto en su enormemente larga historia de exploración espacial.

Empezaban siempre enviando una patrulla que se infiltraba en las corporaciones gubernamentales que encontraban, y concluían por convertirse en tales gobiernos.

—Unos tíos listísimos, ¿eh? —dije, siguiéndole la broma—. ¿Cómo lo consiguen?

—Tienen sus propios métodos —dijo ella enigmáticamente—. Y no estoy tan loca como para denunciarlos. Físicamente, los Nakinos son blandos. Les gusta la comodidad. Podría decirse que su emblema es el aprietabotones. Pero no se forme usted ideas equivocadas. En cualquier otro aspecto son más ásperos que la plastolita, más duros que el marloneo. Palabras como misericordia o piedad o justicia no están en su diccionario. Pero tampoco está la palabra crueldad. Si lo necesitan para sus fines, matarán a no importa qué hombre, mujer o niño. Pero no por crueldad. Unicamente por lógica.

—Quiere usted decir que son unos seres amorales, ¿no?

Ella se echó a reír, pero no había alegría alguna en su risa.

—La moralidad es para los idiotas, no confunda usted las cosas —dijo ella, y los rosados labios se contrajeron en una mueca desagradable—. ¡Idiotas! Los hombres son los idiotas, no los Nakinos. Voy a decirle a usted una cosa: Si no fuera por los Nakinos, los hombres estarían todavía viviendo en los árboles, con los monos. Los Nakinos no han venido a conquistar este mundo, sino sólo a recoger la cosecha que sembraron.

»Aquí, las máquinas han dominado a los hombres. Pero los Nakinos son los dueños de todas las máquinas. La automación es su esclava, su herramienta. Pueden lograr con ella todo lo que quieran. Esto los hace, a mis ojos, superhombres. Yo sé muy bien lo que me conviene. Estoy trabajando para ellos contra los que no son más que hombres. Yo nunca les he servido para nada a los hombres. Y los hombres nunca me han servido de nada a mí.

—Esa última observación —dije— es con mucho la cosa más increíble que usted me haya dicho.

Pero ella estaba rumiando y no parecía oírme. Lo intenté otra vez.

—Supongo que el director es el que estaba a la cabecera de aquella mesa en la otra habitación.

Ella se sacó el cigarrillo de la boca con aire ausente.

—Sí, es el jefe de todo el grupo. Hay otros destacamentos que gobiernan en otros países. Todos están en contacto con el Cuartel General de aquí.

Con la cabeza, señaló a la nutrida batería de pantallas de televisión. Siguió hablando :

— Como usted ve, formo parte de la red. Un aspecto de mi trabajo consiste en esto. Además, como mujer, me gusta oír todo el cotilleo. Es bonito estar dentro por una vez. —Nuevamente estaba rumiando—. He estado afuera demasiado tiempo. Apartada de todo. Y fuera se siente frío y soledad, ya usted me comprende.

Me quedé mirándola fijamente. Ella estaba muy lejos, en otro mundo, en otro tiempo. Tantísima belleza... era una lástima que tuviera que haber un gusano en el capullo. Sarah Master estaba como neurótica cuando ellos llegaron. Un brillo pasó por lo« grandes ojos azules. Comprendí que sería difícil restablecer el contacto. La dejé realizar su privado viaje mental y me dediqué a mirar la serie de pantallas.

Algunas de ellas mostraban sólo dibujos complejos y cambiantes que probablemente significaban algo para quien tuviese la clave. Estaban llenas de delgados feos rostros Nakinos que movían la boca silenciosamente, quizá de todas las partes del mundo. Tal vez de otros planetas. Quizá de naves en el espacio.

Me pregunté dónde estaría en aquellos momentos el cuerpo principal de la invasión. Tal vez en Alfa Centauri, tal vez cerca ya de Neptuno, navegando, esperando la señal final que confirmase que el día decisivo había llegado al fin.

Tuve que contenerme. Estaba empezando a tragarme aquella fantasía

brotadaí de la mente no muy equilibrada de la deliciosa Sarah.

Sin embargo, ¿qué otra explicación podía haber para esta: colonia de criaturas que, desde luego, no parecían del todo humanas? ¿Qué explicaba aquellas pantallas y sus vivas pruebas?

De una manera más inmediata, ¿qué explicaba a Sarah Master?

Mejor dejarla explicarse ella misma. Algunos tipos neuróticos son propensos a no hacer otra cosa, y yo tenía la sensación de que ella era de ese tipo. Con un poco de aliento que le diera...

—Sarah —dije suavemente, tratando de que mi voz sonara como la de su único amigo en el mundo—, es evidente que usted ha pasado muy malos ratos. No es que yo le pida que me lo cuente, pero...

La maldita carga vino a caer sobre mis hombros. No tuve que decir otra palabra. No me cupo la posibilidad de decirla en un gran rato. Ella estaba en el momento justo. Tenía que desahogarse con alguien o reventar. Y dio la casualidad de que yo estaba allí.

También estaban los Nakinos, pero ella no podía decírselo a ellos. Eran humanoides, pero no humanos, no simpáticos. No se interesarían lo más mínimo por los conflictos de una muchacha humana en apuros.

CAPÍTULO II

Era la historia de siempre: el hijo que no se desea, el desequilibrio inicial que el tiempo no llega a arreglar nunca. Hija única. Su madre, una artista brillante; su padre, un brillante pianista de concierto. Ambos con egoísmo colosal y temperamentos de *prima donnas*. Ambos poniéndose a sí mismo y a su arte por delante de todo y de cualquiera. Ninguno con el más mínimo sentido paternal.

Los dos se empeñaron en hacerle ver claramente a Sarah que constituía un terrible fastidio para sus carreras. Ella no era una hija del amor, sino únicamente un error irritante, y había sido un imperdonable egoísmo y una enorme insensatez de ella el irrumpir en la vida del matrimonio. Deploraban la existencia de la niña con la mayor franqueza.

La madre —una vagabunda nata— solía sentir el deseo de incorporarse a cualquier colonia de artistas nómadas y vivir la libre vida bohemia. Le endilgaba Sarah al padre. Pero él estaba planeando dar unos conciertos por Australia.

—Es una gira muy penosa; no le sentaría bien a la niña —solía él protestar, y a Sarah la colocaban con alguna que otra reluctante pariente.

Durante mucho tiempo, ella se esforzó lastimeramente en penetrar en los mundos y en las mentes de sus padres, esperando también adentrarse en sus corazones. Pero el destino le había gastado otra broma; ella no sabía apreciar ni los colores ni los tonos. Sus padres hablaban un lenguaje que ella no podía entender.

Poco mejor le fue cuando salió al mundo. Toda amistad que intentaba, concluía en pelea. Le echaba la culpa a los demás, pero yo puedo conjeturar donde estaba el lío. Ella no había experimentado otra cosa que hostilidad, y subconscientemente no esperaba otra cosa que hostilidad. Si la hostilidad no se mostraba, ella sospechaba que era porque se la escondían, y entonces eso era peor, porque constituía traición.

Fue siempre la gran incomprendida. Dudé que esperase llegar a ser algo más. Ella solía imaginarse un cuadro de enemistad; retorcía a la gente y a las circunstancias hasta que se ajustaban a aquel cuadro; entonces les atacaba como un gato montés.

—Hubo un tiempo —dijo ella— en que llegué a creer realmente que yo era un ser de otro mundo, un mutante. Nadie en esta Tierra: me necesitaba, nadie se molestaría en reclamarme. Yo odiaba a todo el mundo, especialmente a mis padres. ¿ Qué derecho tenían a estar colgados de mí como un balón medicinal? ¿O qué derecho tenía a manejarme cualquier otra persona? ¿Por qué había de existir un ser humano con facultad para darme de puntapiés? Resolví combatirlos hasta ser yo la que tuviese poder sobre ellos. Sobre todos

ellos, incluyendo a mis llamados padres.

Mientras hablaba, con acre amargura, cruzaba las manos con fuerza como si se imaginara que toda la raza humana no tenía más que un cuello y ella lo estaba apretando.

Continuó :

—Trabajé duramente y conseguí un puesto de secretaria en el gobierno. Luego, como si no vinieran de ninguna parte, llegaron los Nakinos y se convirtieron en el Gobierno. Los consideré como ángeles vengadores, llegados para expulsar a patadas a la porquería de los humanos. Pues bien, ni son ángeles ni son vengadores. Pero, por lo menos, van a servir para colocar a los hediondos y engolados humanos en el humilde lugar que les corresponde en este universo. Y yo estoy a favor de ellos.

Repliqué:

—Concediendo todo lo que es debido a sus tristes experiencias, sin embargo no tengo más remedio que reconocer el hecho de que es usted una traidora para con la raza humana, Sarah.

Volvió hacia mí unos ojos helados.

—Podría haberme ahorrado el trabajo de hablar. ¿Es que a usted le es imposible comprender que no pertenezco, ni pertenecí nunca, a la raza humana?

Me eché a reír con mi mejor simpatía, pero su mirada de medusa se hizo aún más intensa.

Yo debía haberme quedado petrificado. En lugar de eso, dije:

—Lo siento, Sarah, pero en realidad usted no es más que demasiado humana. Me recuerda usted a una niñita que se vistió con la capa del Satanás de Milton y que la tiene ya casi gastada, pero insiste en adoptar poses impresionantes. Ese es estrictamente un papel masculino, usted lo sabe, e incluso en los varones llega a rondar muy peligrosamente lo absurdo. Hitler no pudo substraerse de la obscuridad. Ni tampoco mi héroe-payaso favorito, Napoleón. Pero usted, querida!, no es mala, ni tampoco es hilarante. Unicamente conmovedora. Es todavía una niñita herida y desconcertada o humillada y ofendida, si lo prefiere. Lo comprendo y me da realmente mucha pena.

Ella contestó, rechinando los dientes:

—Ahórrese su lástima, Magellan, y resérvela para usted mismo. Va a necesitarla, se lo aseguro.

Lanzó una mirada a su reloj de pulsera aunque había un cronómetro en el cuadro de mandos. Llevábamos hablando una hora. Se acercó al tablero y empezó a manejar conmutadores. Las pantallas de la televisión fueron apagándose una a una hasta que sólo dos quedaron vivas. Una registraba la entrada principal de la casa; indudablemente era la que había recogido mi llegada.

La otra era solamente un rectángulo blanco, iluminado, al principio. Luego, empezó a centellear con extraordinaria brillantez, se apagó después en

la grisura, centelleó a continuación, se apagó, centelleó, se apagó, regularmente, como los destellos luminosos de un faro.

Una voz habló dictatorialmente desde allí:

—Atención todo el mundo. Miren a esta pantalla, miren a esta pantalla.

Era difícil no hacerlo. El rítmico latido de la luz parecía atraerme hacia ella como la gaviota se siente atraída al faro. La habitación, Sarah, las cosas en la periferia de mi campo de visión, se confundieron y parecieron luego disolverse. No quedaba más sino aquel terrible latido de luz acaparando mi atención.

La misma voz perentoria dijo:

—Ahora elevarán ustedes el brazo derecho por encima de la cabeza.

Luego, mi ser consciente se rebeló. Yo sentía un gran rencor por el tono inequívoco de aquella voz, por su convicción de que yo no era más que un muñeco.

El encanto se rompió.

—¡Un cuerno, si lo hago! —gruñí, y me hundí las manos en los bolsillos

La voz continuó:

—Si están ustedes con otras personas, tomen nota de quienes son los que no han levantado el brazo. Esos son los enemigos del país. Denúncienlos inmediatamente a la Policía. Si es posible, deténganlos a la fuerza y envíenlos a la Policía. Eso es todo. Ahora ya pueden bajar los brazos.

El resplandor se apagó y esta vez la pantalla permaneció gris. Me acerqué a Sarah.

—Muy bien, ¿qué significa todo esto?

Su actitud hostil había sido reemplazada por una apreciación pensativa.

Dijo, en un tono tranquilo, que me hizo sentir más desazón que su mirada de Gorgona:

—Era la transmisión general que estábamos esperando. Un experimento sobre hipnotismo masivo. Pero, como yo, usted es impermeable a la hipnosis. Ha aprobado el examen: alfa plus. Mi. enhorabuena.

—Gracias. ¿Para eso era para lo que me quería?

—Sí. Ya puede irse a casa.

Apretó uno de los botones de la mesa y oí el chasquido que indicaba que la puerta se había abierta. Apretó otro botón y con un débil zumbido un tarro de whisky, un sifón, una fuente con cubitos de hielo y varios vasos aparecieron sobre la mesa.

Se sirvió un dedito de alcohol y soltó el jarro limpiamente.

—-Adiós, Magellan.

Pero ahora que podía irme me empeñaba masoquistamente en quedarme.

—Su hospitalidad es bastante deficiente, Sarah. Por lo menos, podía ofrecerme una copa para el camino.

Ella volvió a servirse otra.

—En este duro mundo, ya tenía usted que haber aprendido a servirse por su cuenta. ¿O es que tampoco le expliqué eso con claridad?

—Ya comprendo. Bueno, yo mismo me haré los honores. ¿Quieres un trago, Magellan? ¿Que sí quieres? Estupendo.

Y me serví yo mismo. No me gusta tomar el whisky solo, así es que le eché un buen chorretón de soda.

—Para que nos conozcamos mejor —dije, *y* bebí un trago.

No fue un trago grande, pero sí suficiente. Algo sólido pareció golpearme en el cerebro desde detrás de la nariz. La boca me ardía, los ojos me chorreaban lágrimas. Me tambaleé hacia; atrás, estertoré y dejé caer el brazo.

Cegado por las lágrimas, tanteaba tratando de encontrar la puerta. Pero, había perdido todo sentido de orientación. Mi mano palpante había tropezado con una superficie lisa y dura. Me froté los torturados ojos y vi confusamente que estaba justo ante la ventana.

Traté de volverme y no pude. La parálisis me había golpeado con la subitaneidad de una insolación. La ventana me contuvo, pues de lo contrario habría caído rígidamente al suelo como un árbol talado. Me quedé allí muy quieto, mirando a través de la clara plastina. A cualquiera que estuviese en el jardín yo tenía que parecerle un maniquí de goma en un escaparate.

Pero no había nadie en aquellos céspedes sin árboles.

A mi espalda, Sarah habló cínicamente:

—El efecto inicial del curare es muy extraño. Paraliza completamente al cuerpo, pero deja que el cerebro siga trabajando a la perfección. Ya usted ve, es criminal echar a perder el buen whisky con agua carbónica. Un gusto aterrador, y yo estaba enterada de que usted lo compartía. Usualmente, me las apaño para que criminales así se pongan paralíticos con la soda más bien que con el whisky. Creo que es una especie de justicia poética.

Yo no estaba en condiciones de discutir mis síntomas, pero el caso es que no me sentía de acuerdo con aquello de que mi cerebro trabajaba a la perfección. Más bien me parecía sentirme borracho.

Pero estaba seguro de que el curare era un veneno fatal. Bueno, no es que me gustase mucho este mundo de aprietabotones, pero esta forma de abandonarlo me parecía escandalosamente repentina. Era como salirse de una curva y descubrir que en realidad uno había traspasado el parapeto del Empire State Building.

Así, pues, después de todo, pensé, iba a tener que dejarles este mundo a los bichos amarillentos, asesinado por su chiflada servidora.

Precisamente uno de ellos acababa de entrar en la habitación, porque oí su voz meliflua que gritaba:

—Entonces, ¿no ha dado resultado, Sarah?

Das negras nubes daban vuelta en torno de mi mente. Sólo a rachas conseguía oír las réplicas de Sarah. Aturdido como estaba:, el rencor me obligaba a apreciar aquella especial dulzura tranquila que asumía la mujer

como secretaria del director.

Ella nombraba a aquella criatura, fonéticamente, «Drahk».

Entre apagones mentales cada vez más rápidos, yo oía cómo Drahk le iba silbando: «Las cosas avanzan... no es probable que parezca un engaño... investigación física... hemos oído informes interesantes... no hay tiempo para investigar ahora... el centro de concentración occidental...»

El jardín que estaba al otro lado de la ventana me parecía tan vertiginoso como una visión de la cuenca del mar. Apareció una sombra inmensa, redonda y negra, que tomé por una proyección de mi mente que se obscurecía.

Pero no era así.

Algo parecido a un gigantesco techo zumbador bajó verticalmente desde el cielo hasta el charco de su propia sombra sobre el césped. Me pareció que estaba devanándose, pero lo más probable era que fuese mi cabeza la que se devanaba. Hubo un agitarse de portalones a lo largo del borde de aquello y se notó una protuberancia bulbosa en la parte de arriba como el asa de una tapadera de cacerola.

Me quedó el tiempo suficiente para registrar la impresión de que estaba viendo mi primer platillo volante. Entonces sufrí el desmayo del que no emergí hasta mucho tiempo después.

Cuando lo hice, era otro día, en otro lugar.

No sabré nunca qué día preciso. El lugar era una pequeña celda de blancas baldosas.

Yo estaba tendido boca arriba sobre un jergón de paja que distaba del techo algo así como el cuerpo de un hombre. Me senté y miré en torno. Tenía la cabeza despejada y sentía hambre y sed. Para un hombre envenenado mortalmente, me sentía muy dispuesto.

Había una ventanita, sólo una, colocada tan alta, que no podía ver nada por ella. Había un cuartito con un retrete, una puerta enrejada, un banco con un pedazo de pan, una alfombrilla, y, en e! rincón, un lavabo. El grifo sobre este último me pareció un oasis en el desierto. Me chupé los secos labios y empecé a caminar hacia él.

Pero antes tenía que bajarme de mi percha. Mi bamboleante pie derecho oscilaba buscando un escalón. Era una cosa blanda, pero parecía firme, y dejé descansar sobre ella todo mi peso al bajar al suelo.

Entonces me di cuenta de que no estaba solo. Mi cama era únicamente una litera superior en un bastidor de madera. El ocupante de la cama de abajo estaba sentándose lentamente, frotándose una oreja enrojecida. Yo le había pisado aquella parte de la cara.

Era un individuo joven y rubio. Parecía estar solamente enfadado a medias, cuando dijo con voz lánguida:

—Y que me aspen si pongo la otra mejilla.

Me disculpé sinceramente porque la verdad es que todavía tenía puesto los zapatos, pero con brevedad a causa de la sed. Llené y vacié dos veces el

vaso, le pegué un bocado al pan y empecé a masticar.

—¿Dónde demonios estamos? —pregunté con la boca llena.

—En Dartmoor. Mi viejo dijo siempre que yo terminaría aquí.

Dejé de masticar.

—¿Quiere usted decir en la cárcel?

Asintió.

—¡Hombre, ésa sí que es buena! Yo creía que esta casona la habían demolido hace muchos años.

— ¡Oh, no! La conservaron como monumento histórico, para demostrar hasta qué punto el mundo había sido malvado en cierta época.

—Yo creo que sigue siéndolo. ¿Cómo he venido aquí?

—En una camilla. Sin conocimiento. Usted sabrá mejor que yo cómo llegó a ponerse así.

—¿Cómo ha venido usted?

—Poniendo un pie delante del otro, con una pistola aguja en mi espalda.

—¿Quién empuñaba la pistola: un Nakino?

—¿Un qué?

Él no había oído hablar de los Nakinos. Dije:

—Será mejor que desembuchemos. Usted empieza.

Su historia era sencilla. Estaba pasando una temporada con unos amigos en Exeter.

—Tom Whitaker y su mujer, Anne. Los conozco desde hace años. Hace pocos días estábamos en su saloncito viendo la televisión, cosas de bailes y canciones. De pronto, la pantalla se quedó en blanco. Luego, se apagó, después se puso muy brillante. Y así sucesivamente. La película había cesado por completo, pero aquella brillantez intermitente lo sacaba a uno de quicio de tal forma...

—No hace falta que me lo explique —lo interrumpí—. Yo lo vi también. ¿Qué pasa, no levantó usted la mano?

—Claro que no. Aquello no me hacía gracia ninguna. Me volví a Tom para preguntarle qué estupidez era aquella. Y resulta que él y Anne estaban tentados con el brazo derecho en alto como unos niñitos en la clase pidiendo permiso para hacer pipí. Se les había puesto una mirada de loco.

—Hipnotizados —expliqué.

—Es lo que me supuse. Lo cierto es que no pude sacar de ellos nada en claro. No querían hablarme. Tom visafonó a la Policía. Lo mandé al cuerno y cogí el coche para volver a Londres. Por lo menos, apreté los botones que deberían haber llevado el coche a Londres. A unos tres kilómetros de Honiton, el coche se dedicó a decidir por su cuenta y a girar en semicírculo hacia Dartmoor. Traté de pararlo, pero los mandos manuales no obedecían. Quise saltar afuera, pero las puertas se habían cerrado no sé cómo. Ni siquiera las ventanillas se podían bajar. Parecía como si el cacharro estuviese gobernado por una especie de control remoto. Todavía no lo comprendo.

—Tampoco yo. Pero los Nakinos están detrás de todo esto. Parece que las máquinas hacen trucos para ellos como los monos en un circo. Pero siga usted.

—No queda mucho. El coche se dirigió todo recto hacia la cárcel. Me di cuenta de que otros tres o cuatro coches me seguían a un kilómetro poco más o menos. Tal vez eran una ratonera conduciendo aquí a otras víctimas. Hasta ahora no he podido aclararlo. Tan pronto como mi coche llegó a la puerta principal, acudió una pareja de guardias. Entonces, el coche se paró como es debido y las portezuelas se abrieron también.

—¿Parecían esos guardias estar hipnotizados?

—Sí, tenían esa misma mirada estúpida. Les pregunté qué demonio significaba todo aquello y muchas otras cosas. Uno no me echó la menor cuenta. El otro me clavó el cañón de la pistola en la espalda y me obligó a caminar hasta aquí. Desde entonces, no he salido. No hacemos ejercicio.

—Pero ellos vienen y le traen de comer.

—¡Un cuerno! No viene nadie. El pan cae del techo y el agua viene por el grifo. Y eso es todo. Dieta de castigo.

—¿Llevaban esos hombres alguna especie de uniforme?

—No, trajes corrientes. Parecían unos simples funcionarios civiles.

—Tal vez lo fueran —dije—. Chupatintas hipnotizados de Whitehall, enviados por los Nakinos para hacerse cargo de esto. Seguro que los sucios diablillos lo tenían planeado todo. ¿Ha visto usted ya a alguno de esos pellejudos hombrecitos amarillos?

—No. No he visto a nadie excepto a los dos hombres de los que le he hablado y a otros dos camilleros con ojos de pescado que fueron los que lo trajeron a usted aquí y que no han vuelto a aparecer. Debe de haber aquí otros presos. Pero el campo de visión de esa puerta enrejada es muy estrecho y nunca he visto cruzar a nadie.

Miré. Tenía razón. La puerta era gruesa. La reja de metal estaba empotrada por la parte de acá de la pequeña abertura, y un panel de clarplastina citaba colocado por la parte de fuera. Sólo pude distinguir la puerta de otra celda, enfrente pero distante.

—He gritado hasta quedarme ronco —dijo el muchacho—. Si alguien me ha escuchado, eso le ha tenido sin cuidado.

—Nadie puede haber oído nada. La clarplastina se fabrica a prueba de ruidos. ¿Cómo se llama usted?

—Butler, Peter Butler. ¿Y usted?

—Me llamo Charles Wallace Magellan, nombre que parece que debería significar algo...

Improvisé una bonita historia. Butler era más crédulo que yo y no me consideró un embustero. Se mostró intrigado por mi descripción de Sarah Masters.

—¡Demonios, si es como usted dice, podía ser una modelo estupenda!

—¿Modelo?

—Soy pintor a ratos. Casi siempre para divertirme.

—¡Caramba!, ¿no lleva encima una espátula?

—¡Cielos santos, no! ¿Para qué?

—Si tuviese una hoja larga y delgada podría forzar las cerraduras de este tipo de puertas. Mi padre me enseñó cómo hacerlo. Que me aspen si me resigno a quedarme aquí sentado viviendo a pan y agua mientras los Nakinos se apoderan de todo lo que tenemos en el mundo. Podría arreglármelas incluso con un cortaplumas.

Miré a Butler esperanzadamente. Me desengañó.

—Lo siento, Charlie.

—¡Lástima! Quizá podamos improvisar un cuchillo con alguna cosa.

Empecé a mirar en torno.

Peter Butler dijo:

—Estás perdiendo el tiempo. Esta habitación está tan desnuda como la Venus de Milo.

Tenía razón. Fastidiado, empecé a curiosear la doble litera.

—¿Qué buscas, ahora? —preguntó Butler con curiosidad.

—Vamos a arrastrar esto bajo la ventana:, nos subiremos y echaremos un vistazo fuera.

—Pero esto no es bastante alto.

—¿Eres un derrotista nato, Pete, o es que te enseñaron eso en el colegio?

Pareció sentirse ofendido; luego, se mostró ceñudo. Se arrojó irritadamente contra la cama y tiró de ella hasta colocarla bajo la ventana. Yo enrollé los dos colchones y amontoné el uno sobre el otro en la litera superior. Luego, como un acróbata chino, subí hasta lo alto. De puntillas podía tocar con los dedos extendidos el borde de la ventana. Dando un saltito, engarfié mis dedos en el borde y me icé hasta conseguir atisbar a través de la inevitable clarplastina.

Estábamos a una altura de varios pisos y conseguí una bonita vista del patio de la cárcel y del terreno pantanoso que se extendía hasta desaparecer en el horizonte. No había un alma a la vista. Mi mente se quedó tan vacía como el paisaje. No podía ocurrírseme la fuga a través de la ventana: era demasiado pequeña para escabullirme por ella y, además, era absurdo pensar en romper la clarplastina.

Bajé y me puse a masticar más pan pensativamente. En mi buena época, yo había llegado a materializar a Ricardo Corazón de León, con su espada de cruzado y todo. Pero ahora no podía materializar ni siquiera un cuchillito.

Pete se cansó de mirarme rumiar física y mentalmente. Empezó a atisbar inquieto por la reja de la puerta.

—Oye —dijo—, creo que hay alguien en esa otra celda. Juraría que vi la cara de alguien mirando. Pero es muy difícil distinguir nada a esta distancia.

Miré a mi vez. La iluminación era muy pobre dentro de la cárcel. La otra puerta estaba muy alejada y, además, había un molesto reflejo en la clarplastina. Un lince se habría visto en apuros para tratar de descubrir a otro lince tras aquella alejada ventana'. Agucé la vista todo lo que pude, miré mucho tiempo y llegué a la conclusión de que allá lejos se movía una forma vaga.

—Sí, un compañero de prisión —dije—. Quizá más de uno. Ten en cuenta que hemos de ser aquí unos cuantos. Aquel Nakino, Drahk, dijo algo sobre el centro de concentración del oeste. Indudablemente, se refería a la cárcel de Dartmoor. Todas las demás personas que no pudieron ser hipnotizadas y que, por tanto, podrían formar jaleo, estarán encerradas aquí. Como quiera que sea, he de entrar en contacto con ellos.

—Yo nunca fui muy bueno en telepatía —dijo Butler.

Volví a registrarme los bolsillos vacíos. Nada, absolutamente nada, ni siquiera pluma o lápiz. Como un pobre idiota, había querido causarle tan buena impresión a Sarah Master, que me puse mi mejor terno para acudir a la cita. Ni siquiera me entretuve en trasladar los trebejos que usualmente hinchaban mis bolsillos.

Luego me fijé en el almidonado pañuelo blanco que yo había colocado tan cuidadosamente en el bolsillo de la pechera, enseñando tres esquinas para causar la mejor impresión. Estaba ahora un poco arrugado, pero todavía bastante limpio. Lo desplegué. Venía a tener el mismo tamaño que la reja de la puerta y aquello me sugirió la idea.

Colgué el pañuelo sobre la reja, lo levanté, lo dejé caer, lo levanté de nuevo, como si fuera un visillo que se hubiese vuelto loco.

Pete creyó que el que me había vuelto loco era yo. Me miró extrañamente.

Expliqué:

—Estoy tratando de hablar por semáforo. El otro tipo puede que no sea capaz de distinguir mis sonrosadas mejillas en esta oscuridad, pero tal vez pueda ver este pañuelo blanco.

—Eres un tío formidable —aplaudió Pete como si me hubiese visto hacer una carambola de fantasía.

El hombre de la otra celda fue más listo que Pete. Cogió la idea en seguida y respondió. No es que su pañuelo estuviera tan limpio como el mío, pero se podía ver. Nos estuvimos ondeando los pañuelos un rato y luego me dediqué al trabajo serio.

Para mis actuaciones de lectura del pensamiento, me había aprendido de memoria varios códigos, incluso el ahora semiolvidado código Morse; mi cómplice en la farsa y yo lo habíamos encontrado útil más de una vez.

Dejé colgar el pañuelo sobre la reja durante tres segundos. Aquello significaba una raya. Un mero bajar y subir significaba un punto. Pregunté: ¿ESTAS SOLO? y, con increíble optimismo, esperé una respuesta.

El otro individuo contestó señales sin sentido. No sabía el código

Morse. Tampoco Pete. Nunca había oído hablar de eso.

—¿Pero qué es lo que os enseñan ahora en los colegios? —gruñí, y ataqué salvajemente el último pedazo que quedaba de pan—. Lo cierto es que si queremos llegar a alguna parte, lo primero que tenemos que hacer es enseñarle el código a ese individuo.

Y lo hice. Me empeñé en mandar un punto seguido inmediatamente por una raya hasta que el fin el otro hombre adivinó que quería que me repitiese la señal. Luego procedí a enviar la B. Después de alguna, vacilación, mi perplejo alumno me imitó.

Cuando íbamos aproximadamente por la J se dio cuenta por fin de que le estaba enseñando el alfabeto y volvió a flamear la A, que afortunadamente re cordaba, repitiéndola como señal de que quería que volviésemos a empezar por el principio. Accedí a sus deseos.

Indudablemente, esta vez él o un compañero estaba tomando nota de la combinación de puntos y rayas de cada letra, pues hubo una pausa después de la Z y luego recibí el primer lento, vacilante mensaje: «¿QUIEN ES USTED?»

Se lo dije, con más lentitud todavía, porque me imaginaba que tenía que ir buscando en su lista para identificar cada letra.

Me enteré de que era Gerald Cross y que llevaba ya allí dos días acompañado de otro hombre llamado Watts. Estaban preguntándose por qué todo el mundo se había vuelto loco, qué era lo que había pasado; estaban ansiosos de noticias.

En lugar de contestarles, pregunté:

—¿Tienen ustedes un cuchillo de cualquier clase?

Watts, que resultó ser jardinero, tenía una navaja de muelles de buen tamaño. Temí que la hoja fuera demasiado gruesa para mi propósito. Sin embargo, les di instrucciones para hacer saltar la cerradura de su puerta, pues lo raro era que aquella cerradura era del mismo tipo corriente que la nuestra. Como incentivo, les prometí que les contaría toda la historia verbalmente tan pronto como nos reuniéramos.

No pude llegar muy adelante con mis instrucciones. Era un día sombrío y la noche se echó encima rápidamente. La luz disminuyó tanto que no se veían nuestras señales, y en la cárcel no había luces artificiales.

De todas formas, me alegré de poder darles descanso a mis brazos fatigados. El cansancio y la frustración me habían puesto irritable. Cuando Pete empezó a preguntarse en voz alta qué harían los Nakinos con nosotros, le disparé:

—Lo que deberías preguntarte es qué haremos nosotros con ellos.

Cerró la boca y nos acostamos en silencio. En la obscuridad, un pan cayó del techo. ¿Probaba aquello que estaba por lo menos de guardia un encargado de apretar el botón? Era más probable que el suministro de pan se realizase de una manera completamente automática.

Dormí mal. A pesar de mi cortante observación a Pete, empleé la mitad

de mis horas de insomnio preguntándome qué irían a hacer los Nakinos con nosotros. La otra mitad la dediqué a Sarah. ¿Qué estaría haciendo ahora? Me imaginé que ya habría conquistado mi casa. Quizás en este momento estaba registrando con curiosidad mis cajas de trucos, mis trebejos destinados a hacer flotar las mesas en el aire y hacer hablar a las trompetas luminosas. Me estremecí ante la idea de que pudiera estar leyendo mis libros de notas y mis diarios. Algunos de mis fraudes eran bastante viles.

Pero, ¿quién era ella para condenarme? Los dos éramos por el estilo. Los dos nos habíamos vengado de la sociedad tomándole el pelo y explotándola.

La diferencia era que ella lo seguía haciendo y a una escala mucho mayor que la que hubiese intentado nunca'. A pesar de mi desprecio hacia la sociedad, yo no tenía más remedio que aliarme con mis congéneres en contra de los mucho más venenosos Nakinos.

Y Sarah, en cambio, se había alineado en el otro bando.

Pero mis pensamientos no quedaban confinados a la ética. El viejo Adán se empeñaba en hacer su aparición. Yo me removía inquieto sobre el jergón de paja. El bastidor de la cama crujía y chirriaba. Al final, tuve que reconocerlo; aunque sólo fuese al nivel físico, me había enamorado de ella. Anhelaba verla de nuevo y me prometí que así lo haría aunque tuviese que pelear con todas mis fuerzas para volver a Londres.

CAPÍTULO III

Cuando Pete me despertó era ya por la mañana.

—Nuestros amigos del otro lado están tratando de llamar nuestra atención. ¿Por qué no me enseñaste a mí también el código?

Resoplé:

—Si tuvieses dos dedos de frente, lo habrías aprendido al mismo tiempo que ellos.

Se sintió molesto. Lo eché a un lado y reanudé las señales. Esta vez avanzábamos bien. Aproximadamente una hora después, vi con delicia que la otra puerta se abría. Emergieron dos hombres. Muy pronto, un rostro estaba atisbando a través de nuestra reja. Era tan redondo como la reja era cuadrada, una brillante cara de luna llena. Cross contradecía a su apellido; estaba siempre de buen humor.

La puerta seguía siendo una barrera para la conversación verbal. Las señales y un intento de lectura de los labios no nos llevó muy lejos. Absurdamente, tuvimos que volver a recurrir al flamear de los pañuelos, aunque sólo a pocas pulgadas de distancia. Pedo no por mucho tiempo. Cross captó rápidamente la técnica de forzar la cerradura desde fuera. Watts lo ayudaba.

Abrieron la puerta.

—Entrad —susurré—. Esto es, cerrad la puerta.

Con excepción de Watts todos tratábamos de hablar al mismo tiempo. A diferencia del mofletudo y vivaz Cross, Watts era delgado, lento de habla y de pensamiento. Ambos hombres estaban en un bar cuando ocurrió la transmisión de los Nakinos. Los dos se quedaron tan campantes, fueron acosados por sus vecinos y trataron de escapar en auto. Sus coches los atraparon y los trajeron aquí.

Deduje que no había una única cualidad común de carácter o de fuerza mental que nos diera inmunidad contra el hipnotismo. No teníamos nada da qué felicitarnos. Éramos únicamente gente rara.

Una única cosa compartíamos: un urgente deseo de escapar. Sobre un desayuno a pan y agua, planeamos la huida.

Luego, la probamos. Nos aventuramos cautelosamente empuñando nuestra única arma, la navaja de muelles. Nuestra celda estaba al final de una larga galería y habíamos estado mirando por toda su longitud hasta la celda de Cross. En el intermedio, había un pozo de una hondura de cuatro pisos, cruzado por pasarelas. A ambos lados, había hileras de celdas.

No se veía a ningún guardián y nos tornamos más audaces. Parecía que nuestros raptores habían recibido instrucciones de encerrarnos y eso era todo. Aquellos zombies parecían incapaces de preocuparse de lo que nos pasara

después de aquello.

Encontramos la mayoría de las celdas ocupadas, todas por presos masculinos, todos a prueba de hipnosis. Los pusimos en libertad. Aquello requirió algún tiempo, pero adquirimos más cuchillos por el camino y Cross y yo enseñamos a los otros a servirse de ellos.

Cuando el día tocaba a su fin, éramos una muchedumbre respetable. A medida que nuestro número crecía, nos tornábamos más ruidosas e incluso chillones. Al final de la galería, una pesada puerta de barrotes de acero me exigió una hora de sudor. Pero la educación que me había dado mi padre surtió efecto. Nos internamos por otra galería *y* se repitió la historia.

Luego, llegamos al ala de las mujeres, y la multitud se hizo entonces verdaderamente escandalosa. Yo trataba de mantenerla razonablemente unida y la conduje por un ancho corredor principal. Y todavía nadie había tratado de detenernos.

Nos derramamos por el vestíbulo de la recepción, abrimos las puertas y nos vimos en la gran extensión del patio de la cárcel. Chillábamos como chiquillos que salen de la escuela.

El alto muro exterior, con su enrejada puerta principal, era lo único que estaba entre nosotros y la libertad completa. Me contenté con dejar las cosas así por el momento. No quería que aquella multitud perdiese el control y se desparramase por los interminables y traicioneros pantanos. El sol se había puesto y pronto sería de noche.

Teníamos que organizamos.

Cuando todo el mundo estuvo en el patio, trepé a un reborde de la puerta principal y pedí silencio.

Luego, vociferé:

—¡Escuchad, amigos, estamos todos en el mismo bote! Y hemos de estar así durante algún tiempo. Si tratamos de volver a nuestros hogares individualmente, lo más fácil será que terminemos de nuevo en la cárcel. Desde ahora hemos de vivir juntos como un ejército. Hemos de hacernos de armas, de transportes, de comida. Primero tendremos que pelear para conservar la libertad que acabamos de ganarnos. Luego, tendremos que pelear para que vuelva nuestra vieja vida.

Y, en el crepúsculo que se espesaba, empecé a contarles lo de los Nakinos.

Estaban pendientes de mis palabras. Me sorprendí escuchándome a mí mismo, muy interesado también. ¡Demonios, vaya un orador! Daban vítores. Querían que yo fuese su caudillo. Aprobé su elección. Empezaba a sentirme como Napoleón arengando a sus tropas en la llanura de Austerliz. Otros diez minutos y, de la misma manera, estaría exhortando a mis seguido es a que bautizasen a sus hijos poniéndoles mi nombre.

Los diez minutos no me fueron concedidos.

En lo alto del techo de la cárcel apareció una pequeña figura arrebujada como un explorador ártico, con una delgada cara amarilla apretada entre

orejeras. Lo flanqueaban cuatro zombis, que llevaban cosas que parecían desconectados faros de automóviles. Se detuvieron en una fila recortándose en el cielo oscurecido.

Señalé dramáticamente.

—¡Allí, amigos míos, allí está un Nakino! ¡Vamos! ¡Hay que apoderarse de él!

La multitud se volvió con un grito de furia que inmediatamente se convirtió en un grito de dolor, y yo me puse a aullar con los demás. Pues los zombis estaban apuntando contra nosotros los objetos que habían transportado, y cuatro haces de una pálida luz verdosa barrían el patio de la cárcel.

Descendí de mi percha como un palomo herido y aterricé sobre el duro cemento. Mis apasionados seguidores estaban haciendo lo mismo. Incluso ahora no sabemos concretamente en qué forma esos rayos afectan a la medula espinal humana. Puedo asegurar que lo hacían de una manera muy desagradable. Mi sistema nervioso se convirtió en una maraña de alambre al rojo. Los músculos se me contraían en fuertes convulsiones dolorosas.

Transcurrieron cinco segundos, cada uno de ellos largo como una era. Luego, las luces se apagaron.

Sentí como si hubiese logrado saltar de una silla eléctrica.

La voluminosa figura de Cross estaba a mi lado. Me las arreglé para rezongar:

—Le echaré manos a ese diablo cuando sea verdaderamente de noche.

El jadeó:

—Iré contigo.

La noche vino lentamente con las estrellas. Yo había hecho circular la consigna de que nadie debía moverse. A los cinco que estaban en el techo no se los podía distinguir ya.

—Bueno, Gerry, vamos ahora.

Empezamos a gatear hacia la puerta de la cárcel. El plan era llegar al tejado desde dentro y allí empujar a los cinco hasta hacerlos caer. Cada uno de nosotros llevaba un cuchillo.

Avanzamos todo lo más unos cuatro metros. Luego, un pálido rayo verdoso nos barrió a nosotros y a los que estaban cerca. Más parálisis y un insoportable dolor. Esta vez fue más prolongado. Me desmayé.

Cuando recobré el conocimiento estaba temblando terriblemente. Cross, gruñendo por el dolor y el esfuerzo, me obligó a agacharme.

Susurró ansiosamente:

—¡Por el amor de Dios, estate quieto! Pueden ver en la oscuridad, por lo menos el Nakino.

—Son unos demonios.

Me sentía profundamente deprimido. ¡Qué caída! ¡Qué camino hacia Santa Elena!

Era horrible estar allí tendido, visto pero sin ver, temiendo moverse,

buscando desesperadamente una salida para todos nosotros y sabiendo que no había ninguna. A la luz de la mañana, seríamos conducidos de nuevo a nuestras celdas o liquidados tras horribles instantes de sufrimiento si tratábamos de oponer la menor resistencia.

Me arrepentía de haber abierto la boca. Aquello sólo había servido para perderlos a todos.

La amarga noche seguía arrastrándose. En torno de mí, había continuos susurros. No reaccioné hasta que una mano se posó en mi tobillo. Era Peter Butler.

—Charles, ellos quieren que sepas que siguen estando contigo. Dicen que en otra ocasión volverá **a** presentarse la oportunidad y que la próxima vez lo harán mejor.

Dejé que aquellas palabras penetrasen en mí. Causaban el efecto de un buen trago de ron. Una sensación de calor pasó por mi espíritu y recobré los ánimos.

—Gracias, Peter. Te aseguro que saldremos de aquí. Y siento todos los desplantes que he tenido contigo. Olvídalos. No he sido más que un necio charlatán.

El gimió:

—Nada de charlatán.

Estuvimos esperando hasta el amanecer. Yo todavía seguía maquinando algún plan que pudiera dar buenos resultados para cuando lográramos ver lo que estábamos haciendo, pero nada de lo que se me ocurría tenía probabilidad alguna de éxito.

—¡Mira! —dijo de pronto Gerry Cross.

Me sobresalté. Pude ver su figura borrosa, apuntando. En alguna parte del cielo, muy por encima de los pantanos, estaba creciendo un resplandor verdoso. Era un verde conocido y percibí cómo la intranquilidad se extendía por la muchedumbre. Estaban preparándose para recibir el golpetazo doloroso. Pero aunque nuestros nervios se tensaron y se retorcieron nuestros músculos, la fuente estaba demasiado distante para afectarnos.

Nos quedamos mirando aquello temerosamente. El resplandor emanaba de un cierto número de débiles puntitas de alfiler que se movían por el cielo.

Empezamos a hacer suposiciones. Luego, nos asombramos al ver cómo una gavilla de brillantísimos cohetes salía disparada cruzando el cielo, procediendo de occidente. Los puntitos verdes se desparramaron y emprendieron luego la fuga. Pero los cohetes eran más rápidos. Como cometas inteligente, ganaban distancia y se abatían sobre la presa.

Hubo una rápida sucesión de cegadores fogonazos. A cada fogonazo un cohete y un puntito verde morían al mismo tiempo hasta que sólo quedaron las estrellas. Y éstas empezaron a desvanecerse en el alba mientras nosotros hablábamos excitadamente, tratando de adivinar lo que había ocurrido.

La opinión general convenía en que los puntitos habían sido platillos volantes pertenecientes a los Xakinos. Me enteré de que últimamente había

batido muchas personas que habían visto platillos volantes. Además, estaba aquel que yo mismo había visto en Hampstead.

Pero, ¿quién los había destruido?

En algún sitio había alguien a nuestro lado, y un alguien poderoso.

Se hizo definitivamente de día. El Nakino y sus zombis seguían aún en el tejado, pero ahora estaban acurrucados detrás del parapeto, de forma que sólo sus cabezas se mostraban de cuando en cuando.

Gerry los miraba con ojos críticos. Por fin, dijo:

—Ese horroroso pequeñajo puede ver además lo que nosotros no podemos ver. Está observando algo que está más allá del pantano y que a nosotros nos lo tapa el muro.

—Creo que tienes razón —dije.

Y entonces hubo una potente explosión en la puerta principal. Un surtidor de fragmentos salió chirriando por el aire. Al pie del surtidor, la maciza puerta se desplomó graciosamente en una pila de escombros y metal retorcido, desprendiéndose de ella una nube de polvo.

Los pedazos empezaron a caer sobre nosotros, rebotando en el cemento, golpeando en los cuerpos. No eché cuenta en aquello porque vi que formas borrosas avanzaban a través de la nube. Emergieron al aire libre.

—¡Hombres! —exclamé—. Hombres, no zombis.

Chillé y moví los brazos para hacerles señas.

—¡Retroceded, retroceded!

Vacilaron. Entonces, sucedió lo que yo temía. Los verdes rayos, visibles apenas a la luz del día, salieron del tejado y les dieron de lleno. Se derrumbaron como tallos de trigo y se retorcieron en la agonía.

Lancé un juramento y levanté la mirada furiosa hacia el Nakino. Ni siquiera estaba mirando a los hombres; su atención seguía todavía concentrada en algo distante. Me esforcé en ver a través de la nube de polvo que se iba depositando. Se adelgazó y dejó ver un gran hueco en el muro.

A varios kilómetros más allá de los pantanos, se veía un desparrame de tiendas de campaña. Semejaba un campamento militar. Nueva esperanza y nuevos ánimos me asaltaron.

Grité:

—¡Todo va bien, amigos! ¡Fuera de aquí están a nuestro lado! Van a sacarnos de aquí.

—Ten cuidado, el Nakino no deja de mirarte —murmuró Gerry.

Cerré el pico. No tenía sentido jugárselas ahora. Pero me pregunté, preocupado, qué podríamos hacer para ayudar.

La iniciativa fue tomada de nuevo por nuestros desconocidos amigos. Desde el distante campamento, un voluminoso vehículo avanzó hacia nosotros surcando el campo de hierba.

—¿No es eso un... un tanque? —preguntó Peter Butler titubeando.

No había visto nunca ninguno como no fuese en un museo.

—Creo que tienes razón —contesté—. Ese es uno que habrá sobrado de

la última guerra. Pero me pregunto de dónde demonios podrán haberlo sacado.

—¿Para qué sirve?

—Puede cañonear a distancia. Desgraciadamente estamos demasiado cerca del blanco.

El tanque se lanzó en línea recta hacia la brecha. Yo veía cómo el Nakino lo vigilaba. Parecía impertérrito. Pero me sentía: preocupado por los hombres que, todavía semiparalizados, estaban tratando de apartarse de la brecha. Lo consiguieron por fin y se refugiaron detrás del muro en el mismo momento en que el carro de combate avanzó aplastando los escombros de la puerta. Elevaba cerrada la torreta, y su largo cañón permanecía silencioso.

El Nakino se puso en pie y levantó un brazo. Sus servidores zombis apuntaron sus emisores de rayos y cuatro débiles haces de luz convergieron sobre el tanque. Este siguió avanzando con el motor a toda marcha.

Mis compañeros se apartaron como el mar Rojo, dejándole paso al vehículo. Los concentrados rayos lo seguían como las luces de cabina a una estrella que se moviera por el escenario. El tanque seguía avanzando tercamente. Justo un segundo antes de llegar a mi altura aflojó la marcha y luego giró un poco para apuntar a la puerta principal de la cárcel.

Aquello me reveló algo; los ocupantes no habían sido afectados por los rayos verdes.

Me arriesgué. Cuando el tanque, volviendo a adquirir velocidad, pasó junto a mí, me encaramé tras él. Había un lugar vacío en la parte trasera del vehículo y me acurruqué allí. Los rayos que daban en la parte delantera del tanque no me afectaban. El riesgo había valido la pena; los rayos no podían penetrar el grueso acero.

Un minuto más tarde, hubo un crujido y el tanque se detuvo. Se había abierto camino hasta el ancho vestíbulo de recepción, derribando las puertas que se interponían. Eos rayos no podían alcanzarlo ahora.

Me apeé cuando la torreta se abrió. Un hombre de complexión maciza saltó fuera. Tenía aspecto de unos sesenta años, parecía triste por eso y tenía can sados ojos azules. Me miró sin mucho interés y gritó por la ventanilla de la torreta:

—Perfectamente, Junior, ya estamos dentro. Puedes comunicarlo. Y diles también que envíen a unos cien hombres en camiones con escalas de asalto para rodear todo el edificio. Que apoyen las escalas el muro del recinto. En el tejado hay Nakinos proyectores de radiaciones. La misión de nuestros muchachos es barrerlos desde lo alto de las es- alas, usando el muro como escudo. Es lo bastante grueso para interceptar las radiaciones. No hay necesidad de que se expongan ellos mismos. Simplemente, disparar, agacharse, volver a disparar y volver a agacharse. Mientras tanto, veremos qué podemos hacer nosotros desde dentro.

Oí como dentro del tanque una voz amortiguada repetía las órdenes por radio.

El hombre se volvió hacia mí.

—Soy el comandante Brewster, jefe del destacamento que está ahí fuera. ¿Cómo está aquí la situación?

Se lo expliqué concisamente. El ya estaba enterado de lo de los rayos paralizadores.

—Nos han dado mucho que hacer durante la noche. Pero son sólo eficaces al aire libre. No tienen mucho poder de penetración. Cualquier tipo de blindaje podría probablemente detenerlos.

Otro hombre de edad madura bajó del tanque.

—Este es Junior o, de otra manera, el capitán Manden, mi lugarteniente —dijo Brewster.

—Vaya una manera de mandar un ejército —dije.

Brewster se puso rígido.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Ese tanque podía haber sido volado. Inmediatamente, su ejército se queda sin jefes. Si no hay jefes, no hay substitutos. Un ejército sin jefes es una morralla. Napoleón no habría cometido ese error. No se las habría jugado todas. Podría haber enviado todo lo más a uno de sus generales. Pero seguramente no a dos.

Madden hizo una mueca, pero Brewster dijo ásperamente:

—Me parece recordar que fue Napoleón solo quien se lanzó sobre el puente de Arcóle cuando sus tropas no podían abrirse paso entre los austríacos.

—*Touché* —dije.

Madden intervino:

—Cada guerra a su tiempo. Ahora estamos combatiendo precisamente a los Nakinos.

—Cierto —dije—. Pero creo que aquí no hay más que un Nakino. Venga usted.

Empecé a guiarlo hacia el tejado. Oí que Brewster murmuraba:

—Vaya a vigilar a ese tipo o es capaz de echarlo todo a perder. No me hacen gracia los locos cor complejo de Napoleón.

La batalla siguiente fue breve; su final, inesperado. En el terreno abierto estábamos en desventaja; el Nakino podía barrerlo con los proyectores.

Hicimos uso de los remates de chimeneas como parapetos, realizando pequeños avances de una en otra, tratando de acorralarlo. Esto hacía que él tuviera que dividir su atención entre nosotros y la larga línea de hombres apostados tras el muro del recinto. Ellos se empinaban para dispararle, y él trataba de mantenerles las cabezas bajas neutralizándolos con los rayos.

Él era el único blanco. Brewster les gritó a sus hombres que no disparasen contra los zombis, que no sabían lo que estaban haciendo. Pero, por la forma como rebotaban en el tejado las balas de fusil nadie tenía el pellejo seguro.

El final llegó inopinadamente. Como supimos después, el Nakino

estaba aislado en esta zona sin ninguna esperanza de ayuda oportuna. Juzgó la derrota inevitable. Hizo lo que supongo que según su punto de vista era la cosa lógica. Se subió al parapeto y se arrojó al vacío. Cayó al patio de cemento y se convirtió en una cosa pequeñita y arrugada.

Los zombis seguían allí de pie, inexpresivos, aguardando órdenes que no llegaban. Empuñaban todavía sus emisores de rayos y eso hacía que yo sintiera escrúpulos en acercarme. El comandante Brewster no vaciló; avanzó tranquilamente hacia ellos. Empuñaba una rara clase de pistola, pero no los amenazó con ella. La aplicó suavemente a la base del cuello de cada zombi, uno a uno. No hubo sonido alguno, pero a aquel contacto los zombis fueron cayendo inconscientes.

Madden me explicó:

—Es un desconectador de circuito. Interrumpe el anillo cerrado de sugestión hipnótica que hay en sus mentes. Una especie de tratamiento de shock. Sólo que nada más los deja desconectados. Usamos mucho este aparatito en nuestra disputa con los Nakinos. Con el tiempo, esperamos recuperar a todos los hipnotizados.

—Parece saber usted mucho más sobre los Nakinos que yo, capitán Madden.

—Bastante más. Bill Brewster y yo... bueno, da la casualidad de que estamos en el cogollo de la historia. Y es una historia bastante larga. Ya se la contaré cuando haya un descanso. Es usted americano, ¿verdad?

—Mi madre nació en Kalamazoo, Michigan. Mi padre fue un famoso personaje inglés.

Brewster se nos unió.

—Este ha sido un trabajo muy rudo, Junior. Volvamos al campamento y tomemos una copa.

—Me imagino que a mi gente le vendría también de perilla beber algo, comandante —dije—. Elevan bastante tiempo a pan y agua. ¿Hay comida en el campamento también?

Brewster me miró sombríamente.

—¿Por qué dice que es gente de usted?

—Bueno, ellos parece que me consideran...

—Afuera hay bastantes camiones. Dígales que se monten —indicó Brewster con tono de impaciencia—. Vamos, Junior —y se quitó de en medio.

—Bill se pone nervioso cuando se ve lejos de su cerveza —cloqueó Madden—. Es un hombre distinto con un bock en la mano. Ya lo verá usted.

Lo vi cuando llegamos al campamento y celebramos un consejo de guerra. Tal vez bebí demasiado en aquella ocasión, porque recuerdo muy pocas cosas. Pero fue un acontecimiento importante. Fue entonces cuando estudiamos sobre el plano nuestro plan de campaña contra los Nakinos y nos ocupamos en la logística de la larga marcha hacia Londres.

Y desde luego comí demasiado. Todavía puedo ver aquella basta mesa

de madera cargada de alimentos, en su mayoría procedente de latas. También el gran barril de cerveza en la presidencia junto al comandante Bill Brewster. El en persona llenaba los vasos con la concentración de un cirujano.

Recuerdo la inesperada tormenta que se desató sobre el lívido pantano, los vientos de las tiendas crujiendo como latigazos, el redoble de la lluvia sobre la tela y la comodidad que había dentro. Pero, aparte de Brewster, Madden y el jovial Gerry Cross, los rostros de la compañía siguen siendo ahora para mí como óvalos en blanco. Puede que Butler y Watts estuviesen por allí.

Sé que hice un relato de mi visita al Cuartel General de los Nakinos en Londres y recuerdo mi intento de mostrar a Sarah a una luz mejor que la :ue permitían los hechos.

El capitán Madden me contó algo de su historia y de la de Brewster, pero mi mente estaba nublada por la bebida y no llegué a comprenderla del todo hasta la noche en que él resultó muerto y yo me quedé sin dormir hasta el alba leyendo su diario particular. Yo había llevado una especie de diario mío, una cosa mucho más personal que la de Madden. No me habría gustado que nadie hubiese leído el mío aunque, más tarde, alguien lo hizo. Pero el de Madden era un relato mucho más objetivo, escrito indudablemente pensando en un público.

Madden era un escritor empequeñecido por las modernas condiciones que le impedían llegar a su verdadero público. Su autoexpresión encontraba desahogo en este diario que escribió hasta el día de su muerte. Era uno de los hombres más agradables que yo haya conocido nunca. Siempre he lamentado que nuestra amistad fuese tan breve. Era inglés hasta la medula, con un humor astringente que se burlaba de sí mismo.

El y su viejo amigo Brewster desempeñaron un papel vital en la guerra contra los Nakinos. Sin eso, mi actividad de jefe de la plebe no habría ido muy lejos. Entre otras cosas, nunca habríamos sabido nada de la existencia de Próspero. Nunca le habríamos echado mano al cortador de circuitos. Y nunca habríamos aprendido a conocer a nuestro enemigo, cosa imprescindible para la victoria.

Habríamos perdido la guerra y hoy el monstruo preferido de los Nakinos, Goliath, estaría en completa posesión del mundo.

Los papeles de Madden y de Brewster se juntan con el mío en la historia general. El extracto que sigue del diario de Madden muestra cómo. El editor fui yo. Corté y trastoqué entradas y llevé a cabo una obra de carpintería literaria para formar una narración continua

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO IV

A Bill Brewster y a mí nos desmovilizaron del Ejército en 1946. Aquél fue el año en que el vicepresidente ejecutivo de la Ford, Delmar S. Harder acuñó una nueva palabra : automación. Con ella quería decir únicamente el transporte automático de parte del coche Ford desde una máquina trabajadora del metal a otra".

La noche que nos desmovilizaron estuvimos arrastrándonos de bar en bar por todo el West End de Londres. En Piccadilly Circus, a las dos de la madrugada, estábamos aullando el himno de la: Escuela de Harrow. Lo cantamos juntos el día que salimos de Harrow. Se llamaba «Cuarenta años adelante».

—Nos volveremos a encontrar aquí, por Júpiter, cuarenta años más tarde, Júnior —dijo Bill, tratando de darme una palmadita amistosa en la espalda.

Falló.

—Quedamos de acuerdo, Bill.

La emoción y el alcohol me espesaban la voz.

Pero 1986 nos encontró a unos quinientos kilómetros de Eros con muy pocos deseos de volverlo a ver. En cuatro decenios, él y el Circus, Londres y la mayoría de puntos del compás habían quedado engolfados por la nueva palabra del señor Harder.

Estábamos en un punto situado tan a poniente como podíamos estarlo sin chapotear de una manera efectiva en el Atlántico.

La nueva palabra que nos había empujado hasta allí había sonado en nuestras vidas de cuando en cuando incluso en los primeros años. Tuvo un primo hermano, cibernética. La automación se comió a su primo, se encargó de presidir todo el horroroso proceso.

Hubo el día en que Bill y yo nos pusimos a hablar con un mandamás de la Aviación americana en el bar americano del Savoy. Al descubrir que éramos ex oficiales de Artillería (Bill comandante, yo capitán) trató de impresionarnos. Nos dijo que acababa de ver fabricar y encajar un avión de caza sin que se le hubiese puesto encima ni un solo dedo humano.

Yo desde luego me quedé impresionado. No sé qué le pasaría a Bill; él es más resistente.

Pero quizá no tanto. Porque cuando resultó que yo no podía aguantar más Londres y decidí marcharme, me enteré de que Bill se había marchado ya. Aquello fue en el invierno de 1980.

Hacía meses que no lo veía. Visafoné a su casa. En lugar del lúgubre rostro de Bill, la visapantalla me mostró una nota garabateada: «Me voy a occidente, joven. No volveré.»

Cuando Bill, en Harrow, descubrió que era Un mes más viejo que yo,

empezó a llamarme Junior. Todavía lo seguía haciendo. Ahora que tenía sesenta y tres años, llamaba a cualquier otra persona «joven».

Descifré el significado de la enigmática nota. Bill decía a menudo que le gustaría retirarse a Merthavin, una pequeña ciudad en las costas de Cornualles. Parecía que ahora se había retirado allí. Me ofendió que no me hubiese informado directamente.

Yo no tenía parientes que se preocupasen de si estaba vivo o muerto. Así es que decidí irme a poniente yo también. Fui a mi Banco y escribí un cheque a mi favor por el total de mi cuenta. Como de costumbre, hice un borrón con la maldita tinta magnética.

Introduje el cheque por la ranura que tenía el letrero de «CAJA» y aguardé. No había más clientes y, ni que decir tiene, ningún personal. Todos los Bancos eran automáticos. Tal vez hubiera un ingeniero de mantenimiento haciendo solitarios en algún despacho trasero.

Aquí, en 1946, había depositado yo la indemnización del Ejército. Entonces, el cajero me había saludado cortésmente y habíaí comentado que era un día caluroso Al salir, el director me hizo una inclinación de cabeza, una mecanógrafa rubia me sonrió y el portero me abrió la puerta y me llamó «sir».

Todo muy amistoso, cálido, humano. Les encantaba cuidar por mí de mi dinero.

Ahora no había nadie a quien le importase un rábano. En algún sitio, un visocaptor magnético estaba registrando el número del cheque, comprobando mi firma, anotando el importe. Un computador electrónico estaría buscando en la memoria de su tambor magnético mi cuenta, computando y pasando a una cinta registradora, y la: registradora pasaba su cinta a un impresor de alta velocidad, y...

¡Flop! Un manojo de billetes de Banco de los valores más altos cayó en el mostrador desde la boca de un tubo de aire comprimido. Mi extracto de cuenta, como una lengua que se alargase rudamente, salió a mi encuentro entre los labios de un par de cilindros. Lo miré, sabiendo que no había la menor esperanza de que existiera allí nada parecido a un error humano. Balance: cero.

Correcto. Una multitud de diminutos cerebros, que sabían únicamente 0 ó 1, se habían puesto de acuerdo para asegurarme de aquello.

Recogí los billetes —tampoco había necesidad de contarlos— y devolví el resguardo del extracto. Sintiéndome triste, aunque aliviado, me encaminé a la puerta. El rayo infrarrojo que mi cuerpo interceptó al pasar no me llamó «sir», pero me abrió la puerta. Yo estaba ya harto de Bancos automáticos y de Londres.

El tráfico era escaso. La mayoría de la gente iba en coche sólo a las visitas sociales. Unicamente se necesitaba andar para hacer ejercicio.

Soplé mi silbato de taxi. El que estaba más próximo describió una graciosa curva y se detuvo ante mí. Los demás seguían pasando desinteresadamente; sus pantallas de radar habían registrado la reacción del

taxi más próximo hacia el punto de origen de las ondas sonoras, cosa que los relevaba a ellos de su obligación.

La puerta se abrió para mí. Me acomodé en el interior y la portezuela se cerró. El taxi aguardaba a que yo le diera la dirección.

Usted decide; las máquinas harán lo demás. Ese era el slogan de la era de la automación.

Bueno, yo había decidido enviar al cuerno a la dichosa era de la automación, y las máquinas podían llevarme una gran parte del camino.

Estos vehículos llevaban un papel iluminado con un piano del centro de Londres. Para llegar a cualquier punto, no había más que hacer que una luz móvil encajara sobre ese punto, tirar luego de la palanca de marcha y ya estaba todo. A uno no le quedaba otra cosa que hacer sino recostarse. La ruta estaba almacenada en la memoria del taxi. La hacía a su manera y la pantalla de radar se cuidaba de las luces del tráfico y de que el vehículo no arremetiera contra objetos extraños, humanos o insensatos.

Para el Londres exterior, uno apretaba el botón correspondiente y la sección del plano requerida se colocaba en el panel.

Naturalmente, Cornualles no estaba en el plano. De todas formas, a mí no se me habría ocurrido ir allí en taxi; quería seguir el procedimiento más rápido. Apreté un botón que tenía la etiqueta de «Aeropuerto de Londres» y el taxi me llevó allí.

El descendiente directo de «George», el piloto automático de la Segunda Guerra Mundial, me llevó directamente a Cornualles. Elegí un avión monoplaza para estar a solas.

El tren monorraíl me llevó desde el aeródromo de Truro hasta Merthavin. Tenía realmente un conductor humano; todas las bendiciones de la automación no habían llegado a las tierras salvajes dé Cornualles. Los otros pasajeros cambiaban bromas con el conductor y lo llamaban «Bob». Me sentía veinte años más joven.

Sabía dónde podía estar Bill Brewster a aquella hora del día. Había tres bares en Merthavin, y lo localicé en el segundo, la Casa Piskie. Una piskie es un hada cornuallense.

—Hola, Piskie — dije.

Los acuosos ojos azules de Bill tenían algunas veces un aspecto pensativo; otras, inexpresivos;

casi siempre, sólo tristes. Nunca mostraban alarma

o sorpresa. Era un militar demasiado bien disciplinado. Me miró tristemente.

—¿Qué te cuentas, Junior? Madeleine, una pinta de cerveza amarga para el extranjero.

Para los cornuallenses, todo aquel que no ha nacido en Cornualles es un extranjero.

La alegre y joven camarera alargó sobre el mostrador un tanque de cerveza para mí. Me senté y empecé a beber.

—Parece que estoy destinado a ir siempre detrás de ti con un mes de retraso, Bill.

—Un mes por lo menos, Junior. ¿Recuerdas aquella vez que...?

A la cuarta pinta estábamos reviviendo batallas de hacía mucho tiempo en el desierto de occidente, en la llanura de Catania, en el sangriento Anzio, y abriendo otra vez brecha en la Línea Gótica.

-—La vida entonces tenía objeto —dije—. Por lo menos, eso es lo que creíamos nosotros. ¿Cómo íbamos a poder saber que estábamos peleando únicamente para entregarles el mundo a los robots universales de Rossum?

—Y las cosas por venir estaban cobrando forma en aquellos días, pero nosotros no nos dábamos cuenta. ¿Recuerdas aquellos tanques autopropulsados y sin tripulación que los tudescos lanzaron contra nosotros en Anzio?

Asentí.

—Estaban cargados de alto explosivo.

—En más de un sentido. Los tudescos tenían un nombre para aquel tipo de tanque robot. «Goliath». Y ahora, Goliath está gobernando al mundo, reduciendo a polvo a todos los pequeños David. El general Mac Arthur fue derrotado por una especie de Goliath.

—¿Qué quieres decir?

Bill tomó un largo trago, se secó la boca y contestó.

—Estoy hablando ahora de la guerra de Corea. La historia dice que Mac Arthur fue desposeído del mando por el presidente Truman. No es así. Fue Goliath quien lo decidió. La política de Mac Arthur entrañaba un riesgo de guerra mundial. Se pusieron a atiborrar de estadísticas a un computador de Washington. Este les dio la respuesta. Ea economía americana no estaba en situación de poder afrontar en aquellos momentos otra guerra mundial. *Ergo:* Mac Arthur tenía que irse. El computador lo dijo.

—Nunca llegué a saberlo. Pero puedo creerlo.

Bill asintió y cambió de tema.

—Bueno, Junior, ahora que estás aquí, ¿qué vas a hacer para pasar el tiempo?

—¿Qué haces tú?

—¡Oh!, yo pesco, trabajo en el jardín, salgo en bote de vela, leo viejos libros de guerra y...

—Bebo cerveza...

Los labios de Bill se torcieron.

—Trabajar es mejor que no hacer nada, pero beber es mejor que cualquiera de las dos cosas.

—Puede que tengas razón —dije, y me quedé reflexionando.

¿Qué iba a hacer? Nadie en este mundo gobernado por los robots tenía por qué trabajar si no le interesaba. Eos ingenieros diseñadores y los inventores estaban por lo visto rabiosamente interesados en esto. Parecían sentirse diabólicamente impulsados a sumir al mundo en la automación. El

dinero les importaba poco. Pero el dinero para unos cuantos lujos extras era más que nada el incentivo de los demás trabajadores voluntarios como ingenieros de mantenimiento, doctores y comadronas.

Y escritores.

En Londres, yo me había llevado años escribiendo piececitas para la televisión. ¿Por qué no había de tener yo el mayor equipo de televisión, las alfombras más espesas, las más raras antigüedades que pudiera comprar el dinero? El dinero era la única respuesta verdadera a mi trabajo. Nadie se preocupaba mucho de leer. La televisión era demasiado fácil. Los periódicos impresos eran raros. Eas revistas críticas de obras de televisión eran más raras aún. Quizá mis piececitas no tenían mucho gancho. Ver la recensión impresa de una de ellas era como ver un copo de nieve en julio.

Sólo una vez de higos a brevas me encontraba con alguien que hubiese visto una obra mía. En cierta ocasión, encontré a una persona que incluso se acordaba del argumento. Había demasiados canales. En la inundación de material que se derramaba en ellos, mis creaciones hacían el efecto de gotas de agua en el río.

Además, me estaba costando trabajo encontrar temas. Mi estilo era el de la comedia problema. Pero, ¿dónde estaban los problemas hoy? La automación había planchado la mayor parte de los problemas sociales y humanos.

Nada de pobreza, nada de inseguridad, nada de guerras, nada de políticos de la vieja escuela. La duración de una vida se calculaba en un siglo poco más o menos. La vejez no era ya una tragedia y las enfermedades dramáticas pertenecían al pasado: no era posible escribir una moderna *Dama de las Camelias.*

Lo más romántico que podía hacer un doctor era escayolarle a uno la pierna rota.

Nada de problemas, nada de héroes para superarlos.

Sin embargo, yo tenía un problema: ¿qué hacer para sentir que estaba vivo?

Bill decía:

—Aquí tienes que hacer tus propias compras. Nada de alimento empaquetado, insípido y registrado que se desliza hasta tu casa por los conductos del Centro de Distribución.

—¡Formidable! —asentí—. ¡Trenes con maquinistas! ¡Bares con camareras!

—Te advierto que algunas casas no tienen ni siquiera televisión.

—He de hacerme de una de esas casas —dije.

Que se fuera al diablo la televisión, y los líos pseudohistóricos que no significaban nada, y las comedias «modernas» que sólo eran cansados pastiches con el eterno triángulo y que significaban menos que nada.

—Por Merthavin y por la esperanza de una verdadera civilización —dije, y levanté mi bock.

Bill levantó también el suyo, pero no por Merthavin. Estaba saludando a un recién llegado al bar, un viejo de pausados movimientos, arrugado y amojamado, que indudablemente había festejado su centenario varios años atrás.

—Hola, Cornelius, ¿qué novedades hay?

—¡Compra *El Mensajero* y léelas tú mismo! —gruñó Cornelius.

—Prefiero pagarte una pinta, viejo miserable —replicó Bill, y así lo hizo.

Descubrí que Cornelius era todo un personaje.

Le eran antipáticos mucha gente y había descubierto el modo ideal de decírselo a los interesados. Poseía y dirigía un semanario local, *El Mensajero de Merthavin.* Tales periódicos eran raros en aquellos días. Desde luego, no había ningún otro que pudiese compararse con éste.

Llevaba consigo un ejemplar y me lo enseñó. Debía de haber ácido incluso en la tinta del impresor. Las noticias concernían todas a gente de la localidad, y estaban redactadas viperinamente.

Sam Coates, de la calle Pentágono, se cayó de su bicicleta tres veces seguidas, el jueves, en su regreso a casa desde el bar Piskie. Pero no iba montado en una bicicleta. Sólo creía que lo iba. La gente que no puede aguantar el vino es mejor que se dediquen a beber té flojo.

Elizabeth (Liza) Pettsworth, de la esquina de la calle Walsham (horas: de f de la tarde a medianoche), espera de nuevo tener un kijo. También lo esperan Bill Foster, Tom Trelawney y Simón Meek. Se ha esparcido el rumor de que, cortando una baraja, decidirán a la carta más alta quien va ser el feliz padre.

El domingo, Percy Browne, de Loomis Cotta- ge, sacudió el polvo a su alfombra, a su mujer, y se largó de la ciudad.

Cosas por el estilo.

—¿Cuántas veces lo denuncian por libelo, Cornelius? —pregunté, devolviéndole el periódico.

Cornelius se limitó a gruñir sobre su cerveza.

—Nunca lo denuncian —dijo Bill—. Se muestran encantados. Se entusiasman. Les halaga ver sus nombres en letra impresa. Eso les hace sentir que son alguien. En este mundo de ahora, ése es un sentimiento raro.

—Voy a matar a *El Mensajero* —dijo Cornelius de pronto—. Ya me estoy haciendo demasiado viejo para eso. De todas formas, estoy cansado de sacar a la calle una hoja de escándalo. Era un buen periódico. Publiqué algunas historias buenas. Pero nadie en realidad quiere ya buenas historias, sólo cosas radas. Las ciudades pequeñas se interesan sólo por el mojarreo. Gente asquerosa. Odio a todo el mundo.

—¡Eso no puede ser, Cornelius! —exclamó Bill—. *El Mensajero* forma parte de nú vida aquí. Lo echaré de menos más que a mi brazo derecho.

Junior, se me ocurre una idea. Tú necesitas una ocupación. Tú eres escritor. Te harás cargo de *El Mensajero.*

—¿Yo? —pregunté, sobresaltado—. Lo siento, eso no va conmigo. Quiero establecerme aquí pacíficamente, no voy a empezar atacando a los vecinos, sobre todo cuando no sé nada de ellos.

—Por eso no se preocupe, Pam sacaría a relucir para usted todos los trapos sucios —dijo Cornelius—. En los dos últimos años, ha sido ella mi brazo derecho.

—¿Pam?

—Mi biznieta.

—Hum —dije, y me imaginé una maligna solterona amojamada, nariguda y de ojillos agudos.

Si yo fuera lo bastante loco como para hacerme cargo del periódico, ella saldría botando.

—La mejor historia que publiqué nunca —dijo Cornelius— fue *El platillo volante de la isla de Moble.* Lo más extraño de todo fue que lo vi yo con mis propios ojos. Hará de esto unos diez años. Una gran bola de fuego blanco, como el mismo Sol, bajó como si no viniese de ninguna parte, en pleno día, se posó en la isla y pareció hundirse exactamente en el centro. Yo estaba pescando por allí, solo. Fui en seguida a la isla y la recorrí de cabo a rabo. Ni la menor señal de nada extraordinario. Ni una brizna de hierba quemada.

—Te mereces otra pinta por esa trola —dijo Bill—. ¡Madeleine!

Cornelius lo miró reprobadoramente.

—La verdad es que nadie me creyó tampoco. Me hicieron la vida imposible. Pero desde entonces he hecho todo lo que he podido por fastidiarlos. ¡No metas el dedo en la cerveza, maldito sea, Madeleine!

Intervine:

—Parece más bien como si hubiese sido un fenómeno meteorológico, un relámpago circular, que no uno de esos llamados platillos volantes

—¿Qué es eso de «llamados platillos volantes»? ¡Nada de llamado! —rezongó Cornelius—. Todo el mundo los ha visto por esta región. Yo mismo he visto tres. Pero no son bolas de fuego, sino sólidas máquinas voladoras.

—También yo vi uno la semana pasada -—dijo Bill sin darle importancia—. Iba bastante alto. ¿Qué clase de nuevo avión es esa, Junior? Me alegra decir que he perdido ya el contacto con **esas** cosas.

—También debo de haberlo perdido yo. No he oído hablar de ningún tipo circular de avión. Es difícil mantenerse al día en estos tiempos.

Nos pusimos a hablar de estos tiempos. Al final, tenía la impresión de que Cornelius y yo éramos viejos amigos y acepté su invitación de ver las oficinas de *El Mensajero.*

Todo estaba amontonado en la única habitación. Había allí una anticuada linotipia, dos mesas, dos sillas, muchos cartapacios, una máquina de escribir, un visáfono, dos docenas de botellas de cerveza vacías y Pam. Todo

excepto Pam era mucho más bonito de lo que yo había esperado ver.

Ella tenía unos veinte años. Nada de amojamada, sino con lindas redondeces. Sus ojos eran redondos también, pardos e inocentes como los de una gacela. Bonita y modesta; su voz blanda, como la de una tímida colegiala, cuando Cornelius nos presentó. El cabello largo, negro como ala de cuervo.

Cornelius dijo:

—Toda esta porquería que ve usted alrededor es *El Mensajero.* El lote, nueve mil libras y van incluidas las malas ideas.

—¿Va incluida también Pam? —pregunté, con la desvergüenza propia del semiembriagado.

—Si la toma usted también, el precio será sólo de ocho mil.

Me eché a reír, pero aquello parecía demasiado fuerte incluso para Cornelius.

—Ya está usted otra vez regateando, Cornelius —dijo Pam con una voz de terciopelo—. Estoy segura de que las mujeres de Londres están acostumbradas a pagar mucho más de mil libras por conseguir disfrutar del placar de la compañía del señor Madden.

—Vamos, niña, ya estás enseñando las uñas. ¿Qué pensará el señor Madden?

Sucedió que yo estaba pensando que así era como uno tenía que sentirse después de haber sido apuñalado de pronto por alguna mosquita muerta profesora de una escuela catequística. Tras aquellos dulces labios, la heredada lengua de Cornelius estaba: a la espera, lista para punzar y golpear.

—Me quedaré con el lote —dije pesadamente—. Gato y todo.

Pam me dedicó la más amable sonrisa que yo hubiese visto en mi vida.

—Vaya, vaya, Calibán tiene un nuevo dueño —murmuró ella.

Tras de lo cual, nos llevamos la mar de bien. Durante años. Años en los que ocurrieron bastantes cosas, la mayoría no para bien. Envejecí y Cornelius envejeció tanto, que se murió.

El Mensajero tuvo sus altas y sus bajas. Sus altas, cuando yo le dejaba a Pam rienda suelta. Sus bajas, cuando yo me encargaba de poner vaselina en el editorial y de montar campañas. Mayormente, organizaba campañas contra la esclavización cada vez más rápida que desde el oriente estaba llevando a cabo Goliath, como Bill y yo habíamos bautizado al sistema. Sus víctimas parecían desaparecer de la noche a la mañana. Bob, el maquinista del mono-tren, fue una de ellas. El monorraíl se hizo enteramente automático hasta la punta más occidental de la costa.

La automación se hizo cargo de las minas de estaño y de los pozos de caolín para la elaboración de porcelana. El personal del Banco de Truro fue substituido por un cerebro electrónico. El Banco de Merthavin era el siguiente que estaba en la lista.

Resistí todo lo que pude, aunque ninguno de mis relucientes lectores me alentaba. Como Tom Smallways habían llegado a aceptar que si esto era el progreso, adelante con él. Incluso Bill parecía resignado al final, hasta que un

día entró disparado en mi despacho, se apoyó en mi mesa y, todo arrebolado, gritó:

—¡Hay que ponerle fin a esto!

Capítulo V

Resultaba que la Casa Piskie había sido automatizada.

—Madeleine se ha ido, reemplazada por una batería de pulsadores —dijo Bill, furiosamente —. El botón BIT para la cerveza bitter. ¿Cómo puede uno disfrutar de la cerveza servida por un maldito timbre? Hay que acabar con eso.

—¿Ha visto usted a Gregorv? —preguntó Pam.

Gregory era el propietario. Bill asintió.

—No es culpa suya. Algún personaje muy importante del gobierno lo llamó y le leyó la sección 23, subsección 14, a) de la Ley de Automación. Todos los bares han de quedar automatizados el día 15 de este mes. Los ingenieros se llevaron trabajando toda la noche. Nos han destrozado nuestra cita para el lunes próximo, Junior.

Fruncí el ceño. Aquélla era la fecha que habíamos fijado junto a Eros cuarenta años atrás. En lugar de eso, habíamos convenido en coger una tranca en Casa Piskie. Llevábamos ya refugiados en la: región de occidente seis años.

—Escribiré un editorial —dije con firmeza.

—De mucho que va a servir eso —tronó Bill—. Yo lo que voy a hacer es coger mi Luger y sacarle el hígado a ese personaje importante. Me pregunto quién será ese tío ahora.

—Aquí estoy, caballero —dijo una voz alegre desde la puerta.

Nos volvimos. Se encontraba allí un joven bien parecido. Vestido con mucha elegancia, sonriente, y llevando lo que parecía ser una cartera de mano.

—Con hígado y todo —añadió—. Mi nombre, Arthur Coney, ayudante científico delegado del director de la región oeste.

—Parece humano —dijo Pam—. Pero probablemente es un robot.

Coney meneó la cabeza.

—Mi hígado es no-mecánico, se lo aseguro. Pero, por favor, no me lo agujereen. Estoy aquí sólo para ayudarles.

—¿Ayudarnos cómo? —preguntó Bill peligrosamente.

Coney lo miró con brillantez.

—¿Es usted el señor Madden?

Bill soltó un gruñido y me señaló. Coney transfirió a mí su resplandor.

—He venido para automatizar su periódico.

—¡Automatizar un cuerno! Y no se moleste leyéndome subsecciones 14, a).

Coney corrigió:

—Subsección 21 e): Automatización de periódicos.

—Este periódico es propiedad privada mía —disparé.

—El gobierno no se lo va a quitar a usted, señor, sólo va a aumentar su eficiencia, suprimiendo personal superfluo.

—No tengo ningún personal superfluo.

—Muchísimas gracias, señor director —murmuró Pam.

Coney estaba lanzando una mirada en torno. Yo había hecho unos cuantos cambios, pero no muchos. La vieja máquina de escribir había quedado desechada y yo había adquirido el último modelo eléctrico. La linotipia había envejecido mucho más y la había reemplazado por una nueva. Algunas veces, cuando necesitaba dictar uno de mis editoriales de cruzado, Pam no podía tomarlos en taquigrafía. Así es que compré un magnetófono. Eso era todo.

—Su equipo no es demasiado malo, señor Madden —comentó Coney.

—Gracias —dije secamente.

—Pero no parece usted utilizarlo de la manera más adecuada, señor.

La máquina de escribir y el magnetófono estaban ambos sobre mi mesa. Coney los juntó por la parte de atrás. Hurgó un poco y luego se oyó un chasquido. Como quiera que fuese, las dos máquinas se habían acoplado y convertido en una unidad. El enchufó la corriente, puso papel en la máquina y empezó a hablar por el micrófono del magnetófono.

—Como ustedes ven, estas dos unidades estaban ideadas para formar otra máquina: una secretaria mecanógrafa robot. Mis palabras se convierten en señales magnéticas en la cinta, la cinta pasa bajo un fonocaptor magnético que hay en la parte de atrás de la máquina, y los impulsos eléctricos resultantes actúan sobre las teclas adecuadas.

Con la misma velocidad con que él estaba hablando, la máquina estaba mecanografiando las palabras sobre el papel. Nosotros tres nos habíamos quedado de piedra. Cierto que yo algunas veces me había preguntado para qué servirían ciertos encajes y salientes en las dos máquinas, dispositivos que no parecían tener objeto. Pero su finalidad se veía ahora.

—Eso en cuanto a esto —dijo Coney—. No necesita usted mecanógrafa. Tampoco necesita usted linotipista.

Abrió su cartera. Estaba llena de pequeñas herramientas, enchufes y trozos de delgados cables. Conectó directamente el magnetófono con la linotipia. Yo siempre me había preguntado para qué estaba allí aquel misterioso casquillo.

—Hace usted trabajar a su linotipia directamente —dijo hablando por el micro, y las letras empezaron a caer con toda docilidad—. Ahora le enseñaré a usted cómo la minerva puede conectarse con la prensa y...

—No se moleste —dije, recobrando la voz—. Somos unos sentimentales y queremos seguir apegados a nuestros buenos métodos antiguos.

—Eso va contra la política del gobierno —dijo Coney reprobadoramente—. El programa de automación...

—¡Qué se vaya al cuerno ese programa! —dije.

—Si trata usted de interferirse, produciría otros bloqueos en el ciclo. Es seguro que se produciría un cortocircuito en la entrega de papel. Lo cual iría en su desventaja.

—Eso es una coacción, —rezongó Bill—. Iré a buscar mi Luger, Junior.

—No te preocupes, Bill. Pam se quedará sin empleo y yo también. Me niego a hacer de hombre magnetófono para el gobierno. Yo mismo me he despedido. Sin director, no hay periódico.

—Se equivoca usted —dijo Coney—. Si no quiere usted dirigir eficientemente el periódico, señor Madden, el gobierno lo hará. Voy a mostrarle cómo.

Por medio del visáfono se puso comunicación con una agencia de noticias del gobierno y solicitó el servicio general. Conectó el micrófono del magnetófono con el altavoz del visáfono. Alguien en la agencia de noticias empezó a leer en voz alta gacetillas generales, aburridas crónicas sobrecargadas de datos del progreso científico. La linotipia empezó **a** trabajar obedientemente.

—Esta es sólo la idea en esquema, señor —dijo Coney—. Hay todavía algunas deficiencias técnicas, desde luego, y tendremos que arreglar la cuestión de distribución en este terminal. La agencia suministra las últimas noticias del mundo entero; las crónicas del extranjero llegan por supuesto mediante traductores automáticos.

Pam dijo:

—Todas esas pesadeces no producirán ni frío ni calor en la gente de aquí. Nadie comprará el periodicucho.

—No tendrán que hacerlo —dijo Coney suavemente—. Como todos los servicios del gobierno, será una cosa absolutamente gratis.

Miré el largo y negro cable del visáfono y lo vi como lo que siempre había sido: un primer tentáculo exploratorio de Goliath. Ahora había cerrado su zarpa sobre *El Mensajero* y lo estrangulaba hasta matarlo.

—Vayámonos de aquí —dije entre dientes.

Los tres dejamos a Coney absorto en su juego y nos dirigimos en silencio hacia la Casa Piskie. A mitad camino por la carretera, Bill me apretó el brazo y señaló hacia arriba. Pam estaba ya mirando fijamente a los cinco platillos volantes que, en formación de V, estaban atravesando el cielo a una gran altura y con mucha suavidad. Parecían burbujas de mercurio y brillaban al sol. Sin hacer sonido alguno, se desvanecieron hacia el este.

—Algo está sucediendo —dije—. Algo misterioso y muy importante. Estamos comenzando a ver efectos, pero las causas no son sueños surgidos de nuestra filosofía.

—Lo mismo siento yo —dijo Pam—. Lo he sentido desde hace mucho tiempo.

La Casa Piskie estaba ahora deshumanizada, pero al menos se podía conseguir cerveza gratuita. Nos aprovechamos ampliamente del gobierno. Nos

sentamos junto a la ventana y dejamos que los camareros robots se cansaran de servirnos.

—Este insidioso artefacto no estaba aquí la última vez que vine —dijo Bill, señalando con un pulgar al enorme aparato de televisión que se veía más allá del mostrador.

No había ningún otro parroquiano y el cacharro no estaba encendido. Lo dejamos así.

—Cornualles está acabado —comenté lúgubremente—. Esto es ahora territorio de Goliath. Tendremos que largarnos otra vez, Bill. ¿Qué te parecen las islas Hébridas exteriores?

—Es una idea —dijo Bill.

—Llévenme con ustedes —dijo Pam.

—Es una idea —dijo Bill de nuevo.

—Dudo que estemos a salvo de Goliath, incluso allí, mucho tiempo —dije, todavía deprimido—. Estos maniacos de la automación son más sutiles de lo que yo había sospechado. Fíjate en cómo me han ido minando el terreno. La máquina de escribir, el magnetófono, y la linotipia eran todos modelos producidos en masa. Sólo Dios sabe cuántos de ellos hay esparcidos por todo el mundo. Y todos destinados a encajar los unos con los otros como partes del engranaje de Goliath.

Bill dijo:

—Cualquier invención nueva es usualmente una amalgama de dos viejas. En tiempos, uno tenía una pluma y un tintero : dos objetos separados. Luego, a algún genio se le ocurrió la idea de encajar el tintero en la pluma. De aquí la estilográfica. Así es como funciona la cosa.

—¡Un cuerno para todos los inventores! —dije.

—Excepto para el hombre que inventó la cerveza —corrigió Bill, acabando la suya.

Pam había bebido más de lo que solía. Estaba mirando fuera de la ventana con ojos ligeramente vidriosos. Dijo, de pronto:

—Coney es muy guapo. Podría enamorarme de él. Lástima que sea un tipo del gobierno. ¿A dónde se lleva nuestros archivos?

—¿Cómo?

Di media vuelta y miré. Coney pasaba en un turismo abierto. El asiento de detrás iba atestado de periódicos. Me asomé a la ventana y le grité. Aceleró y salió disparado por la carretera de Truro.

Pam se me acercó, flaqueándole un poco las piernas.

—Vamos a ver qué ha estado haciendo.

Nos dirigimos a las oficinas de *El Mensajero*. Todo estaba vacío; las máquinas, silenciosas y los grandes estantes del archivo, vacíos también.

—Ya lo tengo —dije furiosamente—. Va a ponerse a buscar cualquier cosa que yo haya escrito y que pueda interpretarse como una llamada a la sedición. Entonces, el gobierno tendrá una supuesta excusa legal para confiscar *El Mensajero* sin tener que indemnizarme.

Pam suspiró:

—¡Tan guapo! Es una lástima. Volvamos al bar y ahoguemos allí nuestras penas.

De regreso en Casa Piskie, Bill escuchó nuestras lamentaciones y luego dijo:

—Aquí no hay nada que hacer. Voy a avituallar el *Pinto y* mañana zarparemos para las Hébridas.

El *Pinto* era su barco. Bebimos por la fuga y por una nueva vida.

A la mañana siguiente, me habría gustado tener una cabeza nueva. La vieja me zumbaba como un tambor de guerra. Alguien contribuía al zumbido dando golpes en la habitación contigua. En pijama fui a ver quién era el atrevido.

Arthur Coney, recién afeitado, pimpante, con un periódico bajo el brazo, estaba vigilando cómo un obrero instalaba un aparato de televisión. Se volvió y sonrió efusivamente.

—Buenos días, señor Madden. Bonito trabajo, ¿no le parece? La caja es de madera de cerezo, para que haga juego con sus muebles.

—¿Qué demonios está haciendo usted en mi casa?

—Esta casa no es suya, caballero; es del gobierno.

Era verdad. Habiendo tenido que disponer de la mayor parte de mi capital para comprar *El Mensajero,* me había visto obligado a vivir en una casa de alquiler de las fabricadas en serie por el gobierno, y propiedad de este último.

—En ese caso puede llevarse esa caja de los demonios al gobierno. No quiero televisión.

—No tiene usted por qué usarla, señor Madden. Pero una nueva ley ordena que todas las casas modelo deben estar equipadas con televisión. Por supuesto, ya lo están la mayoría; ésta debe de ser una de las últimas. Todo forma parte del plan para elevar el nivel de vida.

—¡O se va la televisión, o me voy yo!

Coney se encogió de hombros.

—Como usted quiera, señor Madden. Es usted libre de irse donde guste, incluyendo las Hébridas exteriores.

Lo miré duramente unos momentos.

—Coney, quiero hablar con usted en privado. Venga a la otra habitación.

—¿Cómo no?

En el dormitorio, lejos del obrero, dije:

—No me gusta que vigilen mis conversaciones. Me apuesto algo a que estos nuevos aparatos, ese de ahí fuera y el que está en la Casa Piskie, llevan oculto un micrófono. Usted me está espiando. ¿Por qué?

—Yo, no. Pero me gustaría que me diese usted algunos informes.

Desplegó el periódico. Era un ejemplar muy antiguo de *El Mensajero.* Señaló un titular: *El platillo volante de la isla de Moble.*

—¿Sabe usted algo sobre esto, señor Madden?

Eché un vistazo al artículo. Por supuesto, era la historia de Cornelius.

—¿Por qué había de saber? Eso ocurrió diez años antes de que yo llegase aquí.

—Lo sé. Pero he oído decir que Cornelius hablaba muchísimo de eso. Usted era buen amigo suyo. ¿Se lo mencionó alguna vez?

—Sí. Pero no decía más palabra de lo que había dicho aquí por escrito. No profesaba teoría alguna, estaba desconcertado por lo sucedido.

—Ya veo. —Coney volvió a plegar el periódico—. Quizá le dijo algo más a su biznieta. Probaré con ella.

—Puede que incluso a ella le guste.

Me dirigió una mueca.

—A mí me gusta ella también.

Y me pregunté si el micrófono escondido en la Casa Piskie había registrado la opinión de Pam sobre Coney. Se marchó con el obrero. Yo me fui en busca de Bill. Estaba en la playa metiendo un bidón de agua dulce en el *Pinto.*

—Zarparemos con la marea de la tarde —dijo.

—Me gustaría hacer un corto viajecito antes de eso. La isla de Moble está sólo a unas cuatro millas, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

Le conté lo de Coney y añadí:

—Esa historia de la isla de Moble significa algo para el gobierno. No creo que se sientan muy tranquilos con la cosa; están tratando de descubrir algo raro.

—Muy bien. Ayúdame a botar el barco.

Empujamos a *Pinto* sobre los rodillos hasta meterlo en el mar y luego pusimos proa a la islar. Era poco más que una roca con una delgada capa de suelo superficial. Con todo, había tierra bastante para sostener a unos cuantos árboles raquíticos, inclinados por el viento dominante de la mar, y algunos matorrales espinosos.

Noté una forma negra que daba saltos en la mar, cerca de la diminuta playa.

—Mira, una foca.

—Una foca de aspecto muy raro —comentó Bill entornando los ojos.

Parecía bastante rara, con una cabeza redondeada. Era difícil verla porque la mar reflejaba la luz del sol. La criatura atravesó los escollos que la separaban de la costa y luego se arrastró por la cuesta de arena. Desapareció entre los matorrales.

Varamos allí diez minutos después. Vi el rastro del bicho, una zanjita superficial en la arena húmeda.

—Era grande y pesada... —empecé a decir, y me paré, asombrado.

A ambos lados de la zanja, regularmente espaciadas, estaban las huellas de grandes manos, con los pulgares tan largos como los demás dedos.

—Una foca muy rara —dijo Bill lentamente.

En silencio, seguimos el rastro hasta que se desvaneció en el terreno pedregoso. Estuvimos registrando toda la islita. No había más que árboles enanos, matorrales, malas hierbas y grandes trozos de roca musgosa.

—Ha vuelto a meterse en el mar por el otro lado —dijo Bill.

—Eso tiene que ser —aprobé yo.

Por el otro lado, sólo había un acantilado bajo.

—Bueno, ya hemos dado un vistazo a todo. Aquí no hay nada que pueda interesarle al gobierno. Volvamos.

Regresamos a la playa de Merthavin y ayudé un rato a Bill a avituallar el *Pinto.*

—Yo me encargaré de terminar esto —dijo Bill por fin—. Tú vete a buscar a Pam. Hemos de estar listos para zarpar de aquí a una hora.

Pam no estaba en casa, así es que me dirigí a Casa Piskie. A la puerta estaba el coche de Coney. En el bar, estaba Coney hablando con Pam. Había bastantes parroquianos. Gregory, el propietario, sin nada que hacer, estaba sentado en un grupo, bebiendo.

Les dije a Pam y a Coney:

—¿Qué, se divierten ustedes?

—Sí. Arthur es un compañero agradable cuando se le llega a conocer —dijo Pam.

—¿Es que ya lo has conocido? ¿Ya es el querido y viejo amigo Arthur? —pregunté incrédulo.

—No al cien por cien. Todavía no puedo comprender por qué él cree que Goliath es una buena cosa y que el gobierno no puede equivocarse en nada.

—Es bastante simple —dijo Coney, sonriendo—. Yo creo en el mayor bienestar para el mayor número y no para unos cuantos individualistas raros como ustedes dos.

En aquel momento, el aparato de televisión, al que nadie había tocado, se encendió por sí solo. La pantalla se puso a brillar intermitentemente con ritmo sostenido. Una voz autoritaria ordenó desde el aparato:

—¡Atención todo el mundo! ¡Miren esta pantalla, miren esta pantalla!

La orden era innecesaria. La curiosidad había atraído la atención de todos los presentes. La luz mantenía su intermitencia.

Luego, la misma voz ordenó:

—Ahora elevarán ustedes el brazo derecho por encima de la cabeza.

Con gran sorpresa por mi parte, no sólo Coney sino todos los demás hicieron exactamente aquello. Excepto Pam y yo.

—¿Qué idiotez es ésta, Coney? —pregunté ásperamente.

No me echó cuenta, y la voz de la televisión dijo:

—Si están ustedes con otras personas, tomen nota de quienes son los que no han levantado el brazo. Esos son los enemigos del país. Denúncienlos inmediatamente a la Policía. Si es posible, deténganlos a la fuerza y envíenlos

a la Policía. Eso es todo. Ahora ya pueden bajar los brazos.

La luz se apagó y el aparato se quedó callado. En el bar se había hecho el silencio. Parecía estar lleno de ojos hostiles que nos miraban a Pam y a mí. Ceñudo, Gregory se levantó y empezó a aproximarse a nosotros. Coney le hizo señas para que retrocediera.

—Está bien, Gregory —dijo con desenvoltura—. Deje esto de mi cuenta. —Retrocedió un paso *y* sacó una pistola aguja con la que nos encañonó—. ¡Cuidadito vosotros dos! ¡Andando despacio delante de mí hacia el coche! Eso y nada más. Estas agujas pueden noquear a la gente durante una hora, pero por veinticuatro horas resultan muy molestas.

—Tenían razón, Pam —dije—. No llegaste a conocer al cien por cien al viejo amigo Arthur.

—Quizá sea mejor eso —dijo ella con un leve suspirito.

Coney nos pastoreó hasta el turismo. Hizo que me metiera en el asiento delantero y se acomodó en el asiento de atrás con Pam.

—Vamos a dar un rodeo para recoger al señor Brewster que está trabajando todavía en su barco, y organizaremos un viajecito a Truro.

—¿Y después? —pregunté.

—Mi responsabilidad acaba ahí. Probablemente, los enviarán a ustedes al campo de concentración instalado en la vieja cárcel de Dartmoor.

—¿Por qué crimen? —preguntó Pam.

—Por ser inmunes al hipnotismo. En marcha, señor Madden.

Conduje lentamente para ganar tiempo y poder pensar un poco. Pensar en los traicioneros aparatos de televisión instalados por el gobierno: ¿desde dónde eran conectados por medio de control remoto? ¿Hasta qué punto era extensa la red? Más urgente aún, ¿cómo íbamos a escapar de la redada? Sólo se me ocurría una oportunidad apenas posible.

Paré el coche al borde de la playa, a diez metros del *Pinto.* Bill estaba colocando en su sitio una pesada caja de provisiones valiéndose de una barra de hierro. Empecé a silbar lúgubremente el *Ave María* de Schubert.

Muchísimos años atrás, Bill y yo habíamos tenido que atravesar Alemania después de habernos escapado de un campo de concentración. Estábamos tratando de hacernos pasar por paisanos alemanes. Si alguno de nosotros notaba que estábamos siendo vigilados o seguidos, silbábamos aquella melodía de aviso como quien no quiere la cosa y, también como quien no quiere la cosa, señalábamos con el pulgar derecho al enemigo sospechoso.

Yo esperaba que Bill recordaría.

—Señor Brewster —llamó Coney.

Con el rabillo del ojo, vi que mantenía la pistola aguja fuera de la vista de Bill. Me froté la barbilla pensativamente manteniendo el pulgar apuntado haría Coney.

Bill saltó a tierra, enarbolando la barra. Yo estaba disgustado. Ni siquiera me miraba.

—¿Qué hay? —le dijo fríamente a Coney.

Coney empezó a levantar la pistola. Entonces, Pam le agarró la muñeca con ambas manos y Bill le dio bonitamente en el cráneo con la barra. Coney soltó un gruñido y cayó de espaldas.

—Buen trabajo, amigos míos —dije—. Creí que te habías olvidado, Bill.

—Los viejos soldados no olvidan nunca. Gracias, Pam. ¿Qué ha pasado?

—Hemos de llevarnos a Coney con nosotros —dijo Bill—. Él sabe a dónde pensábamos dirigirnos. Es posible otros lo sepan también, y es posible que no. No podemos remediarlo. Además, lo retendremos como rehén. Por otra parte, hemos de sacarle qué es lo que el gobierno intenta hacer con todo el mundo.

Recogió la pistola y la puso a buen recaudo. Entre todos, trasladamos a Coney al *Pinto* y lo atamos con una cuerda.

Luego, nos hicimos a la vela.

Había un pequeño rasguño en la sien de Coney. Pam se lo lavó.

Y aquellas gentes eran nuestros amigos y vecinos.

—¿Todavía estás colada por ese quisling? —pregunté.

—Me temo que sí. ¡Qué lástima de hombre! Espero que Bill le haya destrozado algún sentido. Entonces, será perfecto.

Coney abrió los ojos poco después.

—Gracias, enfermera —le dijo a Pam. Penosamente, se dio cuenta de la situación. Estábamos a unas cuantas millas en alta mar.

—Así que he caído en la trampa. Pero no les servirá a ustedes de mucho. Habrá un comité de recepción esperándolos en las Hébridas.

Nos miramos.

—Lo que me temía —dije.

—Hay otras islas —replicó Bill ceñudamente.

—Adonde quiera que ustedes vayan, los Nakinos los encontrarán —dijo Coney.

—¿Quiénes o qué diablos son los Nakinos? —pregunté.

Coney alzó la mirada al cielo azul y vacío.

—Ya lo sabrán ustedes muy pronto.

Estábamos a la altura de la isla de Moble cuando los Nakinos trataron de establecer contacto con nosotros, y no fue una aproximación amistosa. Desde la línea gris de Cornualles, tres platillos volantes se deslizaron en formación. Sin conocer su tamaño, era difícil juzgar **a** qué altura venían. Pero cada uno tenía una fila visible de portalones.

Giraron en torno y el que iba en cabeza planeó y descendió de pronto hasta nosotros. Era grande, desde luego, y a los pocos momentos estaba lanzado sombríamente sobre nuestras cabezas, eclipsando al sol. Algo así como un arpón al rojo vivo salió lanzado de aquello al hacer el aparato la pasada. El disparo falló y centelleó en el mar *sí* unos cincuenta metros de distancia.

No había habido sonido alguno, ninguna perturbación. Y de pronto nos vimos sacudidos de todas maneras. El aire despedido por la estela del platillo se juntó con el sonido de veinte truenos escapados de las colas de los otros. Fue un rugido concertado como el de mil trozos de metralla zumbadora. ¡Juíiii!

El *Pinto* brincaba y se retorcía como un bastón en una catarata.

Y a una altura de cincuenta metros, con un mugido capaz de acabar con todos los mugidos, la mar estalló en vapor y empezó a hervir. Surgían y reventaban burbujas, y un acre velo de vapor blanco se cerró en torno de nosotros. El agua del mar que azotaba por los costados estaba hirviendo; chillábamos de dolor al recibir los salpicones.

Era mucho más aterrador que cuando los *Minnenwerfers* me pillaron al descubierto en Anzio.

Luego, el aire turbulento empezó a apartar las nubes de vapor. Con ojos llenos de lágrimas, vi de nuevo el cielo y un grupo de hasta una docena de otros platillos que daban vueltas como gaviotas, altos, muy altos.

Luego, el cielo azul empezó a oscurecerse. Se puso malva; luego, índigo. En él, las motas blancas de los platillos nadaban ahora turbiamente, como peces en agua enfangada.

El *Pinto* empezó a calmarse, la hinchazón de la mar estaba aflojando. Bill, con rojas señales de quemaduras en las manos, estaba cortando las ligaduras de Coney. Pam, su largo cabello negro en salvaje desorden, rebuscaba en el botiquín. Alivió nuestros dolores con un ungüento refrescante.

Un crepúsculo purpúreo había caído sobre el mundo. Sin embargo, el sol estaba todavía por encima del horizonte de poniente; tenía un aspecto débilmente azulado.

Coney se sentó y empezó a frotarse los brazos.

—¿Los Nakinos? —pregunté, señalando a los neblinosos platillos.

Asintió silenciosamente.

—No parece importarles mucho el haberlo podido matar a usted al mismo tiempo que a nosotros.

Se encogió de hombros.

—Ha sido culpa mía. No debería haber fracasado en la tarea.

—¿En qué consistía?

—Aparte de inspeccionar en general el proceso de automación en la zona de Merthavin, atrapar **a** gente como ustedes, no dejarme atrapar yo.

—¿Por qué se apoderó usted de los archivos de *El Mensajero* ? —preguntó Pam con curiosidad.

—Me ordenaron que recogiera los archivos de todos los periódicos locales y los llevase a Truro para someterlos a la rebusca electrónica. Los Nakinos están revisando sistemáticamente todas las gacetillas relativas a platillos volantes que se hayan publicado en cualquier sitio y en cualquier tiempo.

—No le veo la punta —comenté—. Son ellos los que manejan los

platillos; deben conocer ya todo lo referente a los mismos.

—Eso es asunto de ellos —dijo Coney con calma.

—Reservad el interrogatorio para más adelante —interrumpió Bill impacientemente desde el timón—. No perdáis de vista a esos malditos platillos. No necesitan darnos de lleno para hundirnos y cocernos vivos.

Estaba gobernando el barco hacia la isla de Moble. Continuó:

—Estamos aquí tan indefensos como patos en tierra. Estaremos más seguros entre las cuevas de la costa.

El platillo que nos había atacado había vuelto a unirse ya con los otros dos. De pronto, los tres ascendieron bruscamente en el cielo púrpura y se juntaron al grupo que estaba dando vueltas a un nivel más alto.

Bill frunció el ceño.

—¿Es que los han llamado? Es extraño; nos tenían a su merced.

—Los Nakinos —dijo Coney— no tienen merced.

Hubo un corto silencio.

—Esta neblina púrpura es muy rara —dije yo por fin.

—Es fantástica y antinatural —dijo Pam con un pequeño estremecimiento—. Supongo que la han producido los Nakinos. ¿Por qué? ¿Qué se proponen, Arthur?

Coney apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Maldito sea, Coney, ¿qué demonios son los Nakinos? —estallé—. ¿Es que usted es uno de ellos?

—No —dijo, y no quiso explicar más.

Desembarcamos en la isla de Moble. Mientras trepábamos costa arriba, la bandada de platillos volantes se alejó hacia tierra firme y los perdimos de vista en la neblina.

—Puede que sea una añagaza para atraernos de nuevo —comentó Bill —. Mejor es que permanezcamos aquí algún tiempo y veamos cómo se van poniendo las cosas. Desde luego, una cosa es segura. Aquí Coney va a hablar. O de lo contrario, le arrancaré la lengua de cuajo.

Una voz detrás de nosotros, profunda como los tubos de bajo de un órgano, dijo cínicamente:

—Y eso, desde luego, le enseñará a hablar. Excepto que entonces no podrá hacerlo.

CAPÍTULO VI

Dimos media vuelta. En lo alto de la suave cuesta de la playa estaba sentada una figura en una especie de silla de caballo que no había estado allí antes, hacía dos minutos. A mí me parecía el rey de los zulúes tal como me lo había imaginado por una vieja novela de Rider Haggard. Sin cabellos, y de un negro brillante, estaba desnudo excepto un taparrabos de correas y bolsitas centelleantes de clavos.

Sus ojos tenían el iris desconcertantemente pálido. Las orejas eran poco más que orificios. Los pies y las manos tenían una extraña forma. Con un ligero repeluzno, me di cuenta de que sus pulgares eran tan largos como sus demás dedos.

No era ningún negro deforme. Comprendí que no pertenecía ni a nuestro mundo ni a nuestro tiempo. Igual que el Viejo Macho en el *Matusalén* de Shaw, era como si el tiempo hubiese trabajado sobre él incesantemente a través de enteros períodos geológicos. Comportaba la autoridad de la infinita experiencia.

Era patriarcal, pero no benévolo. Nos miraba con cansado desprecio casi bienhumorado.

Como de costumbre, Bill se dejó impresionar menos que yo.

—¿Quién demonios es usted? —disparó.

—No me incumbe a mí explicarme al así llamado *Homo Sapiens.* Vuelvan a botar su barco y abandonen mi isla.

—¿Su isla?

—Tomé posesión de ella hace algunos años.

—¿Es usted un Nakino? —preguntó Bill, enarbolando la pistola de Coney.

El Anciano sonrió tenuemente.

—Indudablemente, ustedes no han visto nunca a un Nakino. —Nos miró intensamente uno a uno—. Pero usted sí los ha visto —dijo señalando a Coney—. El *kuro* está claro.

Nosotros miramos a Coney también. Permanecía perfectamente inexpresivo.

—Mírenle los ojos —dijo el Anciano—. Ese aspecto ligeramente distraído significa que no está del todo con nosotros. Se halla en un trance hipnótico que los Nakinos llaman el *kuro.* Está actuando en virtud de las sugerencias infundidas por ellos. Es la técnica tradicional que emplean. ¿Cómo es que el resto de ustedes ha podido escapar a eso?

—Fuimos inmunizados cuando niños —dijo Bill brevemente.

Pam dio unas palmaditas en la mano de Coney.

—Ahora comprendo, Arthur. No es culpa tuya, pobrecillo.

Coney no respondió.

El Anciano dijo:

—Tendrán ustedes que vigilarlo. Ahora, hagan el favor de irse. Antiguamente, el tiempo no significaba nada para mí. Pero ahora da la casualidad de que no puedo desperdiciarlo. Están ustedes despilfarrando mi tiempo. Váyanse. Abandonen mi isla.

—Mire usted, Próspero —dijo Bill—, vamos a quedarnos en su isla algún tiempo, le guste a usted o no. No vamos a echarnos otra vez a la mar para que nos disparen de nuevo desde los platillos volantes.

—¿Qué le hace a usted suponer que es a ustedes a quienes atacan los Nakinos?

—No se trata de ninguna suposición. Casi nos hundieron de un disparo. Nos perseguían porque habíamos atrapado a este individuo, Coney, que es agente de ellos. Y porque no pudieron hipnotizarnos a nosotros también.

—Me sorprenden ustedes por dos motivos —dijo el Anciano—. Primero por saber que hay humanos inmunes a la técnica de control mental de los Nakinos. Segundo, porque creí que los Nakinos me estaban atacando a mí, no a ustedes. Por eso coloqué un escudo de fuerza.

—¿La neblina púrpura? —pregunté.

—Sí. Es una cúpula de fuerza de unas tres millas de diámetro, con centro en la isla. Nada puede penetrar en esa cúpula. Los Nakinos lo saben. Por eso se alejaron sus platillos. Con todo, es un fastidio. No quería que ellos supiesen que estaba en este planeta. Ahora les he mostrado que estoy y lo peor es que he revelado mi posición a causa de la intrusión de ustedes. ¿Por qué tuvieron que elegir esta isla?

—¿Por qué la eligió usted? —repliqué—. Usted llegó aquí hace unos dieciséis años, ¿no es eso? en una especie de... no sé cómo se llama... de cometa. Bueno, por lo menos, aparentemente, un globo de fuego blanco.

—Así es que me vieron entonces.

—Entonces y hoy también. Mi amigo y yo lo vimos nadando. Vimos sus huellas en esta playa.

Y los Nakinos tenían también una idea bastante aproximada de que estaba usted aquí.

Le expliqué cómo, haciendo comprobaciones, habían tropezado con la historia de *El platillo volante de la isla de Moble*. Y que Coney había empezado a investigar por encargo de ellos.

—Ya veo —dijo el Anciano pensativamente—. De todas maneras, habrían dado conmigo. Llevo combatiéndolos muchísimo tiempo, pero está visto que ahora me hago ya demasiado viejo para eso. Está bien, no les arrojaré de nuevo al mar. Síganme.

Entonces él, y la silla con él, parecieron desvanecerse. Tuve la impresión de que se había despeñado por la cresta del montículo.

—¡Tal vez era Próspero! —exclamó Pam con un ligero jadear.

Subí por la cresta y miré allí. Una de las enormes rocas musgosas se

había apartado en dos y las mitades bostezaban ampliamente sobre invisible» goznes. Formaban la boca de un túnel que descendía abruptamente al interior de la roca que era la isla misma.

Allá abajo, había una luz amarillenta. Recortado en negro contra ella, el Anciano ascendió por la rampa, todavía en su silla, que se deslizaba a varios centímetros del suelo. No pude ver ningún sistema de propulsión.

Indicó:

—Por aquí.

Llamé a los demás. Coney no quería moverse, pero Bill le clavó la pistola en el costado y lo obligó a andar. Pam se aferró al brazo de Coney. Todos juntos bajamos por la rampa a la celda subterránea de Próspero, y la roca se cerró mágicamente detrás de nosotros.

* * *

Era medianoche. Fuera, el escudo estaría empañando la luna. Y yo me alegraba de que el escudo estuviese allí, manteniendo a raya a los Nakinos. Porque ahora ya sabía quiénes eran.

La conferencia había terminado media hora antes. Todos habíamos hablado por turno, pero Próspero era quien había hablado más. Yo estaba agotado como un perro y me había echado en uno de los blandos divanes que Próspero tenía en aquel refugio tan parecido a un útero. Pero no podía dormir. Me padecía que la cabeza me iba a estallar al querer abarcar todo lo que había aprendido de pronto.

No habíamos podido averiguar el verdadero nombre de Próspero. Él había aceptado con buen humor la ocurrencia de Bill coreada luego por la exclamación de Pam. Sabía el personaje que era Próspero, ya que conocía no sólo *La Tempestad,* sino la mayor parte de las obras de Shakespeare, lo mismo que sabía muchísimo sobre la raza humana, sus artes, sus idiomas, sus logros y su historia. Y tenía una opinión bastante pobre de todo aquello.

Procedía de un pequeño planeta que giraba alrededor de un sol situado en el extremo más lejano de esta galaxia. Era un explorador solitario que estaba haciendo una extensa gira por la galaxia. Demasiado extensa, en efecto; su vagabundeo lo había llevado casi a los noventa y cinco mil años de luz de su planeta nativo.

Calculaba tener unos dos mil años terrestres de edad, una vida normal para los de su especie. Pero el corazón había empezado a fallarle y pronto se le pararía del todo.

—Cualquier año de estos —dijo.

Habría preferido morir en su propio planeta, pero ya era demasiado tarde para volver.

—La curiosidad por un nuevo sistema planetario fue una cosa que me impulsó siempre. El prurito exploratorio ha cesado del todo en los últimos tiempos; eso confirma que me estoy muriendo.

Así es que se dedicó a la búsqueda de un planeta en el que pasar sus pocos últimos años, a ser posible un planeta que le recordase el suyo. No fue fácil de encontrar. Si los planetas no eran naturalmente inhospitalarios, con atmósferas venenosas, entonces, era que, por lo gene, al, los Nakinos ya se habían establecido en ellos, tenían el control completo de los mismos y no había sitio para él.

La Tierra se hallaba en un estado intermedio. Abundaban, es cierto, las desventajas. Estaba infestada de crías del *Homo Sapiens,* una raza estúpida y débil, condenada a sufrir la dominación de los Nakinos, que habían ya preparado el terreno para su invasión y colonización definitivas. Su gravedad era tres veces mayor que la de su propio planeta, lo que significaba que arrastrarse era más fácil que andar. Superó aquello convirtiéndose literalmente en sillista. Y todavía le era posible ejercitarse en los baños marinos; la natación era su deporte favorito.

Se estableció en la desierta isla de Moble. La patrulla de los Nakinos estaba empezando a infiltrarse, pero, por su pasada experiencia, juzgaba que transcurrirían todavía veinte años antes de que comenzase la invasión en masa. Para entonces, esperaba estar muerto. Si no, era dudoso que los Nakinos diesen con su escondrijo.

Siempre había tenido jaleos con los Nakinos. Ellos no querían verlo. Pero la ciencia de él era muy superior a la de los otros. Tenía armas **y** un escudo de fuerza capaces de mantenerlos a raya. Pero algunas veces trataban de atraparlo por sorpresa. Había creído que hoy lo intentaban otra vez.

—Las langostas del espacio —los llamaba.

La ambición que tenían esos Nakinos era colonizar toda la galaxia y llevaban trabajando en aquello eones.

—Usando diez millones de Coneys como herramientas —comentó Bill.

—Incontables millones —corrigió Próspero, y se quedó mirando fijamente a Coney, que estaba sentado muy quieto escuchando todo aquello sin mostrar reacción alguna—. Es hora ya de que lo redimamos —dijo Próspero al fin.

Empezó por buscar en el laberinto de aparatos electrónicos con los que obtenía la energía necesaria rompiendo los átomos del agua del mar. Finalmente, topó con un instrumento que tenía cierto parecido a la vieja Luger de Bill.

—Un cortador de circuitos —dijo—. Tiene una poderosa batería en el mango.

Bruscamente apretó aquello contra la base de la nuca de Coney y pulsó un botón. Coney se derrumbó en un montón fláccido.

Pam se puso en pie, furiosa.

—¡Como lo haya usted matado...!

—¡Tonterías! —dijo Próspero—. Se recobrará pronto, y entonces será de nuevo un hombre, no un autómata.

Explicó que por el celebro de Coney acababa de pasar una descarga

eléctrica que había roto por completo el circuito cerrado de sugestión hipnótica. Añadió que otros centros del pensamiento habrían quedado también perturbados a consecuencia de la descarga y habría cierta confusión al principio, pero la memoria terminaría por restablecerse.

Aguardamos hasta que Coney volvió en sí. Al principio, no nos reconoció a ninguno de nosotros, pero, poco a poco, la mente fue encajándosele y recobró toda su vivacidad. Sus ojos tenían un aspecto mucho más brillante.

Pam lo miraba cariñosamente. Aquél era el verdadero Coney al que ella nunca había visto. Pero él la: recordaba, le sonrió y la atrajo hacia sí.

—Como ustedes ven, el *kuro* ha desaparecido por completo — dijo Próspero.

—Coney —sugerí—. Cuéntenos todo lo que sepa de los Nakinos y de lo que le hicieron a usted para dominarlo así.

Se pasó los dedos por los cabellos.

—Bueno, la verdad es que es una historia bastante larga.

Lo era. Coney había estado empleado en el directorio científico de Plymouth. Un día llegó cierto director nuevo, un hombre flaco y huesudo llamado Lucas, con aspecto de enfermo hepático, de ojos fríos que lo taladraban a uno. Se apoderó de todo *y* de todos.

—No sé en qué momento quedé hipnotizado —dijo Coney—. Creo que fue una cosa gradual. Pero llegué a convencerme de que Lucas tenía infaliblemente razón. Y de que también la tenía el gobierno. Supongo que algo por el estilo sucedió a montones de gentes cuando los Nakinos se hicieron cargo del gobierno.

—Bueno, ahora sabemos ya cuál es su juego —dijo Bill—. Han ido todo lo lejos que podían. Ahora van a aprender que no se puede seguir empujando al hombre.

Incluso sentado, Próspero era tan alto como Bill. Sus ojos claros, tan chocantes en aquella cara negra, miraron fijamente a Bill durante algunos momentos.

Luego, sonrió de pronto y dijo:

—Durante años he estado viendo los programas de televisión de este mundo. Si vuestra raza llegó a tener espíritu alguna vez, ahora lo ha perdido por completo. ¿Qué pasó con aquella gloriosa conquista del programa espacial de hace un par de decenios? Dos contactos de mala manera con la superficie lunar y dos fracasos para llegar a Venus. ¿Qué ha habido desde entonces? Un torrente de verborrea. Os habéis convertido en una raza de charlatanes. Os retrepáis en vuestras butacas, apretáis botones y ni siquiera tenéis que alargar la mano para coger la copa siguiente. ¡Y sois vosotros los que habláis de la inminente conquista de otros mundos! ¡Imbéciles!

»La mayoría de esos otros mundos estaban ya conquistados por los Nakinos cuando el hombre seguía siendo medio mono. En realidad, ya por aquella época el hombre estaba conquistado y sólo ha estado viviendo

encadenado desde entonces. Superficialmente, también los Nakinos se han reblandecido por la automación. Físicamente, son frágiles y no pueden soportar ni las incomodidades ni el frío. Pero su tenacidad en el propósito hace del hombre, en comparación, un balón de gas arrastrado por el viento.

Bill dijo:

—Nadie con dos dedos de frente vería nuestros programas de televisión y mucho menos se imaginaría que eran representativos de algo. Los difunden idiotas para idiotas. No me admira que ese factor del público fuera fácil de hipnotizar; ya estaba hipnotizado por la televisión en sí. Pero estoy seguro de que hay muchísimas otras personas que tienen almas como las nuestras. El meollo de la humanidad puede haber quedado desorganizado por carecer de un propósito. Pero, enfrentado con un desafío, volverá a organizarse otra vez. Ya lo verás.

—Dice usted que el hombre fue conquistado por los Nakinos hace mucho tiempo —intervino Coney—. ¿Qué quiere dar a entender con eso?

—También eso —contestó Próspero— es una larga historia. Pero os contaré lo más sabroso.

Era algo más que una larga historia; era algo que cortaba el aliento. Parecía ser que la forma humanoide general a la que nosotros, Próspero y los mismos Nakinos pertenecíamos, era una forma común en toda la galaxia. Los Nakinos, haciendo sus cruceros en sus platillos volantes, procuraban descubrirla en sus etapas primitivas. Solían someter a montones de salvajes a una radiación que cambiaba la disposición de sus cromosomas. En parte de aquella disposición quedaba impuesto un modelo único.

— El hombre —dijo Próspero—, en su breve vida viene a ser como una especie de anfitrión de cromosomas inmortales. Actúa según el patrón que recibe y sigue pasando el patrón a lo largo de las generaciones. El patrón modelo de los Nakinos va corriendo como un hilo desde los recipientes originales por la trama común de la humanidad. Cada ser que entra en este hilo particular está obligado a convertirse en una determinada especie de persona. Esa persona tiene el sello de un inventor nato.

»Los semimonos que concibieron la rueda, el eje, la canoa hecha de un tronco hueco, estaban impulsados por el mismo aguijón que mantenía a Edison trabajando e insomne, pertenecían al mismo tipo desde Leonardo da Vinci a los hermanos Wright, y así hasta llegar a los fanáticos de la automación de hoy en día. Poco más o menos, el sistema de las ostras cultivadas —comentó Próspero.

—Pero, ¿para qué? —preguntó Pam.

—Para que los Nakinos, en la plenitud de los tiempos, puedan llegar y recoger la perla ya completamente crecida. Así es como han conquistado la mayor parte de la galaxia. Una perla para ellos es todo un nuevo mundo completamente confortable, amueblado y dotado de una espléndida calefacción, listo para ser ocupado por ellos. Un mundo totalmente automático lo mismo en el suministro de alimentos que en los transportes, en la

calefacción, en el alumbrado, en el sistema de comunicaciones. Todo dispuesto de tal forma, que ellos puedan vivir a la manera a que se han acostumbrado.

Se produjo un silencio mientras digeríamos aquel relato.

—Es un consuelo pensar que Inglaterra les resultará demasiado fría —dijo Pam esperanzadamente.

Próspero sonrió.

—Os predigo que dentro de un mes comprobaréis que el clima de Inglaterra ha cambiado. El calor será ecuatorial. Sin darse cuenta, vuestros inventores han establecido los fundamentos para el control del tiempo. Vuestros grandes telescopios electrónicos, vuestras centrales atómicas, vuestras emisoras de televisión y la red de visáfonos, todo eso está destinado a engancharse de forma que ni siquiera se os podría ocurrir. Vuestras invenciones producidas en masa, desde automóviles a teletipos, son sólo parte de un gigantesco rompecabezas destinado a encajar y formar el todo que vosotros llamáis «Goliath». Los Nakinos descubrieron hace mucho tiempo el secreto del éxito, que consiste en haceros realizar vuestro trabajo creyendo que trabajáis para vosotros mismos.

—Vamos, que el hombre es la abeja —dijo Bill amargamente—. ¿Y qué le sucederá al hombre cuando los Nakinos se establezcan aquí?

—Otro cambio en el modelo de cromosomas y el hombre, sencillamente, deja de engendrar. La generación actual es la última generación. Esta ha sido hasta ahora la suerte de todas las razas humanoides conquistadas.

—Bueno, pues no va a ser la suerte nuestra —dije—. Por lo pronto, no estamos conquistados todavía. Además, no estoy tan seguro de que ese modelo original de cromosomas funcione demasiado bien. Recordad los disturbios de los Ludditas, los Ludditas que destrozaron los nuevos telares mecánicos porque comprendían que las máquinas los harían a ellos innecesarios. Todavía queda algo de ese espíritu. ¡Maldito sea, no dejaremos que nos conviertan en innecesarios!

—¡Muy bien, muy bien! —aplaudió un coro formado por Pam y Coney.

—¡Y tres hurras, frenéticos, Junior! —dijo Bill—. La Guardia está en pie y todo lo que s'gue.

—Palabras, palabras —dijo Próspero prosaicamente—. Sobre esto no podéis hacer nada, y vosotros lo sabéis.

—Podríamos, contando con tu ayuda —replicó Bill.

—No. Yo no puedo ayudaros. He estado combatiendo a los Nakinos la mayor parte de mi vida. No puede haber una victoria decisiva sobre ellos. Son demasiado fuertes y demasiado numerosos. Yo soy demasiado viejo y estoy demasiado cansado para hacer otra cosa que mantenerme a la defensiva durante el corto tiempo que me queda.

—Entonces, cédenos tus armas —sugirió Bill.

Próspero sonrió desdeñosamente.

—Sería tanto así como darle una bomba atómica a un mono. Carecéis de la necesaria preparación mental. Además, ¿por qué había de hacerlo? El *Homo Sapiens* significa menos para mí que los peces del mar. No me importa lo que pueda pasarle. Cuando yo muera, eso será el fin de todo lo que me importa.

Nos quedamos mirándolo fijamente.

—Semejante egocentrismo debe proceder de haber vivido solo demasiado tiempo —dije.

—El *Homo Sapiens* tiene muchas debilidades —dijo Próspero—. La más despreciable de todas es la hipocresía. Cada cual sólo piensa en sí mismo. ¿Por qué fingir otra cosa?

—Confucio opina de otra manera —dijo Pam—. Pero, ¿de qué serviría dejarle a usted un volumen de Confucio? Usted carece de la necesaria preparación moral.

Por primera vez, Próspero pareció quedarse un poco desconcertado. Extendió sus extrañas manos.

—La discusión se torna ilógica, y no tiene objeto continuarla. Sugiero que todos durmamos un poco. No os preocupéis esta noche por los Nakinos. El escudo de fuerza sigue intacto. Podéis dormir tranquilamente.

Y, por supuesto, no pude dormir tranquilamente. La discusión seguía dándome vueltas en la cabeza una vez y otra.

No creí que Próspero pudiera dormir tampoco muy bien. A la mañana siguiente, nos habló con tono de cansancio:

—He tomado una decisión. Mi nave espacial funciona todavía, pero yo ya no la necesito; acabaré mis años aquí. Vosotros no comprenderíais nada sobre su funcionamiento; en el tránsito queda transformada en energía pura. Sin embargo, sus mandos pueden ser colocados previamente de forma que la nave os pueda llevar automáticamente a uno de los planetas cercanos. Sugier0 Venus. Me sentí tentado a establecerme allí yo mismo, porque allí no hay Nakinos. Pero es muy distinto de mi planeta nativo: demasiado sol y nada de mar. Con todo, tiene flora y fauna. Podréis organizar allí alguna especie de vida, incluso iniciar una tribu. Pero que no os vean nunca los Nakinos. No dejéis que se enteren ni siquiera de que existís.

—Así que ha cambiado usted de sentimientos, Próspero —dijo Pam.

—¡Esa es una frase sin sentido! No he cambiado de actitud en lo más mínimo. No voy a perder más que vuestra compañía, y eso me alegrará. He vivido como un lobo solitario y deseo morir como tal.

—De todas maneras, muchas gracias —dije—. Pero yo no me marcho. Y estoy seguro de que tampoco se marcharán mis amigos.

—Claro que no —dijo Bill, y Coney y Pam asintieron aprobadoramente.

Próspero estaba atónito.

—¿Por qué no?

—Porque tenemos una tarea que hacer aquí y no ramos a esquivarla —

dijo Coney—. Hemos de hacer todo lo que podamos para liberar a nuestro pueblo de los Nakinos.

—¡Sardinetas contra una ballena! —bufó Próspero.

—No —dije yo—. Hombres contra Goliath.

De esta forma, Bill volvió a ser comandante y yo capitán. Todo lo que teníamos que hacer era encontrar un ejército.

Los cuatro salimos de la isla de Moble al amparo de la oscuridad y volvimos a desembarcar en tierra firme.

—Un segundo frente para nosotros solos —bromeó Bill.

Nuestra arma vital era el cortador de circuitos mentales. Próspero se había mostrado de acuerdo en que ya a él no le servía para nada. Nosotros tuvimos numerosas ocasiones de utilizarlo mientras atravesábamos Cornualles, rompiendo ligaduras hipnóticas y escogiendo a nuestros hombres.

Pero perdimos dos en Devon. Pam y Arthur Coney se habían enamorado y no desperdiciaron tiempo alguno en llegar a una decisión. Se casaron por la Iglesia en Widecombe, y Bill y yo insistimos en que tuvieran su luna de miel. No queríamos ninguna tragedia por el momento. Estábamos desplegando nuestras fuerzas para desencadenar un ataque contra la prisión de Dartmoor, conocida en tiempos con el nombre de «Infierno de granito».

Por Coney sabíamos que allí estaba encarcelada la mayor concentración de la comarca de occidente de los tipos de hombres que necesitábamos para oficiales; el tipo de inmunidad probada al hipnotismo. Nuestro actual ejército, aunque intrépido y vigoroso —a lo largo de nuestra marcha habíamos destrozado las conexiones de Goliath, volando el monorraíl, devastando los aeropuertos, aplastando toda oposición zombi— tenía una cierta debilidad. La mayoría de sus miembros habían sido reclutados con ayuda del cortador de circuitos. Y si los Nakinos llegaban a situarse demasiado cerca de ellos, aquella gente podría quedar hipnotizada otra vez.

Necesitábamos un núcleo de oficiales impermeables y de toda confianza.

Dartmoor podía ser un hueso duro de roer. En los kilómetros por la abierta tierra pantanosa no podía haber otra cobertura que la oscuridad. Después de la puesta del sol, montamos el campamento a pocos kilómetros de la cárcel y a la vista de la misma, por lo menos la veríamos por la mañana. Planeamos un ataque al amanecer.

Teníamos un hermoso arsenal, muchos fusiles, camiones e incluso un viejo tanque que habíamos sacado de un museo de guerra y que habíamos puesto en funcionamiento.

Esperamos al alba. Pero los Nakinos, no. Organizaron un alba por su cuenta y nos cogieron desprevenidos. Un resplandor verdoso apareció por oriente y se movió con firmeza camino de donde estábamos hasta llegar directamente sobre nuestras cabezas.

Bill y yo estábamos fuera de nuestra tienda mirando a lo alto.

—Platillos volantes —dijo Bill—. Diez, según mis cuentas. Los

Nakinos, naturalmente.

—Y puedes apostar algo a que saben que estamos aquí —dije desazonado.

—Puede que sólo sea una patrulla de rutina alrededor de la zona de la cárcel.

—O puede que hayan salido de compras. Vamos, déjate de tonterías. Si nosotros podemos verlos, estoy seguro de que ellos nos podrán ver a nosotros. Bien que me gustaría tener algunos cohetes tierra- aire. Están demasiado altos para el tiro con fusil. No creo que podamos hacer mucho.

—Qué hagan zanjas a toda prisa. Díselo a los hombres. Utiliza el megáfono grande.

Di media vuelta y caminé dos pasos cuando, de pronto, la pálida luz verdosa se hizo más brillante. Simultáneamente, un dolor paralizante me asaltó en la columna vertebral y me hizo encogerme. Oí que Bill caía a tierra detrás de mí. Me retorcí en una dolorosa agonía. Era mucho peor que el peor ataque de lumbago que hubiese tenido nunca.

Veía a Bill agarrotado por la misma tortura. Se oían gritos en todo el campamento. Comprendí que los platillos nos estaban cubriendo de rayos. Pulsaciones invisibles recorrían nuestra medula espinal. Nuestro pequeño ejército había quedado fuera de combate y estaba a merced de los Nakinos.

Entonces recordé la frase de Coney:

«Los Nakinos no tienen merced.»

Me alegré de que Pam y Coney estuviesen lejos de esto.

Próspero había tenido razón. Éramos sardinetas contra una ballena.

Estaba tendido boca arriba, mirando a lo alto. El dolor aumentaba y yo estaba a punto de gritar. Los platillos se cernían sobre nosotros como abejas sobre flores.

Entonces, con una increíble velocidad, una lluvia de cometas brillantes como el sol empezó a cruzar el pálido cielo verdoso.

Bruscamente, los platillos empezaron a moverse también y su resplandor se alejó con ellos. Pero no se movieron lo bastante aprisa para escapar. Los cometas los alcanzaron y los fueron cazando en los desiertos del cielo.

Hubo una serie de fogonazos muy brillantes. Los cometas, los platillos y el resplandor verdoso, todo desapareció al mismo tiempo, y otra vez se hizo noche cerrada.

Vi que podía recuperar mis movimientos, aunque la espalda me seguía doliendo muchísimo. Bill me llamó en la oscuridad.

—Ese fue Próspero.

—Sí —dije—. No podía ser ningún otro.

Un brazo largo, negro, ya no neutral, había surcado todo el camino desde la isla Moble para intervenir. ¿Cómo? Probablemente no lo sabríamos nunca. ¿Por qué? Sólo podíamos sospecharlo.

¿Querría continuar siendo nuestro aliado? ¿O era éste un aislado gesto

de adiós? Mañana podía estar muerto.

También podíamos estarlo nosotros.

El mañana llegó. Los zapadores salieron de sus avanzadillas y aplicaron el alto explosivo a la ceñuda puerta principal de la cárcel. Podríamos haberla derribado a cañonazos, pero no queríamos arriesgarnos a matar a ninguna de nuestros futuros oficiales.

El caso era que también en la cárcel habían estado ocurriendo cosas y la mayor parte de nuestros futuros oficiales habían organizado un levantamiento parcial por su cuenta. A las órdenes de un hombrecillo muy eficiente y vigoroso, llamado Maggelen, cuya iniciativa sólo estaba igualada por su fanfarronería...

TERCERA PARTE

Capítulo VII

El fanfarrón hombrecillo tiene que continuar ahora la narración, porque el capitán Madden no vivió lo suficiente para continuarla mucho más.

No sé si he dejado el último párrafo por honradez o por vanidad. Creo que Madden vivió lo bastante para conocerme mejor. Era realmente un tipo espléndido. Pero me habría gustado que hubiese sabido escribir correctamente mi apellido. Peter Butler intimó mucho con él y con Brewster porque los tres usaban la misma vieja corbata escolar de Harrow.

Personalmente, me llevaba con el comandante Brewster sólo así así. El sacaba a relucir su graduación con demasiada frecuencia. Se mostraba amistoso cuando tenía unas copas, pero hostil en la mayor parte de las ocasiones restantes. Echaba agua fría a cada una de mis sugerencias en asuntos de estrategia y me recordaba que él y Madden habían pasado seis años en una guerra morrocotuda, dando a entender que yo era un aficionado bastante crudo.

Yo replicaba que ésta era una guerra muy distinta.

Por lo pronto, porque teníamos que evitar las batallas en campo abierto. Nuestro terreno escogido había de tener multitud de paredes de ladrillo para protegemos de los rayos verdes. Tenía que haber mucho combate callejero. Entre los sitios elegidos habíamos de hacer una serie de marchas forzadas.

No podíamos hablar de ninguna clase de defensa aérea. Los platillos de los Nakinos se lanzaban en picado escupiendo lanzas de calor al blanco, que estallaban y despedían ondas capaces de achicharrar a cualquiera.

Cuando los ataques de los platillos eran más intensos, las flechas flameantes de Próspero solían salir disparadas del horizonte occidental y los destrozaban. Pero esta ayuda no era frecuente, y después de la batalla de Salisbury no volvimos a recibirla. O nos habíamos alejado del alcance eficaz de Próspero o éste había muerto.

Aunque la cosa nos desagradaba, habíamos tenido que abrirnos camino sangrientamente entre masas de zombis. Sólo unos pocos de ellos tenían pistolas de rayos; evidentemente, los Nakinos habían contado con poca o ninguna resistencia. Como nosotros mismos, los zombis se armaban con cualesquiera armas que tuviesen a mano.

Madden cayó en su avance hacia Stockbridge, desde un nido de ametralladora: montado en una granja. Brewster se volvió loco de rabia y de pena y cargó contra la casa él solo con un cesto de mimbre lleno de granadas de mano. Mató a todos los ocupantes. Luego, al regresar, pisó una mina en un campo por el que antes acababa de pasar sin que le ocurriese nada. Murió en pocos minutos.

Yo lo sentí verdaderamente, pero también mí sentí aliviado. Así me quedaba yo único en el mando y se suprimían choques que habrían sido inevitables entre nosotros.

Gerry Cross, Peter Butler y el taciturno Watts pasaron a ser mis lugartenientes. Poco después, Watts murió de una granada en Bagshot. Era un oficial muy capaz. Se movía y pensaba lentamente, pero por buen camino. Desgraciadamente, se movió con demasiada lentitud en Bagshot.

Basingstoke fue mi batalla clásica; una doble finta, luego un ataque abrumador desde un ángulo inesperado. En realidad, mis tropas eran numéricamente inferiores, pero agrupándolas debidamente siempre rebasaba en número al enemigo en el punto de mi ataque.

A lo largo de todo el avance, íbamos destrozando la red de automación que Madden y Brewster llamaban Goliath. Demolíamos todas las emisoras de televisión; no podíamos arriesgarnos a que se llevara: a cabo otra hipnosis masiva a retaguardia de nuestro ejército en marcha. Era una especie de política de tierra quemada. El propósito definitivo era presentarles a los Nakinos un sitio salvaje en lugar del confortable hogar que ellos buscaban.

En cuanto al género humano, por el bien de su alma, necesitaba un período de salvajismo.

Liberábamos las mentes de los zombis que capturábamos, y los uníamos a nuestras filas. En el momento en que nos acercábamos ya a Londres, empezábamos la fabricación de un gran número de copias eficaces del rompedor de circuito. Algunas veces, cuando yo pulsaba el mío, me figuraba que lo estaba empleando para romper la red neurótica que había perturbado la mente de Sarah.

Pues yo nunca dudé de que vería a Sarah de nuevo. En aquellos días ella estaba constantemente en mis pensamientos. Yo hablaba de conquistar Londres. Pero pensaba conquistar a Sarah también.

Cruzamos el Támesis por Windsor, y formamos nuestros planes para aproximarnos a Londres desde el noroeste, apuntando a Hampstead. Llegamos a Harrow a media tarde y acampamos para pasar allí la noche, planeando desencadenar un ataque de consideración contra Hampstead al amanecer.

Sólo que el amanecer no llegó nunca.

Había sido una noche anubarrada y sin luna. La neblina iba espesándose en niebla. Me fui a la cama nada satisfecho con aquel tiempo tan fuera de estación.

Me desperté a las primeras horas de la madrugada, liberándome de una pesadilla en la que una vez más me veía paralizado junto a la ventana en la habitación de Sarah. La negra sombra del platillo volante que bajaba iba creciendo sobre el jardín. Pero esta vez el aparato se posaba en el tejado y empezaba a aplastar los techos hasta llegar a mí y triturarme. Y yo no podía hacer otra cosa que esperar, incapaz de moverme...

Pero en cierto modo yo era también Ricardo III obsesionado por sus terrores en la tienda de campaña en la víspera de ia batalla fatal de Bosworth

Field.

Azul arde la luz; es ahora, profunda medianoche. Gotas de temor frío en mi carne que tiembla...

Podía sentir las frías gotas, desde luego. La habitación estaba oscura como boca de lobo. Alargué la mano y moví el interruptor de las luces.

Un azul oscuro, casi púrpura. La habitación estaba llena de niebla negra. Apenas podía ver los pies de la cama, y la pared distante resultaba absolutamente invisible. A tientas, recogí mis ropas y me vestí.

Una turbia figura entró en la habitación y mi corazón dio un salto. Pero era demasiado corpulenta para ser un Nakino. ¿Sería un zombi enviado para matarme en mi cama?

—¿Charles?

Era la voz ansiosa de Gerry Cross.

—Aquí estoy —dije, y ondeé una linterna casi inútil.

Se acercó, lanzando un juramento al tropezar con el filo de la cama.

—Hay algo que va mal. Esta niebla no es natural. Debe de ser una especie de cortina de humo que los Nakinos han lanzado contra nosotros. Es terriblemente eficaz, todo el ejército está inmovilizado. Es imposible conducir así un camión.

—También a ellos les pasará lo mismo —dije con más calma—. Tampoco podrán atacarnos.

—Pero es que ellos pueden ver en la oscuridad.

—También puede ver un gato, pero no puede ver en la niebla —dije.

—Hum. Pero supongo que los Nakinos tendrán proyectores de infrarroja e instrumentos especiales de observación. Son unos brujos con el radar y todas esas cosas.

—El radar no les servirá para distinguir en las calles quién es el enemigo y quién el amigo —repliqué—. Y dudo de que la luz infrarroja pueda abrirse paso en esto.

No me era posible ver la expresión de Cross, pero su voz seguía sonando dubitativa.

—De todas formas he dado la alerta a los centinelas.

Miré mi reloj de pulsera. Tuve casi que meterme en los ojos su esfera luminosa.

—Son poco más de las tres. Me temo que tendremos que llevarnos sentados hasta que se haga de día.

Nos sentamos y nos pusimos a esperar con la ayuda de una botella de whisky, hasta que por fin nos dimos cuenta de que la luz del día no iba a venir, por lo menos no iba a venir por estas regiones. Entonces convoqué un consejo de guerra.

—¿Tiene alguien alguna sospecha sobre la naturaleza de esta niebla? —pregunté.

Un teniente gafudo, Tyson, dijo:

—Las nieblas naturales están formadas por glóbulos de humedad que se

concentran en torno de partículas de polvo. En esta niebla de ahora hay muy poca humedad. Se parece más al humo. Pero no se comporta como el humo, ni tampoco como la niebla. Está soplando una brisa intermitente. En condiciones normales, una racha de viento arrastraría la niebla en un banco denso, con un correspondiente desgarrón de claridad. Pero a esta materia apenas si la afecta el viento. Parece como si cada partícula que la compone se empeñara en permanecer en su propio puesto especial.

—Perfectamente, entonces una maquinación de los Nakinos —dije—. ¿Hay alguna esperanza de abrir claros quemando gasolina?

—Yo diría que ninguna —contestó Tyson—. Tengo la teoría de que estas partículas están cargadas eléctricamente y se mantienen en su sitio debido al campo magnético de la Tierra. Las desalojamos al movernos, pero vuelven a sus respectivas líneas de fuerza casi inmediatamente.

—¿Qué extensión abarca el campo magnético de la Tierra?

—Todavía no lo sabemos con precisión —dijo Tyson—. Es bastante amplio en las profundidades de la Tierra; no puedo decirlo con más exactitud.

—Gracias, de todos modos. —Reflexioné y luego le dije a Peter Butler —. Tú estuviste en la escuela de aquí. Conoces bien la zona de Harrow, ¿no?

—Sí. Podría ir adonde fuese preciso con los ojos vendados.

—Me parece muy bien, porque eso es precisamente lo que vas a hacer: llevarme a lo más alto de la colina de Harrow.

Tyson intervino.

—Dudo de que eso le sirva a usted para rebasar la niebla; lo más probable es que verticalmente tenga un espesor de varias millas.

—Puede que sí y puede que no. Ya lo veremos. Vamos, Peter.

Cogimos las más potentes linternas. Ayudaban sólo de una' manera mínima. Pero me habría extraviado sin Peter, aunque yo conocía la situación aproximada de la colina. Da había visto el día anterior. Da esbelta aguja de la vieja iglesia que había en la cumbre era visible desde muchas millas a la redonda.

A trompicones, subimos por la colina en medio de aquella oscuridad. Cuanto más altos estábamos, tanto más bajo era mi ánimo. Pues habíamos llegado ya a los muros del cementerio y la niebla seguía mostrándose tan impenetrable como siempre. Cruzamos la puerta y empezamos a subir por el altozano sobre el que se alza la iglesia. Aquellos últimos centímetros de elevación obraron el milagro.

La niebla se aclaró y desapareció bruscamente. Era como emerger a la superficie de un lago de tinta. De pronto, nuestras cabezas estaban a la brillante luz del sol y podíamos ver sobre kilómetros y kilómetros más allá del nivel superior de la capa de niebla, aunque apenas pudiésemos ver nuestros propios pies.

—¡Qué cosa tan portentosa! —exclamó Peter.

—Era lo que yo me calculaba —mentí—. Sigamos subiendo.

Entramos en la iglesia, trepamos al campanario *y* miramos por una

ventanita. Era ciertamente portentoso. Por encima de nuestras cabezas el cielo estaba de un azul brillante, pero al sudeste todo Londres yacía ahogado, chapiteles, cópulas y todo, bajo vina lisa y tranquila negrura.

—Lo han hecho concienzudamente —dijo Peter.

—Sí, pero ellos han tenido buen cuidado de apartarse. Mira allí. —Señalé a un distante archipiélago de pequeñas islas boscosas en el negro mar —. Aquellas son las alturas de Hampstead. Los Nakinos están tomando baños de sol mientras que, bajo ellos, todo Londres yace en la oscuridad, excepto en otros cuantos puntos altos, como Shooter's Hill y Sydeham Hill hacia el sur.

Peter miró las millas de niebla que se extendían entre nosotros y Hampstead.

—Han estrangulado nuestro ataque antes de que pudiera empezar. No podemos llegar hasta ellos. Conozco bastante bien el barrio del noroeste de Londres, pero no daría un comino por mis esperanzas de llegar a Hampstead entre el laberinto de calles y con esta clase de niebla. Aunque creo que sí podría llegar al aeródromo de Northolt, eso está cerca de aquí. Podríamos apoderarnos de algunos helicópteros...

Yo sacudí la cabeza.

—Nos pasaría lo mismo en esos helicópteros que lo que te pasó en tu coche. Los helicópteros se encargarían de nosotros y nos despedirían en el sitio que eligieran los Nakinos, tal vez en medio del Canal. Demasiado arriesgado. No, sugiero que nos apoderemos del monorraíl: va directamente a Hampstead desde la estación de Harrow-on-the-Hill.

—Pero seguramente los Nakinos habrán cortado la fuerza.

—Puedes estar seguro de que es eso lo que han hecho —dije, y añadí enigmáticamente—, pero eso no nos impedirá apoderarnos del monorraíl.

Dejé a Peter a oscuras mientras descendíamos a la oscuridad más tangible de la niebla. Quería seguir rumiando mi idea. Estaba casi seguro de que todo el sistema de transportes de Londres había colapsado. Formaba parte de Goliath. Cualquier ejército que avanzara en medio de aquella oscuridad cegadora perdería su cohesión. La separación llevaría a la inevitable desintegración.

Era estrategia napoleónica dividir las tropas enemigas antes de aniquilarlas. Los Nakinos estarían contando con que la niebla nos disidiría. Conjeturé que luego disolverían la niebla de pronto y desencadenarían un contraataque zombi contra mi desorganizado ejército.

Pero yo no les iba a dar ese gusto.

En el camino de regreso, Peter y yo nos detuvimos en la estación de Harrow-on-the-Hill. Nuestra suposición era correcta. La corriente estaba cortada, no circulaba ningún monorraíl.

No nos encontramos con nadie. La población del distrito, seguramente obedeciendo órdenes, estaba totalmente encerrada en sus casas. Por supuesto, no podrían ver mucho más que nosotros en aquella niebla.

De vuelta en el Cuartel General, convoqué otro consejo de guerra y

expuse mi plan de acción. Brewster habría sonreído irónicamente. Me proponía hacer lo mismo por lo que lo había censurado: internarme yo solo en territorio enemigo, arriesgándome a que mi ejército se quedara sin jefe.

De todos modos, Peter Butler vino conmigo. No importaba que los trenes no corrieran. Eo importante era el monorraíl en sí. Era una ininterrumpida cuerda-guía de acero que enlazaba directamente a nuestro campamento con el Cuartel General enemigo. Sólo teníamos que seguirla, sin perder nunca contacto con ella, y así el arma de la niebla quedaba derrotada.

De una manera completamente literal, manteníamos el contacto. El raíl corría todo el camino sobre soportes a la altura de la cintura. Uno podía pasar los dedos por su fría y lisa superficie sin tener que esforzarse al andar. Y era lo que había que hacer. La densa nube de inmóviles partículas nos rodeaba limitando la visibilidad a un metro aproximadamente y convirtiendo en luces funerales nuestras poderosas linternas.

En las mochilas, llevaba un cortador de circuito y una pistola de aguja. También llevaba una pistola de fogonazos de magnesio, que podría extender el radio de nuestra visión escasamente un metro más. Aquello podría sernos útil en una emergencia, digamos en un ataque repentino.

Peter transportaba un teléfono de campaña. La radio la habíamos apagado, por orden mía; los Nakinos podían captar nuestros mensajes. En toda nuestra campaña, nos habíamos limitado al anticuado teléfono, por razones de seguridad. El de Peter era un teléfono especial. Podía transmitir sin cable. Setos de alambre, raíles de hierro, podían servirle de medio transmisor. Nosotros usábamos el mono-raíl. De cuando en cuando, Peter le adhería el teléfono y podíamos hablar con Cross, que conducía a doscientos hombres escogidos a tres kilómetros a retaguardia de nosotros. Cross seguiría adelante si a nosotros nos sucedía algo.

Nuestro asalto masivo había; sido detenido. No nos quedaba ahora otra alternativa sino un ataque por sorpresa, estilo comando, contra el Cuartel General Nakino. Aquello podría resolver- la situación de un solo golpe.

Continuábamos palpando nuestro camino. Sabíamos que el monorraíl se curvaba en la falda de una colina situada al oeste de Hampstead, donde se había construido hacía poco un nuevo trozo subterráneo para conseguir la unión con la vieja estación subterránea de Hampstead que era nuestra meta.

Kilómetro tras kilómetro a través de aquella silenciosa oscuridad, rebasando torpemente vacíos trenes estacionados. Una o dos veces estuvimos a punto de confundirnos en los cambios de aguja, pero pronto recuperábamos el carril verdadero.

No veíamos signo alguno de criatura viviente. A mí, aquello me crispaba los nervios. Me imaginaba que estábamos rodeados por fuerzas silenciosas que nos dejaban internarnos y que luego se cerrarían tras nosotros. Pero los hombres de Cross, desde retaguardia, informaban que la soledad seguía a lo largo de toda la línea.

En cada estación, lo primero que yo hacía era localizar el cartel

indicador y leerlo sirviéndome de la breve luz de la pistola de fogonazos. Cada una de esas veces informaba a Cross de donde estábamos.

Así llegamos a la boca del nuevo túnel al oeste de Hampstead y esperamos allí a que la gente de Cross se reuniera con nosotros.

Cross nos felicitó y dijo:

—La parte peor del viaje está hecha ya.

—Es posible —dije—. Pero habría preferido un poco de oposición. Me parece que las cosas se nos están dando demasiado bien.

Gerry se echó a reír.

—Hay personas a las que les da miedo precisamente de su buena suerte. Buena suerte y tu buen cerebro es una combinación invencible.

Seguí obrando con prudencia.

—Pete y yo avanzaremos por el túnel a unos cien metros por delante de ti. Te iremos telefoneando a cada pocos metros. Deja a veinte hombres en este extremo como retaguardia. Los demás tomaremos posiciones en la estación subterránea de Hampstead.

Peter y yo proseguimos. Ir por un túnel no causaba una impresión diferente. Desde que salimos de Harrow, nos parecía haber venido por un túnel interminable. Ahora nos encontramos con que había un tren en el túnel. No había sitio para pasar, así es que trepamos por la puerta del vagón trasero y avanzamos, abriendo las puertas de comunicación, a lo largo de todo el tren. Luego, le telefoneamos a Cros y le advertimos lo que tenía que hacer.

Finalmente, llegamos a la estación subterránea de Hampstead. Todo estaba tranquilo. Subimos a uno de los andenes. Mientras estábamos allí, un débil chirrido se oyó en la boca del túnel que habíamos dejado a nuestra espalda. Me sacudió un estremecimiento. Pensé que los Nakinos habían conectado la fuerza y que el tren iba a empezar a moverse por el túnel, aplastando a Cross y a toda su gente. Pero el chirrido fue breve y acabó bruscamente.

Peter me cogió por la muñeca. Susurró:

—¿Qué fue eso?

No contesté. Bajé del andén y volví a la boca del túnel. No pude ir más allá: algo me cerraba el paso. Peter se juntó conmigo. Irritados y temerosos, investigamos. Una maciza puerta de metal se había deslizado de uno a otro lado de la boca del túnel, sellándolo como una tumba.

Di unos golpes. Me respondió un sonido hueco y superficial y me arañé el puño. Peter dijo:

—Da gente de Cross puede retroceder y salir por el otro extremo. Da cuestión es si nosotros podremos salir por éste.

—Si podemos, te aseguro que nos vamos a encontrar con un comité de recepción Nakino esperándonos. Hemos caído en una bonita trampa. Bueno, no hay manera de volver atrás, así es que preparémosle al comité de recepción una acogida calurosa. Me apuesto algo a que Drahk forma parte de la comisión. Si puedo clavarle una aguja eléctrica, habré hecho algo realmente

útil, porque él es la mente rectora.

Volvimos al andén. Yo llevaba la pistola de fogonazos en una mano y la de agujas en la otra. Por lo menos, ahora estaba en mi terreno. Había utilizado aquella estación miles de veces y me sabía todos sus rincones. Pero a medida que avanzábamos íbamos comprobando que en ninguno de los rincones se escondía comité alguno. Da estación parecía estar desierta.

Subimos por la escalera de emergencia colocada alrededor del pozo del ascensor, todavía el más profundo de Londres. Justamente cerca de la boca emergimos a la deslumbradora luz del día. Tuvimos que esperar hasta que nuestros ojos se ajustaron a la claridad.

Era algo grandioso poder ver de nuevo. Mi tensión aflojó. Me di cuenta entonces de lo difícil que me había resultado combatir el viejo miedo a la oscuridad y a lo que ella podía esconder. Temía mucho menos a un enemigo al que pudiese ver.

Pero seguía sin haber ningún enemigo al que poder ver.

High Street estaba tan vacía como pudiera estarlo en el amanecer de un domingo. Heath Street contenía sólo aire claro y luz del sol. Esta zona de Hampstead parecía totalmente despoblada; probablemente, los Nakinos la habían hecho evacuar.

Vacilamos a la entrada de la estación. No parecía bien dejar a Gerry allá abajo en la oscuridad. Dije:

—La única manera de poder abrir aquella puerta es localizar a la persona que la cerró. Creo que sé dónde podremos encontrarla.

Abrí marcha hacia la calle Teath y la calle en que yo había vivido. A cierta distancia a nuestra izquierda, estaba la vasta nube negra que había engolfado a Londres, una vacía llanura de azabache con unos cuantos pájaros volando por encima.

Las ventanas de las casas nos miraban como otros tantos ojos inexpresivos a medida que caminábamos por las desnudas calzadas. Yo tenía la sensación de que otros ojos nos estaban mirando también. Era aquél un sentimiento que había tenido incluso en medio de la niebla. ¿Imaginación?

Le susurré a Peter, como si tuviera miedo de ser oído por el aire vacío :

—Estarán esperando que nos dirijamos directamente a su Cuartel General, una casa llamada Moravia, al volver la próxima esquina. Probablemente nos están espiando ahora con cámaras de televisión. Pero también yo tengo un as en la manga. Vamos, sígueme.

Doblé resueltamente por la esquina que quedaba detrás de mi camino y me abrí paso entre apretados árboles y pesada maleza. Ningún vigía podría seguirnos. Hacía años que yo no visitaba aquel lugar, pero recordaba el camino.

Estaba la lisa lápida de piedra, musgo sobre gris, de forma que apenas resultaba visible en medio de la crecida hierba. Me arrodillé al lado, rebusqué y encontré el pequeño saliente. La losa se alzó despacio sobre chirriantes goznes y dejó al descubierto un estrecho pozo.

—La catacumba familiar, supongo —dijo Peter.

—En cierto modo. Ya te conté que mi padre era un bicho raro. Siempre pensaba adelantándose a la Policía. Cada casa que se mandaba construir tenía su cueva secreta. También yo soy un bicho raro: por eso seguí su ejemplo. Esta es la ratonera en mi casa, ocupada ahora por una rata. La mejor manera para llegar hasta Drahk es utilizarla a ella. Es dura, nuestra Sarah, pero la haré hablar. He de descubrir qué proyectan hacer los Nakinos.

Peter dijo dubitativamente:

—Por lo que me has contado de ella, no creo que vaya a mostrarse muy cooperadora si no le place.

—Tendrá que placerle. A ella le gusta estar en el bando de los que ganan, y nosotros vamos a ser ese bando. Si se nos une, podrá abrir de nuevo el túnel antes de que los Nakinos se den cuenta de lo que está haciendo. Lo más probable es que el control principal se maneje desde su Cuartel General.

Me introduje en el pozo, tanteando con el pie en busca de los peldaños. Era una escala corta, y al llegar al fondo moví un pequeño conmutador. Cuando Peter estaba a salvo abajo, accioné otro resorte que cerró la losa por encima de nosotros.

Caminamos por un pasillo bajo, débilmente alumbrado y de rugoso cemento, todo ello obra mía. Las grietas parecían exhalar contra nosotros un aire fétido que olía a humedad y a cosas podridas. Yo iba temblando de excitación ante la perspectiva de ver de nuevo a Sarah. Mis emociones eran tan cambiantes como un viento caprichoso que tratara de escoger todas las direcciones al mismo tiempo. Por aquel entonces, ya sabía yo que era una verdad eso de que el odio y el amor son las dos caras de una misma moneda. Pero lo que no podía decir era de qué cara caería la moneda.

El pasillo terminaba en una puerta disimulada en mi bodega. Parecía haber allí tantas botellas como yo había dejado, ¡Buen Dios! Esperé poder celebrar pronto algo con mis amigos. Pisando como si tuviera miedo de despertar a los niños, empecé a: subir las escaleras seguido por Peter. El lugar estaba más silencioso que yo mismo.

Avancé de puntillas por el vestíbulo. Estaba vacío. Miré a la ancha ventana que en tiempos había ofrecido una vista tan hermosa de Londres. Luego, llamé a Peter en voz baja.

—Mira.

Se acercó y miró. La marea de oscuridad había: subido en los últimos pocos minutos y había saltado sobre el muro y derramándose al fondo de mi jardín en cuesta. La mayoría de las calles que acabábamos de atravesar estaban ahora bajo aquella oscuridad.

—La cosa se presenta mal —dijo Peter quedamente—. Estamos aquí poco menos que sitiados. Creo que deliberadamente nos han cortado toda retirada.

Quité el seguro de mi pistola aguja.

—Echemos un vistazo arriba.

Mientras subía la escalera, no dejaba de mirar por encima del hombro para ver si la oscuridad estaba ya invadiendo la casa. Temía que fuera subiendo las escaleras detrás de nosotros.

La puerta de mi dormitorio estaba abierta. Prudentemente, atisbé. Luego, me sobresalté: vi a Sarah tendida en el suelo junto a la ventana. Por lo menos supuse que era Sarah. Tenía la espalda vuelta hacia mí, pero llevaba aquel mismo vestido de un amarillo pálido. Y sin embargo, algo estaba mal. No había ahora en ella gracia alguna, ninguna feminidad. Más bien, una especie de desmañamiento. Parecía muerta.

Enfermo de incertidumbre, entré, me acerqué a ella y me agaché para mirarle la cara. Mi grito hizo que Peter acudiera corriendo.

Yo señalaba en silencio y vi de pronto que las lágrimas subían a mis ojos. Otra parte de mí mismo parecía asombrarse ante aquella reacción, me miraba fríamente y pensaba: «¿Tanto significaba ella realmente?»

Sentí de nuevo toda la angustia y el horror del momento en que vi a mi padre muerto. Y la misma sensación de pérdida horrorosa.

Pero al menos mi padre había muerto sin dolor. Sarah había muerto horriblemente. Cada juntura de su cuerpo estaba retorcida, cada músculo era un duro manojo. Se había mordido profundamente el labio inferior, y sus ojos, inertes como el cristal, se le habían vuelto hacia adentro.

—¡Dios mío! —jadeó Peter, y se apartó.

Muy poco a poco, al parecer, nos dimos cuenta de la figurilla que estaba en pie a la puerta del dormitorio.

—Estas tediosas emociones humanas —dijo la voz delgada y sibilante de Drahk—. Fueron ellas las que mataron a Sarah, sépalo usted. Un poco más de autocontrol, y todavía estaría con nosotros.

Peter empezó a lanzarse hacia él, pero no podía desafiar al emisor de rayos con que Drahk lo encañonó instantáneamente. Sabía lo que era aquel dolor y acababa de ver cómo podía matar. Por mi parte, yo era presa de otra clase de pena. Ni siquiera podía sentir odio. Miré fijamente al Nakino, pero apenas si lo vi. Lo mismo podía ser un actor en una comedia que ya no me interesaba.

—Este —dijo Drahk, mirando el cuerpo de Sarah— no es el marco más a propósito para un intercambio social. Venga a mi saloncito, Magellan. Quiero hablar con usted. —Se dirigió a Peter—. También será mejor que usted venga, si desea seguir vivo.

Peter me miró interrogativamente. Como un zombie, me dispuse a salir de la habitación. Drahk me detuvo, me quitó la pistola aguja y el rompedor de circuitos y los arrojó sobre la cama. Hizo que lo precediéramos por la escalera bajo la amenaza del emisor de rayos. Salimos a la carrete a. A su debido tiempo, noté que la niebla había cesado de subir y yacía al nivel de la superficie de la carretera. Drahk nos pastoreó por el senderillo de grava hasta Moravia. La puerta principal se abrió y nos dejó pasar al pegajoso calor de dentro.

CAPÍTULO VIII

El comité de recepción, aguardando en la sala de mandos de la parte trasera, era más pequeño de lo que yo esperaba, solamente Willoughby y otros dos Nakinos, de ojos de azabache, que muy bien podrían haber sido sus hermanos.

La pared de las pantallas estaba viva de imágenes. Algunas parpadeaban con los incomprensibles dibujos que yo había visto antes, otras mostraban escenas callejeras y gente moviéndose lentamente y, al parecer, sin rumbo.

Peter exclamó y señaló:

—¡Ahí está Gerry!

Miré, deslumbrado, a las pantallas. Las calles eran conocidas; estaban todas en las proximidades de la estación subterránea de Hampstead. Las caras de algunos de los hombres eran conocidas también. Eran mis hombres. Gerry Cross tenía una pantalla entera para él solo. De cintura abajo, sus ropas estaban chorreando, lo mismo que las de los otros.

—Sí —dijo Drahk—, ése es su lugarteniente, con todo el mando ahora. Un caso del ciego que conduce a otros ciegos, literalmente.

—¿Los ha vuelto usted ciegos? —jadeé.

—Sólo en la forma como estaban cegados todos ustedes: por la niebla. Parece como si estuvieran a la luz del día, pero están dentro de la niebla. Usted lo está viendo por cortesía de nuestros amplificadores de luz, lo mismo que les hemos estado viendo a ustedes avanzar a tientas por el monorraíl. Los hemos estado viendo y oyendo todo el camino,. Quizás ustedes pasaron por alto el hecho de que su teléfono enviaba señales a lo largo de la línea lo misma hacia adelante que hacia atrás. Nosotros no teníamos más que registrarlas, como dicen los telegrafistas, a este extremo de la línea.

No es que yo lo hubiera pasado por alto, pero había pensado que el riesgo era mínimo. Y ahora, por haber subestimado a Drahk, yo era un cautivo que presenciaba la disolución de mi propia fuerza de comando. Allí estaba Gerry Cross, tanteando el camino, con la dudosa ayuda de una linterna, a lo largo de las fachadas de las tiendas. No conocía Hampstead, se había extraviado completamente y está alejándose de nosotros. De vez en cuando, se paraba para llamar en voz alta, como hacían otros, pero todos estaban perdiendo contacto en la oscuridad. Algunos habían formado pequeños grupos y caminaban cogidos de la mano. Pero yo, que conocía aquellas calles, podía ver que inconscientemente estaban caminando en amplios círculos.

Con todo, era un alivio verlos vivos y comprobar que, como quiera que fuese, habían logrado salir de aquel túnel.

Willoughby pió de pronto con mucha malignidad:

—¿Qué tal se siente usted ahora, señor Napoleón Magellan? Hemos estado revisando los relatos concernientes a su genio militar favorito. Me temo que, como a él, le haya llegado a usted ahora su día de Waterloo.

—Hemos de admitir que ha combatido usted bien —dijo Dahk—, pero muchísimo tuvo que agradecérselo a su aliado, al que Ustedes llaman Próspero. Junto a él, son ustedes pigmeos. Siempre nos causó algunas dificultades. Pero el tiempo lo ha conquistado por nosotros. Uvova nos informa:, por las pruebas obtenidas, que está muerto. No pueden ustedes esperar más ayuda de él. Uvova nunca se equivoca.

—¿Uvova? —repetí mecánicamente.

—Es el nombre que le damos al computador electrónico que es la mente rectora de nuestra red de automación. Da todas las respuestas. Por ejemplo, lo alimentamos con toda la información que teníamos respecto a la táctica de usted en las batallas. Analizó los datos y predijo sus futuros movimientos incluso antes de que usted mismo los planeara: conscientemente. Antes de que usted llegara a Harrow sabíamos que atacaría desde esa dirección. Cuando añadimos el factor niebla a los datos, Uvova formó exactamente las decisiones que usted tomaría. Nos dijo que seguiría el monorraíl hasta aquí. Así es que nos preparamos para recibirlos. Ustedes entraron en nuestra trampa: aquella sección del túnel. Los dejamos adrede emerger aquí a usted y a su apuntándome deliberadamente. El ojo grande, redondo y traslúcido del arma miraba fija y fríamente los míos. No sentí ningún miedo. Heladamente, me dominaba a mí mismo. Me quedé quieto. El suicidio no tenía objeto. Mi momento de venganza llegaría cuando tuviese que llegar, y yo estaba seguro de eso.

Peter Butler no tenía segundos pensamientos. Se lanzó contra aquel brazo rígidamente extendido. Quizá pensó que Drahk iba a matarme. Drahk meramente bajó el brazo. Peter no pudo asirse a nada y cayó. Drahk descargó sobre él unos cuantos rayos, en el sitio donde mi amigo había caído, e inmediatamente volvió a cubrirme.

Willoughby y los otros dos Nakinos habían contemplado aquello sin la menor reacción. Podía haber sido una especie de juego. Comprendí entonces cuán justificadamente Drahk era el hombre principal. Mientras él estuviese presente, no se esperaba que ningún Nakino' hiciese nada excepto aguardar órdenes.

Retorciéndose por los calambres, Peter gritaba lastimeramente. Había afrontado aquella agonía por mi culpa, este hombre al que llamé en cierta ocasión derrotista.

Drahk hizo un ademán hacia la única silla que estaba junto a la mesa.

—Siéntese ahí, Magellan. La gente que salta a cada momento a la garganta de uno tiende a perturbar el flujo de la conversación.

Obedecí en silencio. Drahk dijo algo a los dos Nakinos sin nombre. Se fueron y volvieron con unos cabos de cuerda de nylon. Ataron mis muñecas a los brazos del sillón y mis tobillos a las patas. Luego, amarraron a Peter.

Mientras tanto, Drahk y Willoughby estaban murmurando sibilantemente junto al tablero de mandos. Estaban dividiendo su atención entre nosotros y las pantallas de televisión. Los cambiantes dibujos indudablemente tenían un sentido para ellos. Cualesquiera que fuesen los mensajes, Drahk no hacía: intento alguno por contestarlos. Se acercó a la ventana y miró al inmenso platillo volante que reposaba todavía en el amplio césped. Su expresión era tan impenetrable como siempre, pero tuve la sensación de que en estos momentos él no se sentía del todo feliz.

Estudié las pantallas. Gerry Cross se había dado cuenta de que estaba caminando cuesta abajo y que, por tanto, se alejaba de la cuesta donde yo le había dicho que estaba la casa de los Nakinos. Había dado media vuelta y estaba ahora subiendo colina arriba por la carretera que llevaba a esta casa.

Sin que él lo supiese, cinco de sus hombres, cogidos de la mano, estaban subiendo lentamente la cuesta desde otra dirección que les traería al fondo del jardín tras la casa. Me pregunté si dejarían que el seto los desviase. Y si no, y seguían adelante, los Nakinos estarían esperándolos.

El rescate era una tenue perspectiva. Más esperanzadores para mí, mientras a Drahk, eran los débiles pero apreciables signos de su desazón.

Dije de pronto:

—Mis hombres están considerablemente más cerca que los refuerzos de usted, ¿no le parece?

Fue un disparo al azar al que él no prestó atención. Pero Willoughby chirrió:

—Sus hombres no pueden hacer nada, Magellan, aunque sólo quedemos cuatro de nosotros.

—¡Cierra el pico! —ordenó Drahk, revolviéndose contra el otro y cometiendo el error de hablar en inglés.

Sonreí malignamente.

—Así es que Próspero ha barrido toda la vanguardia de ustedes.

Drahk se me acercó, levantada la pistola de rayos. Traté de prepararme para recibir la andanada. Pero él cambió de idea y se limitó a quedarse mirándome muy fijo. Como yo estaba sentado, sus ojos se hallaban al mismo nivel que los míos. La mirada directa era ciertamente hipnótica. Aquello era lo que yo tenía que resistir.

Él dijo:

—Los proyectiles de Próspero destrozaron nuestras naves, pero fueron ustedes qu:enes lo incitaron a hacer eso. Para sofocar esa rebelión, retiré nuestras limitadas fuerzas de otros países. Si eso puede halagar su egolatría, Magellan, le diré que es usted el principal responsable del caos en nuestros planes. Pero la Tierra no es el único planeta maduro para el asentamiento. La flota que se encamina hacia acá está a veinte horas de un punto de donde puede desviarse a otro sistema planetario sin pérdida de tiempo. Puedo darle instrucciones para que haga eso y alejarme de aquí antes de cinco minutos.

»Pero eso sería reconocer mi fracaso. Y mi orgullo me lo prohíbe. Por

tanto, en el espacio de veinte horas acabaré con esta rebelión. Puedo hacerlo de dos maneras. Puedo liquidarlos a usted y a sus amigos, que son los jefes fundamentales, y la rebelión colapsará. O puedo perdonarlos a usted y a sus amigos a condición de que cooperen con nosotros. Pueden tener escaños en nuestro Consejo, a mis órdenes desde luego, pe-o aun así les quedará en el mundo mucho más poder que el que pudiesen esperar conseguir sin nuestra ayuda.

»Y a usted le gusta el poder sobre la: gente, ¿no es verdad, Magellan? Incluso el poquito poder que le proporcionaba su farsa de medium. Usted no tenía escrúpulos en engañar al mismo público ante el que se las da ahora de liberador. No tendrá usted escrúpulos para unirse a nosotros.

—¿Para compartir la suerte de Sarah Masters? —dije deliberadamente.

—Nosotros habríamos tratado bien a Sarah Masters si ella nos hubiese sido fiel. Pero nos traicionó. Ella misma se acarreó su perdición. Tenga presente eso... como ejemplo.

—Lo tendré presente, Drahk. Ahora hablemos con sensatez. Yo engañaba a la gente, pero a cambio les daba esperanza en el mejor de los casos; en el peor, entretenimiento. Usted les dará muerte. Así es que no hay comparación. Por eso, lejos de unirme a usted, voy a matarlo si se me presenta la más mínima oportunidad. Por consiguiente, la única; cosa acertada que debe hacer es matarme primero. ¿Por qué no lo hace? Porque usted sabe que eso no sería suficiente para que mis hombres dejasen de perseguirlo. Me tienen en muy buen concepto; querrían vengarme. Así es que mejor es que usted haga la otra cosa inteligente: tragarse su orgullo, desviar el rumbo de su flota e irse al infierno o adonde quiera, pero lejos de la Tierra. Y si alguna vez vuelve y lo cojo, no le concederé gracia alguna.

—Buen muchacho —jadeó Peter, con la cara blanca, pero todavía fiel a los colores de su universidad de Cambridge.

Drahk dijo:

—Es cierto, sus hombres lo consideran a usted mucho, Magellan. Por eso mientras lo tengamos a usted como rehén, podremos mantenerlos a raya, probablemente hasta que lleguen mis refuerzos. Soy un Nakino. No me rindo fácilmente.

«Ni tampoco los humanos», pensé. Mis hombres me comprendían lo suficiente para saber que no estimaba en nada mi seguridad si ella había de pesar contra la seguridad de la raza raza humana. Pero no hice ningún comentario. Que Drahk continuara diciendo tonterías mientras yo ganaba tiempo. Disimuladamente, había estado probando mis ligaduras y sabía ya cómo podría liberarme de ellas. Había estado amarrado muchas veces a una silla a la vista del público cuando actuaba como médium, y no era un mal escapologista.

Pero aquello requeriría tiempo. Y, además, tendría que ser en el instante oportuno.

Willoughby llamó la atención de Drahk hacia una de las pantallas. Los

cinco hombres habían llegado al seto del jardín, habían deliberado y habían saltado por encima. Seguían una línea recta hacia la rampa del gran césped. Cross había elegido bien a sus hombres.

Drahk dijo algo en voz baja y Willoughby giró un amplio volante en el tablero de mandos. Drahk estaba mirando hacia la ventana. Seguí su mirada y vi que la negra niebla se retiraba del jardín como una ola sorbida rápidamente por la resaca.

Drahk se volvió con un silbido de irritación, apartó a Willoughby a un lado y giró la esfera en dirección opuesta. La niebla volvió a subir aún más alta que antes, se arrastró hasta la base del platillo volante y luego se paró.

Willoughby había sido lo bastante bruto como para hacer girar la esfera en una dirección que era equivocada.

Drahk había colocado otros pocos decímetros de niebla sobre las cabezas de los hombres, esperando retrasarlos así. Pero ya estaba llegando al límite. Si levantaba el nivel mucho más, él mismo quedaría engolfado. Las pantallas amplificadoras de luz, naturalmente, no servirían de nada cuando su operador no pudiese verlas.

Gerry Cross seguía avanzando firmemente carretera arriba, espiado por la cámara. Pronto su cabeza emergió de la superficie. Se detuvo con una expresión de sorpresa y de alivio en su ancha cara. Miró en torno, tratando de orientarse.

Yo le había descrito el aspecto y la situación de Moravia, el Cuartel General de los Nakinos, para el caso de que tuviera él que hacerse cargo de las operaciones. L,a superficie de la carretera estaba ahora a unos cuarenta centímetros bajo la niebla, pero la fila de casas de la parte de acá estaba por encima de la negrura.

Cross vio lo suficiente para sentirse satisfecho. Le quitó el seguro al fusil y empezó a andar decididamente por la carretera en dirección adonde estábamos. Parecía como si estuviera cruzando un vado metido hasta las caderas en agua negra. Estaba bastante más cerca que los hombres que subían por el césped en la oscuridad.

Drahk se acercó a la mesa tras la que yo estaba, sacó pistolas-agujas de un cajón y se las entregó a los otros tres Nakinos al mismo tiempo que les impartía instrucciones en voz baja. El siguió con su pistola de rayos. Miró brevemente por la ventana. Esta era una casa con completo acondicionamiento de aire y la ventana no estaba hecha para ser abierta. No podía dispararse a través de ella. Las agujas no penetrarían a través de la clarplastina, ni tampoco, probablemente, podrían hacerlo con alguna eficacia los rayos paralizadores.

Llamó a los dos Nakinos sin nombre y salió con ellos precipitadamente de la habitación. Willoughby se quedó para vigilarnos. Mientras lo miraba con el rabillo del ojo, yo seguía trabajando tercamente en las cuerdas de nylon cada vez que él miraba a las pantallas. Yo trataba de mirar a las pantallas también. Vi cómo el trío se dividía por encima del sendero cubierto de niebla.

Drahk se quedó allí. Los otros dos dieron un rodeo a la casa para llegar a la parte de atrás. Por la ventana, vi cómo tomaban posiciones tras el enorme platillo. Apuntaban con sus pistolas-agujas al sitio por donde esperaban que emergiesen los cinco hombres a la superficie del jardín.

Aunque yo tenía ya las manos casi libres, mis tobillos seguían todavía atados, y el tiempo no dejaba de correr. Volví la cabeza en el instante preciso para ver cómo Drahk bajaba al centro del sendero. Como un pirata malayo de río, se tendió en el suelo, quedando sumergido hasta la boca, aguardando al acecho a su víctima, Mantenía su pistola de rayos oculta bajo la niebla. Desde donde estaba, dominaba la puerta y parte de la carretera. Entonces comprendí por qué había levantado, el nivel de la niebla aquellos pocos centímetros.

Y Gerry seguía su avance chapoteando por la carretera.

Peter Butler exclamó fútilmente:

—¡Por el amor de Dios, Gerry, ten cuidado!

Willoughby se estremeció.

Yo ya tenía las manos libres. Toda la atención de Willoughby estaba absorbida por la pantalla. A medida que Gerry se acercaba, Drahk se agachaba aún más. Unicamente la parte superior de su cabeza era visible, inmóvil como una piedra.

Yo trabajaba desesperadamente, en las ligaduras de mis tobillos mientras Gerry llegaba a la verja de mi propia casa, Hillcrest. Para sorpresa y alivio míos, torció allí y empezó a caminar por mi alameda. No sé qué intención llevaba, ni tenía tiempo para pensar en aquello. El decepcionado Willoughby mostró síntomas de volver su atención hacia mí.

Introduje nuevamente las muñecas en las lazadas que había dejado sobre los brazos del sillón. Para una mirada superficial, las muñecas parecían seguir atadas, pero podía zafarme en cuanto que quisiera. Los tobillos no los tenía del todo libres; otros pocos segundos de trabajo y lo estaría.

Willoughby había dado media vuelta para mirarme y luego otra vez su atención fue desviada. De la niebla del lago en el jardín, la cabeza del primero de los cinco hombres había empezado a emerger. Los dos Nakinos que aguardaban al reparo del platillo no tuvieron paciencia para afinar la puntería. Dispararon los dos al diminuto blanco y los dos fallaron. La cabeza volvió a ocultarse tras la amparadora oscuridad y en la escena vi cómo el pequeño grupo bajaba la cuesta en confusión.

Luego, débilmente, oí un sonido que me hizo estremecer con el impacto del reconocimiento: un clarinazo del claxon de mi anticuado Rolls. Llegaba amortiguado por la casa, pero afuera, rompiendo el silencio de la niebla, la áspera nota podría oírse a dos kilómetros de distancia.

Automáticamente, la cámara espía había enfocado a Cross. Allí estaba, sentado en el asiento delantero de mi coche justamente fuera del garaje. La nota se hacía intermitente. Gerry estaba enviando señales en Morse. Se había aprendido el código y se lo había enseñado a muchos de sus hombres. Era una cosa que nos había sido muy útil en la campaña.

Volvía a ser útil otra vez. Estaba diciéndoles a sus hombres, vagabundos y perdidos en las calles de abajo, que siguieran la dirección del sonido del claxon. En otras pantallas, vi cómo empezaban a hacer eso. Antes de que transcurriera mucho tiempo, una fuerza ordenadora los reuniría.

Willoughby empezó a silbar. No le gustaba el aspecto que estaba tomando la cosa. Yo me había liberado ya los tobillos y estaba pensando cómo saltarle encima. Él estaba a dos metros y medio o tres metros por la parte desfavorable de la gran mesa. Yo tendría que darle a ésta un rodeo para llegar hasta él, y era seguro que oiría el primer paso que yo diese en aquel duro suelo de marloneo.

Tenía que hacer algo inmediatamente, pues Drahk podía regresar de un momento a otro. Estaba todavía aguardando, pero había levantado la cabeza, tratando de ver por qué su víctima no se había acercado. Asimismo, debía de sentirse burlado por el sonido intermitente del claxon.

La única esperanza parecía ser fingir un grave desmayo. Tal vez Willoghby se acercaría para investigar, lo bastante para que yo pudiera arrebatarle la pistola. Pero él era un tipo minucioso y suspicaz. Se imaginaría en seguida que estaba haciendo teatro. Lo más seguro era que no se arriesgaría a colocarse a una distancia a la que yo pudiera alcanzarlo.

Me hallaba ya a punto de empezar a estertorar y a gemir, cuando Peter, que había estado mirándome, susurró fieramente:

—Hiélalo. Bajo la mesa.

Willoughby giró rápidamente y encañonó a Peter con la pistola.

—¡Silencio! —dijo con voz sibilante—. Si pronuncias otra palabra, será la última que digas en tu vida.

Peter, prudentemente, cerró la boca, lo que era descorazonador, porque yo no había cogido el sentido de lo que quería decir. ¿Helar a Willoughby debajo de la mesa? Me lo repetí a mí mismo y me siguió pareciendo una pura estupidez.

En cuanto Willoughby se apartó un poco, atisbé debajo de la mesa. En ésta era en la que estaban medidos el tiempo y el esfuerzo, los mandos caseros se hallaban colocados al alcance de la mano del sitio donde uno se encontrara más frecuentemente. Como esta era la única silla, se hallaban dispuestos debajo de la mesa. En el momento en que vi el pulsador del acondicionamiento de aire, comprendí la idea de Peter.

La habitación estaba a la temperatura tropical que los Nakinos requerían para sentirse a gusto. El alcance del acondicionador era muy amplio; en tiempo de pleno verano, la habitación podía enfriarse hasta un punto casi de refrigeración. Circunspectamente, apreté el pulsador hasta llevarlo a aquel punto. Luego, adopté mi expresión más inocente.

El mercurio del termómetro bajó como si la ampolla hubiese tenido un derrame. Empecé a temblar un poco, pero Willoughby se sacudía como una pared en un terremoto. A los Nakinos les es imposible resistir el frío. Sospechó lo que yo había hecho y dirigió contra mí la pistola.

Le castañeteaban los dientes.

—Ma-ma-ge-llan, va a pagar esto caro.

Aquel intento de necrología previa lo perdió. Fueron cinco segundos, mientras que me apuntaba al corazón, en los que la temperatura del cuarto bajó varios grados más, dejándolo a él casi paralizado.

Era el momento. Me zafé de las sueltas ligaduras y di un terrible salto de costado. El trató de seguirme apuntando, pero la mano le temblaba horriblemente.

Disparó. La aguja me pasó a más de un metro. Entonces me lancé contra él y lo derribé. La cabeza le golpeó en el duro suelo con un ruidoso chasquido.

Se quedó quieto y empezó a salirle sangre de las orejas.

Me acerqué a desatar a Peter.

—No te preocupes ahora de mí —dijo urgentemente—. Mira, Drahk va a disparar contra Gerry.

Miré a las pantallas. Drahk había abandonado el escondite y caminaba ahora por la carretera, con la pistola de rayos en la mano, hacia mi casa. Sin sospechar nada, Gerry seguía todavía sentado en mi coche, bocineando felizmente.

Compactos grupos de nuestros hombres, cegados por la niebla, pero guiados por las llamadas del claxon, trepaban por distintos puntos de la cuesta hacia el lugar de la cita. Algunos de ellos estaban ya bastante cerca, pero una cosa era segura: Drahk iba a llegar el primero.

—¡Maldito! —exclamé y me lancé a la puerta.

—¡Espera! —aulló Peter—. Quita la niebla. Gira ese volante.

Patiné hasta el tablero de mandos. Parecía que Peter se había encargado de pensar por mí. Recordé el volante y la dirección en que había que girarlo. Lo moví con fuerza y la negra niebla desapareció de las cuestas de Hampstead como si se la hubiera tragado la tierra.

Drahk quedaba expuesto, una figurilla aislada en la carretera de la cresta, casi rodeado por los fusileros que estaban abajo. Un blanco ideal, pero todavía le quedaba una pequeña esperanza. Lo comprendió y supo aprovecharse. Los hombres llevaban en la oscuridad tanto tiempo, que la súbita aparición de la luz los cegó temporalmente. Drahk dio media vuelta, tiró la pistola, agachó la cabeza y regresó en un sprint digno de un campeón.

Su velocidad era sorprendente. Sin embargo, las balas de fusil empezaban ya a ribetearlo.

—Ya lo tenemos —le dije a Peter triunfalmente y eché a correr por el largo vestíbulo hasta la puerta principal.

Estaba abierta de par en par, como Drahk la había dejado cuando salió. Me escondí detrás y esperé. Tenía una mirilla de cristal que sólo permitía la mirada de dentro afuera para examinar a los visitantes. Por aquella mirilla, yo podía vigilar el camino de coches y la puerta de la verja. Mis manos se abrían y se cerraban dispuestas a enroscarse alrededor del pellejudo cuello de Drahk

cuando éste cruzara la puerta buscando el santuario de su Cuartel General.

Y entonces, apretar, apretar...

Esperé, y ninguna figura a la carrera llegó a la puerta de la verja, la alameda de coches siguió vacía.

Yo estaba perdiendo facultades. Otra vez me había equivocado en algo. Me lancé al sendero. Por lo que pude ver, en toda la carretera no había señales de Drahk. El fuego de fusilería había empezado en la parte trasera de la casa y cesó tan bruscamente como se había iniciado.

Entonces me acordé del platillo volante aparcado allí y de los dos Nakinos que lo custodiaban. Me traté de idiota. Drahk se habría dirigido allí. El camino de coches habría sido un rodeo innecesario; habría saltado el seto bajo frente a la carretera y cortado en diagonal por el jardín.

Me maldije por no haberme traído la pistola de aguja de Willoughby. Ahora no había tiempo de volver por ella. Con ciega rabia, me puse a correr hacia la parte trasera de la casa.

A la sombra del platillo, yacía un Nakino con la cabeza rota de un disparo. Dos Nakinos vivos desaparecían en aquel justo momento por una abertura que se cerraba en lo más alto del platillo. Uno de ellos era Drahk.

Grité estúpidamente, fútilmente, mientras la abertura se cerraba hermética.

El platillo se alzó con lentitud, planeó inmenso sobre la casa. Parecía estar dando vueltas sobre su eje, pero era una ilusión. Reflejaba en mis ojos la luz del sol de una manera deslumbradora.

Luego llegó la voz de Drahk, fuerte y estridente, a través de un megáfono:

—Esta es sólo una derrota pasajera, Magellan. Ha ganado usted una escaramuza, no una guerra. Volveré por usted y ganaré la guerra.

El platillo levantó el vuelo y se alejó sobre el cielo de Londres. Sin interés, noté que la ciudad yacía clara y perfilada bajo la luz del sol. El disco se redujo en el cielo, se hizo tan pequeño como la distante cúpula de San Pablo, se redujo aún más y se convirtió en un punto brillante que desapareció por el sur.

No sé cuánto tiempo estuve allí abrumado por la decepción, vacío por el fracaso. La urgencia inmediata de excitación y movimiento habían anestesiado temporalmente la pena que existía al fondo de mi conciencia.

Ya estaban allí Gerry Cross y Peter Butler, este último frotándose las señales rojas que le hacían dejado las cuerdas en las muñecas. Nuestros hombres iban apareciendo por doquier.

—Bueno, ya está, Charles —dijo Gerry.

—Willoughby está muerto —dijo Peter—. Tenía un cráneo muy frágil.

—Drahk ha huido —dije sombríamente.

—Y creo que no se dará mucha prisa en volver después de esta recepción —dijo Gerry.

—Volverá —dije.

Y dentro de mí, una voz gritaba: «¡Pero ella no puede volver nunca!»

La voz tenía razón. Pero también, en cierto modo, estaba equivocada.

Peter dijo:

—Fijaos en ese polvillo negro que hay sobre todas las cosas.

Miré apáticamente al jardín. En el césped reconocí, ahora entre sus amigos, a los cinco hombres que habían atacado desde aquella dirección. Uno de ellos por lo menos era un buen tirador.

Había una delgada capa de lo que parecía ser hollín sobre todo el césped y sobre el terreno que abarcaba la vista. Más tarde, la vi más espesa en el centro de Londres. Era todo lo que quedaba de la negra niebla una vez que había desaparecido la potencia que la sostuvo.

Era como si toda la ciudad estuviese de luto.

—Peter —dije—, no puedo volver allí.

Comprendió a lo que me refería.

—Ya me cuidaré yo de eso —dijo quedamente—. Mira, Charles, aléjate de aquí. Necesitas descansar algún tiempo. Estarás muy bien en mi apartamento de Albany. Está en el centro, pero es un sitio tranquilo. Gerry te llevará en su coche.

—Sí, desde luego —dijo Gerry con simpatía.

—Gracias —contesté—. Muchísimas gracias.

Más avanzado el día, Peter vino a verme al apartamento. Gerry seguía todavía conmigo e íbamos por la segunda botella de whisky. La pena había sido nuevamente anestesiada, pero persistía un dolor sordo.

Peter dijo:

—Creo que también yo debería beber un poco.

Le serví un buen trago. Después de todo, era su whisky.

—Gracias. Bueno, pues hemos hecho una captura, hemos cogido un prisionero.

Nos quedamos mirándolo, un poco estúpidamente.

—Creí que no había quedado ningún Nakino —dijo Gerry.

—A este lo encontramos en los sótanos de su Cuartel General. Prácticamente lo ocupaba todo. Se llama Uvova, un robot. El mayor maldito cerebro electrónico que hayáis visto nunca. Cuando descubramos cómo manejarlo, podría ser un aliado útil. Me gustaría hacerme cargo de él, Charlie.

—Tuyo es el empleo, muchacho.

—Gracias, jefe. ¡Ah!, a propósito, encontré allí esto encima de la mesilla de noche. Parece que es una cosa personal. Creí que era mejor no dejarlos por allí rodando.

Colocó tres libritos de notas, encuadernados en cuero rojo, sobre el amplio brazo de la butaca que yo tenía al lado, evitando muy cuidadosamente mis miradas y cogiendo luego otra vez su vaso.

Asentí. Eran mis diarios. Yo esperaba que no los hubiese examinado demasiado a fondo. Pero, además, él era un caballero, y los caballeros no chismorrean.

Los tres hablamos un rato de Uvova, de Inglaterra liberada, de los demás países, de los Nakinos y de nuestras próximas actividades.

Pero nunca hablamos de Sarah Masters.

Al final, me fui a la cama. Estaba cansado, pero no podía dormir. Y me veía allí tendido, dándoles vueltas a mis pensamientos. Por fin encendí la luz y busqué algo que leer. No había nada más que mis propios diarios. Con desagrado empecé a pasar las hojas. Las confesiones de un truquista barato, un caso de paranoia suave, poeta *manqué,* pensador superficial y hombre solitario. Un completo abandono de mí mismo.

Y luego empecé a sudar. Los márgenes estaban llenos de comentarios escritos con una letra femenina; sólo podía ser la de Sarah. Los primaros eran breves, fríos, ingeniosos; de vez en cuando, crueles. Gradualmente, iban alargándose. Aunque todavía humorísticos, tenían menos aguijón. Más tarde, algunos discutían mis puntos de vista con toda sinceridad. Y crecientemente se iban haciendo más simpáticos y comprensivos.

Y, en el tercer volumen, cariñosos.

En una página leí y releí: «Charlie Magellan, eres un delicioso y viejo tonto y creo que te quiero.»

Alma extraña, solitaria y aislada en sí misma, había llegado a conocerme mediante aquellos diarios rudos y groseros.

En la última página ella había escrito: «Son las dos de la madrugada y voy a apagar la luz y a acostarme y a pensar en ti y, si tengo suerte, a soñar contigo, imaginándome que te acompaño en tu lucha por volver a Londres. Todas las mañanas al despertar espero que la batalla nocturna te haya traído más cerca. Tenemos tantas cosas en común, Charlie, mi muchacho, que creo que nos llevaremos hablando una semana sin hacer punto y aparte. Te conozco. Siempre obtienes lo que deseas, por medios buenos o malos. Espero que me desees a mí, porque yo a ti te deseo. Buenas noches, querido.»

Con movimientos sobrios, apagué la luz y me quedé mirando fijamente la oscuridad. Buenas noches, querida. Yo siempre consigo lo que deseo. Esa es una frase bonita para reírse, así pues, ¿por qué no estoy riendo? Siento que estoy llorando en mi almohada como un crío.

—Drahk —dije en voz alta a la noche—, voy a ir detrás de ti, adonde quiera que hayas ido. Y Sarah dice que siempre consigo lo que deseo. ¿Te acuerdas de Sarah? Con toda seguridad, voy a hacer que te acuerdes de ella.

CUARTA PARTE

CAPÍTULO IX

Por la mañana, me desperté con una idea muy confusa; de donde estaba, pero con una idea perfectamente clara de lo que tenía que hacer. Mis sueños subconscientes, al trabajar sobre mi memoria, se sabían encargado de aquello. Una vez más había vivido por medio del capitán Madden la historia de Próspero y de la isla Moble, y mi imaginación me había trasladado allí.

En Londres había trabajos inmediatos y necesarios que realizar. Tenían que organizarse un montón de cosas. Pero una vez cumplido el deber, mis necesidades emotivas obtenían la atención que reclamaban. Yo tenía que seguir el camino de la venganza, sabiendo que sería un largo camino, sabiendo que el resto de mi vida tendría que dedicarme a aquello, si fuera necesario. O, de lo contrario, mi vida sería una historia abandonada a la mitad, y, por tanto, un fracaso.

Durante una semana trabajé con furia día y noche. También aquello era una especie de anestésico.

A falta de un cuerpo gobernante escogido por elección, formamos un gobierno de emergencia. Yo fui designado director y me pasaba medio día al visáfono comunicando con otros gobiernos recién improvisados. Primeramente, trabajamos para restaurar un poco de orden en el mundo y, una vez conseguido esto en cierta medida, nos pusimos de acuerdo para desarrollar una política de calculado desorden.

La idea era hacer de la Tierra un lugar permanentemente repulsivo para los Nakinos. Estos eran de pensamientos duros y de almas implacables, pero blandos físicamente. Las comodidades de la automación les eran tan necesarias para su vida como para nuestro mundo se había hecho la existencia de la electricidad.

Así, pues, se empezó a llevar a la práctica un plan mundial de destrucción de la tela de araña de Goliath. La descentralización era la meta. La estandarización no había servido más que para producir nuestra caída. Por consiguiente, había que suprimirla.

Todo había de hacerse local y autárquico, una sociedad celular. Cada célula debía crear su propia fuente de energía. Los sistemas habían de ser distintos, de forma que no fuese fácil otra vez dar un golpe de Estado de tipo nacional. Teníamos que aprender a vivir sin calefacción central. Con sólo esa privación, la Tierra se convertiría en una especie de infierno para los Nakinos.

Pero al principio la cosa no iba a ser nada agradable para nosotros. Sin embargo, el hombre era todavía lo bastante joven para adaptarse. Los Nakinos eran una raza muy antigua, aferrados a sus costumbres comodonas, como gente muy vieja que ha sido mimada toda la vida. No podían remediarlo. No todos los Nakinos eran tan resistentes como Drahk; él constituía una

excepción, por eso había logrado una alta categoría.

Yo no aguardé a que volviera. Tan pronto como el nuevo mundo del desorden inició su curso planeado, delegué la mayor parte de mi autoridad y me dirigí a Cornualles. El viaje era una premonición de las cosas que habían de venir, pues nuestras escuadras de demolición ya habían estado por estos terrenos en espera de la larga batalla de Londres.

Salí con Gerry en el viejo Rolls. Dejamos a Peter en Londres, absorto en los misterios de Uvova. Para mí resultó una sorpresa comprobar el interés de Peter por la electrónica. Yo había creído que todos los artistas eran demasiado inconcretos para las ciencias exactas. Pero años antes, un crítico, después de ver los dibujos abstractos de Peter, dijo:

—Movimientos ondulatorios, nada más que movimientos ondulatorios. Usted habría sido un físico condenadamente bueno.

Y Peter me dijo:

—Ya ves, aquel crítico tenía razón. Esa es mi manera de pensar. Estos temas se me dan estupendamente. Pero como la pintura era más difícil, creí que era más importante. Tal vez lo es. Pero después de esto me atengo a lo que sé hacer.

Se nos pinchó una rueda en la llanura de Salisbury. El coche chocó con un poste. La forma, famosa en el mundo entero, de su radiador, quedó completamente irreconocible. Aquello exigiría una semana para: la reparación, suponiendo que la tarea fuese posible en aquellos días.

Me mordí los labios (ya me había mordido la lengua) y le dije a Gerry:

—Tendremos que ir andando hasta la estación más próxima del monorraíl.

Contestó amortiguadamente a través del ensangrentado pañuelo que tenía sobre la nariz:

—Siete kilómetros, por lo menos.

Entre aquella estación y Merthavin tuvimos que hacer seis transbordos de trenes. Así era como iba a funcionar la cosa en adelante.

Llegamos a Merthavin aproximadamente mediodía. El sol brillaba en las ventanas de las cabañas de los pescadores que miraban al Atlántico y en el diminuto puntito que se alzaba a unas cuatro millas entre los arrecifes: la isla de Moble.

Almorzamos en Casa Piskie, vuelta ahora a ser la linda taberna que Madden y Brewster habían conocido. Me acordaba de ellos constantemente y pregunté por Pam y por Arthur Coney. Había esperado encontrarlos, pero no habían regresado nunca a Merthavin. Alguien dijo que se habían establecido en Bath. Por la tarde, alquilamos una lancha motora y nos dirigimos a la isla. Tan pronto como llegamos a la playa, vimos la extraña silla móvil de Próspero clavada en la arena. Varé la lancha a su lado. Los dos tratamos de mover la silla, pero la arena la había atrapado bien por la base hundida. La silla estaba descolorida por el sol y estropeada por el tiempo y se notaba a ojos vistas que llevaba algunas semanas al aire libre.

—Él no puede andar sin esta silla, Gerry —dije.

—Según Uvova, no puede andar de manera alguna, muchacho. Está muerto.

—Probablemente. Pero, ¿dónde está el cuerpo?

—Por lo visto, se ha desvanecido.

Dije, señalando:

—A juzgar por la descripción de Madden, su cueva tiene que estar por aquí cerca.

Inicié el reconocimiento y me salí con la mía. Una gran roca musgosa estaba abierta de par en par como un pastel rajado. Nos procuramos antorchas y las tuvimos que utilizar, porque la ene'gía eléctrica se había cortado allí dentro. La celda de Próspero, con su amasijo de aparatos electrónicos, era tal como Madden la había descrito. Sobre una mesa, encontramos un mensaje en una larga hoja de papel. Estaba escrito con ingenuas letras de imprenta; probablemente Próspero estaba poco familiarizado con la; caligrafía inglesa.

Parecía estar dirigido a la raza humana en general.

Creo ahora que expulsaréis a los Nakinos de vuestro planeta. No os estimé debidamente.

Siempre que pude os ayudé en vuestra lucha contra los Nakinos. A cien millas de esta costa destruí la gran flota de sus naves que se dirigían aquí desde Norte y Sudamérica. (Esta era la primera vez que oíamos hablar de eso.)

Pero los Nakinos seguirán siendo siempre enemigos vuestros. Si deciden atacar de nuevo, vendrán con todas sus fuerzas. Vosotros tenéis espíritu de lucha, pero vuestra ciencia es demasiado primitiva; no puede salvaros.

Yo no estaré aquí para ayudaros, pues mi corazón ha dejado de latir hace una hora. Según vuestros conceptos fisiológicos, estoy muerto. Y en verdad lo estoy. Mi conciencia está casi dispersada. Pero ha estado existiendo durante un largo tiempo, toda una época, según vuestros patrones, y la mera inercia y la costumbre del pensamiento sobrevive temporalmente al cese de la corriente sanguínea. Estoy pensando con mis nervios y puedo todavía ejercer el mando de sus funciones.

Pero este poder mental residual se está debilitando constantemente. Pronto me convertiré otra vez, mentalmente, en un niño, luego en un mero recién nacido. Después seguirá la disgregación de los últimos patrones neurales, hasta que Próspero no sea más sino un billón de movimientos al azar e indistinguible de otros incontables movimientos azarosos.

Pero algo de mi mente permanecerá aquí de una manera tangible: las máquinas que he creado. Os las lego. Dominad los principios que hay tras ellas, particularmente la nave espacial, y los Nakinos nunca podrán conquistaros. Quizá mi juicio se vea afectado por mi condición, pero no rechazo la posibilidad de que antes de que la historia de vuestra raza todavía

joven se cierre, podáis incluso conquistar a los Nakinos.

A manera de ayuda, empecé a escribir para vosotros un manual que explica el manejo y la navegación de la nave espacial. Pero es un tema complejo e imposible de explicar con sencillez. La muerte me lleva antes de que esa obra esté medio completa. Deberéis hacer uso de vuestros cerebros para acabarla; el mío ya no es capaz.

Mis últimos movimientos serán los de un niño nadando en el mar que amó cuando recién nacido. Nací en el agua y deseo acabar en la forma en que empecé.

No había ninguna expresión de adiós, ninguna firma. Los tres últimos párrafos eran casi ilegibles. Las letras mal formadas zigzagueaban sobre el papel.

Me imaginaba a Próspero entonces deslizándose desde su escondite por última vez, bajando a su amado mar y a la disolución final.

Dejé a Gerry que siguiera descifrando el documento a la luz de la antorcha mientras yo seguía explorando. Más allá de la celda había un túnel que conducía a una gran caverna. Y allí estaba la nave espacial.

Por lo que yo recordaba, ni siquiera a Madden y Brewster se les había permitido verla. El viejo Cornelius la había visto hacía mucho tiempo como una bola de fuego blanco en algún estadio de su transición materia-energía. Pero casi con toda seguridad yo era el primer ser humano que la veía en reposo.

No era nada impresionante. Solamente una esfera de color de hierro, con el aspecto sombrío y sólido de una bala de cañón. Me han contado que las bombas atómicas de pasados tiempos tenían también un aspecto sombrío y sólido.

Di la vuelta al otro lado y vi que estaba muy lejos de ser sólido. Había abierta una puerta de gran tamaño y tenía una rampa para subir. El casco era de una increíble delgadez; la cosa era poco más que una burbuja rígida. Próspero la había utilizado como nave individual, pero él era un gigante. Había sitio en ella para media docena de hombrecillos como yo.

Paseé mi antorcha sobre los extraños mandos. Esto es, pensé. Esto es lo que vine a buscar aquí, Esto, si sus secretos pudieran ser descubiertos, sería mi instrumento para rastrear a Drahk por donde quiera que pudiese estar en el amplio universo.

El odio y la angustia retornaban. Me puse emocionado y melodramático.

Dije en fiero susurro:

—Tomo posesión de esta nave y la llamo *Revenge.*

Fríamente ahora, veo los lazos subconscientes de asociación. *La Revenge* era el barquito en que sir Francis Drake luchó contra la inmensa Armada invasora. Drake fue el primer inglés que atravesó el estrecho de mi nombre. Drake y Drahk...

Pero en aquellos momentos de lo único que yo me daba cuenta era de mi ansia ardiente de venganza. Y me parecía que ésta se hallaba a la vista.

Todo un decenio más tarde me encontraba yo en el mismo lugar y todavía la *Revenge* no había zarpado. No se había movido un milímetro.

Yo había aprendido que la investigación científica está engranada a un ritmo más lento que el melodrama. Peter Butler me proporcionó la perspectiva exacta. Después de interminables demoras irritantes, pude ponerme en contacto con él desde Merthavin tras una docena de zumbadores cambios de visáfonos —la imagen era turbia y oscilante—, y le dije que olvidase Uvova por algún tiempo y viniese a desentrañar el misterio de la nave espacial.

Se la describí y le leí trozos del manual de Próspero que para mí eran ininteligibles.

Llegó por fin a Merthavin con todo un equipo de científicos teóricos y prácticos, encabezados por Gilbert Nunn, el mejor investigador del país; físico atómico, matemático, cibernético, ingeniero y cobarde. Pasaron tres días revisando las cosas y luego Peter me vino con el informe general.

—Bueno —dije—, ¿cuándo zarpamos?

—La cosa puede tardar de cinco a diez años. Tal vez más.

—No hablarás en serio, ¿verdad?

—Mira, Charles. Falta la mitad de las instrucciones, y no se trata de un juguete de niños. Es infinitamente más complicado que Uvova, pero la diferencia verdadera consiste en que sabemos las leyes por las que trabaja Uvova, pero apenas sabemos una palabra de las leyes que gobiernan a este chisme. Tenemos que probar un nuevo campo de la Física antes de poder escribir la otra mitad del libro.

Me sentí como un coche de carrera lanzado a toda velocidad y que de pronto pierde sus engranajes. Era una sensación enfermiza de anticlimax.

Peter hojeó las páginas del informe.

—Yo no soy más que un científico aficionado, así es que sólo como tal puedo interpretar esto...

Traté de atender a lo que él estaba diciendo. Parecía ser que desde hacía *ya* bastante tiempo (aunque no por mí) que los electrones, diminutos nudos de energía, saltaban algunas veces de una órbita a otra sin emplear ningún tiempo mensurable en el recorrido. Era como si un electrón se desanudara, y la energía pasase por una dimensión sin tiempo y volviera a formarse en el mismo modelo electrónico en prácticamente el mismo instante en una órbita completamente distinta.

En cierto modo, la nave de Próspero y todo su contenido podía transformarse en energía pura, fluir a través de la dimensión sin tiempo y volverse a formar en algún punto diferente en el *continuum* espacio-tiempo. En realidad, en cualquier punto. La distancia no importaba lo más mínimo en esta dimensión, y el tiempo, desde luego, no existía.

Próspero había sostenido que su ciencia era superior a la de los Nakinos. La pretensión parecía ser correcta.

Cuando Peter acabó, dije:

—¿Me equivoco si supongo que sólo es necesario elegir el punto en el espacio al que uno desea llegar, colocar previamente de conformidad los mandos de navegación, apretar un botón y entonces ya se está, literalmente, en el no tiempo?

—En efecto, sí. Pero...

—Entonces, ¿por qué diablos no se fue Próspero a morir a su hogar? Él decía que había venido a morir aquí porque ya no le quedaba tiempo para volver a su planeta nativo. Sin embargo, tú estás diciendo que su nave podría haberlo situado en su casa en nada de tiempo.

—Yo no dije eso, Charles. Pero eso podría haber pasado así. Si él hubiese sido capaz de determinar la posición de su planeta nativo en el flujo del cosmos en expansión. Tú tienes que poner unas cifras determinadas en las esferas de navegación, debes tener alguna idea de la distancia y la dirección. En las distancias estelares, un pequeño error en la dirección puede hacerte llegar a millones o incluso a billones de millas de distancia de tu meta. Quedarías irremediablemente extraviado. Lo mismo que al cruzar un río dando saltos sobre témpanos en movimiento, tienes que hacerlo por etapas cortas, parándote para calcular cada salto. Próspero estaba a 95.000 años luz de su hogar. Había llegado aquí siguiendo una ruta caprichosa de vagabundo. Para regresar, habría necesitado preparar sil derrotero etapa por etapa, parándose cada tantos o cuantos años luz para tomar nuevas marcaciones. La galaxia contiene más de cien mil millones de estrellas. Tendría que haberse parado centenares de veces. Tenía razón; no había tiempo.

Yo guardaba silencio, aceptando el hecho que había comprendido desde el primer momento y que no me había atrevido a afrontar. Mis esperanzas de localizar a Drahk eran infinitesimales.

Luego, dije:

—Nunn es el mejor, ¿no?

—El mejor.

—Entonces, quiero que estés constantemente encima de él con un látigo hasta que pueda entregarme un manual que incluso yo pueda entender del funcionamiento de la nave. Apretar el botón A, contar hasta cinco, apretar el botón B... una cosa así.

—Está bien, Charles. Uvova va a sernos de una utilidad inmensa, pero aun así, cinco, diez, incluso quince años no hay quien nos los quite.

—Esperaré —dije, ceñudamente.

Como ya he dicho, la cosa necesitó diez años. Los llené lo mejor que pude con mi propia clase de trabajo, ayudando a 'organizar la sociedad celular.

Incluso en un decenio, esas células suministraron las semillas de nuevas culturas. La necesidad nos había impuesto un modo de vida prometedor de variedad infinita. En su propia célula, un hombre se sentía, y podía' ser, significativo. Antiguamente, era un hombre sin rostro, sin nombre, en la multitud del mundo.

La comunicación entre las células seguía siendo posible, pero uno tenía que hacer un esfuerzo; la única barrera era la propia pereza. El viajar podía ser un ejercicio saludable, una ayuda para el *mens sana in corpore sano*. En nuestro pequeño país, la gente volvía a descubrir que tenía pies para andar

o pedalear. En países mayores, había más transporte público, pero todavía limitado y desconectado.

La paciencia más el esfuerzo era el precio que había que pagar para inmunizarse contra una infiltración Nakina.

Pero la paciencia no fue nunca una de mis virtudes. A medida que pasaban los años, empezaba a sentirme tan fuera de mi elemento en este mundo de ordenado desorden como se sentiría cualquier Nakino, aunque por motivos muy diferentes.

En un mundo de vivir y dejar vivir, yo no tenía ninguna oposición, no tenía a nadie contra quien luchar. Y estaba anhelando la lucha. Ni siquiera tenía una mujer con la que discutir. Ninguna podía ocupar el sitio de Sarah en mi corazón.

Cada mañana me despertaba esperando que este sería el día en que Drahk descendería a buscarme y que aquella cuestión aplazada se resolvería de una manera o de otra. Pero la escala del tiempo Nakino no era la escala mía. Para Dahk mañana podría significar dentro de cien años. Yo podía morirme antes de que él llegase.

Yo pasaba más y más tiempo en la isla de Moble. Si hubiese tenido una mente científica, la cosa me habría parecido excitante. La investigación era mayormente teórica, y lo meramente práctico era casi siempre aburrido; el ajuste de las esferas y la comprobación instrumental de los circuitos. Nada visualmente estimulante.

Con todo no había día sin que se realizaran progresos.

Peter Butler tenía que repartir su tiempo entre Cornualles y Hampstead, recogiendo datos y llevándoselos para alimentar a Uvova. Hice en su caso una excepción y le dejé disponer de un helicóptero rápido. En las temporadas en que los nuevos datos escaseaban, Peter continuaba su propia investigación en los multiformes usos de Uvova. Recuerdo su júbilo cuando descubrió que podría usarse como máquina de traducir. Este aspecto de sus actividades iba a resultar mucho más útil para mis propósitos que lo que ninguno de los dos pudiéramos haber previsto.

Un día del año décimo, Gerry y yo estábamos sentados en la playa arrojando letárgicamente piedras al mar cuando Peter vino a buscarnos. Se le veía que procuraba no darse prisa ni delatar su excitación.

—Acabamos de conseguir la última respuesta, Charles.

Sentí que me volvía la vida.

—¿Quieres decir que sabes cómo manejar la nave?

—Sí. Las respuestas son tan simples como el BCA.

—Querrás decir el ABC, ¿no, muchacho? —preguntó Gerry.

—No. Serían tan simples como el ABC si supiéramos la secuencia

correcta.

—Que no la tenéis todavía, claro.

Mi esperanza empezaba a disolverse.

—Todavía no, Charles, pero la tendremos. De esta manera. Supongamos que no sabemos nada de coches y estamos tratando de descubrir cómo hacer funcionar a tu viejo Rolls. Hemos aprendido que la combustión de gasolina en una cámara cerrada es la fuerza impulsora. Lo que tenemos que descubrir ahora es el Ciclo Otto, la secuencia de impulsos. Una vez que hayamos conseguido eso, lo demás, el sistema de transmisión y el uso de engranajes, acelerador, embrague, frenos, etc., requiere sólo una deducción rectilínea, ayudados por el manual de Próspero, es decir, por lo que tenemos de él.

»El próximo paso a dar es tratar de suministrarle a Uvova las cuestiones con el orden debido. Cuando lo consigamos, obtendremos las respuestas en la secuencia correcta. ABCDEF en lugar de BCADE. Eso no exigirá mucho tiempo. Todo el verdadero trabajo de mico está terminado, gracias al viejo Nunn. Me lo llevo a Londres esta tarde. Los dos juntos nos pondremos a alimentar a Uvova hasta que el chisme se hinche tanto que vomite tu manual, Charles.

—Estupendo —dije.

—No podrás persuadir nunca a Nunn a que suba a tu relicóptero, Pete —dijo Gerry—. Le da un miedo pánico de las alturas. También de las profundidades, de las anchuras y de las longitudes.

—Cuando la mente verdaderamente científica está entusiasmada con un rastro, no conoce el miedo —sonrió Peter.

—Tú no conoces a Nunn —dijo Gerry secamente.

Poco después de que Peter se hubiese alejado, Nunn, un hombre bajito y viejo que siempre parecía estar tratando de aparentar ser más viejo y más bajo de lo que realmente era, cruzó la arena penosamente para acercarse a nosotros.

—Señor Magellan, me temo que no me siento muy bien. El estómago me ha estado molestando estos últimos tiempos, así es que...

—No necesita usted decirme nada — dije con tono de simpatía —. He estado viendo cómo se ha esforzado usted para poder terminar su trabajo. Créame, le estoy muy agradecido. Así es que voy a mandarlo al mejor especialista de estómago que hay en Londres, Bob Norris. Es amigo mío personal. Haré que vaya a esperarle a su llegada en el helicóptero, Butler lo, llevará, desde luego, de forma que no habrá demora alguna. No quiero inquietarlo a usted, pero muy bien podría: ser un caso agudo de apendicitis...

—¡Oh, no, no creo que sea tan grave, señor Magellan!

—Quizá no, pero no podemos permitirnos correr riesgos con la edad que usted tiene, Nunn —dije cariñosamente—. Esté preparado para salir a las dos. Llévese un cepillo de dientes. No se preocupe, Bob Norris le cortará el apéndice o lo que quiera que sea, sin que usted se dé cuenta siquiera de que lo

está rajando.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Nunn lastimeramente.

Se despidió de nosotros ondeando el brazo y se alejó luego renqueando, engurruñido y muy, muy viejo.

—Eres un maldito sádico, Charles.

—Y un maldito mentiroso, Gerry. La verdad es que no tenemos mucha diversión estos días.

Naturalmente, Nunn tuvo que montarse en el helicóptero con Peter, y una semana después recibí una llamada por visáfono.

—Lo hemos conseguido, tenemos la secuencia —dijo la imagen triunfante pero borrosa de Pete—. Concédenos otro par de días para redactar el manual, y entonces...

No oí el resto porque Gerry vociferó por la puerta abierta de la cabaña:

—¡Charles, un platillo volante viene en esta dirección!

Salí lanzado a la luz del sol. El mar estaba casi tan azul como el cielo, y el único puntito de plata en el fondo todo azul atraía las miradas inmediatamente. Estaba viajando alto y rápido, procedente del Atlántico.

—¿Estás seguro de que es un platillo?

—Es un platillo de tipo Nakino, no cabe la menor duda —dijo Gerry.

Él tenía unos ojos mucho más agudos que los míos, y confié en ellos.

—Drahk —dije, y aunque había anhelado aquel momento, el repeluzno que pasó por mis nervios tenía mucho de glacial.

—¡Demonios!, y no tenemos en toda la isla ni una sola pistola —dijo Gerry—. Esta vez nos ha pillado en calzoncillos.

Mirábamos cómo el silencioso platillo se acercaba.

De pronto, dije:

—Está cambiando ligeramente de rumbo. Se aleja de nosotros. Se dirige más bien hacia el norte.

—Puede ser una finta, muchacho, mejor es que no lo perdamos de vista.

Así lo hicimos hasta que vimos que definitivamente se separaba de nosotros y se internaba sobre tierra firme, subiendo el largo pie de Inglaterra.

—Cree que estoy en Londres —dije, y volví corriendo a la cabaña.

Peter estaba todavía al visáfono.

—¿Qué demonios pasa por ahí, Charles?

Se lo conté rápidamente y añadí:

—Haz que la gente del radar lo vigilen. Infórmame en seguida con lo que haya.

Habíamos conservado una modesta red de radar alrededor de Londres previniéndonos contra la amenaza de un retorno de Drahk.

—Ahora mismo —dijo Peter, y desapareció.

—En realidad —dijo Gerry—, pensándolo mejor, es una ventaja estar aquí. La energía eléctrica funciona ya y podemos levantar contra el platillo el escudo de fuerza de Próspero. Pero seguramente no ha venido solo. Me imagino que debe de ser un explorador solitario que viene a la cabeza de toda

una flota. Probablemente no está ni siquiera tripulado, sino que se limita a transmitir informes a retaguardia.

—No nos queda más que esperar y ver.

No tuvimos que esperar mucho tiempo. Peter volvió jadeante al visáfono.

—El platillo se ha estrellado en el gran parque de Windsor. Un aterrizaje forzoso. Ha chocado con el mayor árbol del parque. He mandado a algunos agentes a investigar. Vuelvo en seguida.

Gerry y yo nos miramos.

—Eso —dije— no parece muy propio de Drahk.

—Era un platillo Nakino; lo juraría.

—Esperemos el próximo informe antes de hacer suposiciones.

Finalmente, Peter volvió.

—Es casi seguro que se trata de un platillo Nakino. Sólo un ocupante. Lo han cogido vivo y me lo traen para acá. Dicen que es un hombre blanco, pero muy extraño y evidentemente de otro planeta. Está un poco arañado y conmocionado, eso es todo. ¿Qué vas a hacer?

—Por ahora, nada — contesté.

—¡Ah, se me olvidaba decírtelo, está preguntando por ti, a lo menos, repite tu nombre! Pero no sabe hablar inglés. Volveré en seguida.

Peter desapareció de nuevo.

Dije:

—No sé si Peter está tratando deliberadamente de confundirme, pero una cosa es segura: me siento confundido.

—La cosa es cada vez más curiosa —dijo Gerry, y me alargó un cigarrillo—. Fuma, mientras tanto.

CAPÍTULO X

Esta vez la espera fue tan larga que temí que se hubiesen estropeado las inseguras comunicaciones. Cuando la pantalla' cobró nueva vida enmarcó dos rostros. Uno era el de Peter. El otro estaba tan distorsionado que, momentáneamente, pensé que había una interferencia en la línea.

Era como una cara de cera que empezase a derretirse y deshacerse. Cada rasgo se desvanecía, particularmente la nariz, parecida a la de un tapir. Había: una piel gris sobre el cráneo que supuse que era una gorra y luego resultó que no lo era. Las cejas se limitaban a salientes sin pelos. Los ojos eran rojos como una luz de tráfico: uno de ellos estaba rodeado por una magulladura negra. El resto de la cara era de un blanco de harina.

El ser pronunciaba una sola palabra: una palabra larga, llena de chirridos.

—Es su nombre —nos explicó Peter—. Pero nosotros lo llamamos George.

—Magellanic —dijo George.

—Ese es tu nombre —dijo Peter.

—¿Estás seguro? —pregunté, dudoso—. Puede referirse a la nube Magellanic: una nebulosa. Quizá viene de esas partes.

—No, Charles, el sonido procede de su glotis. El sufijo *ic* aparece en su idioma a cada momento. No te confundas; está completamente sobrio. Aunque no creo que sea muy brillante. Está un poco loco.

—¿Tienes alguna idea de para qué ha venido o de dónde?

—No. Como te dije, no comprende inglés. No hace más que apuntar al cielo y repetir tu nombre. Tal vez está tratando de advertirnos que los Nakinos vuelven.

—Pero, ¿cómo diablos se ha enterado de mi nombre?

Peter se encogió de hombros.

—Parece como si hubiese tenido algún contacto con los Nakinos.

—En ese caso —dije—, es completamente necesario que comprendamos lo que está diciendo.

—Magellanic —dijo George urgentemente, mirándome muy fijo con sus brillantes ojos de rubí.

Una enorme mano, que parecía tener demasiados dedos, pasó turbiamente por la pantalla.

—Otra vez está apuntando al cielo —dijo Peter pensativo, y luego añadió de repente—: Déjame quedarme con él unos días, Charles. Te garantizo que aprenderé lo bastante de su jerga para poder entenderlo. Puede conseguirse por medio de Uvova.

—¿Pero cuándo se va a terminar entonces el manual?

—Nunn puede encargarse de eso. Siempre me quedará tiempo para ayudarlo un poco.

—Está bien, pero date prisa. Estoy cansado de tascar el freno aquí.

—Mag... —empezó George, pero Peter desconectó inmediatamente.

—George parece ser un hombre de pocas palabras —comentó Gerry —.No creo que Peter tarde mucho en aprenderlas.

En efecto, no tardó mucho tiempo, pero como esto del tiempo es una cosa relativa, los días siguientes me parecieron interminables. Gerry y yo casi gastamos una baraja de cartas. Y cuando no jugábamos yo me pasaba horas enteras mirando el casco mate de *La Revenge,* deseando puerilmente que pudiese llevarme a través del tiempo como del espacio... que suprimiese el tiempo para volver junto a ella.

Irracionalmente, yo había llegado a considerar al tiempo como a un enemigo. Si él hubiese estado a mi lado, yo habría podido salvar a Sarah. Aquel pedacito suyo que se interpuso entre nosotros nos había separado para toda la eternidad.

Anhelaba perderme en una acción de índole tal que pudiera lanzarme sobre el rastro de Drahk.

Entonces, un día Peter me visafonó y me puso medio loco de esperanzas.

Dijo:

—Tengo la mayor parte de la historia de George. Es toda una historia:, así es que ahora cojo el helicóptero y te lo llevo. El manual está terminado. Te lo llevaré también. George sabe dónde está Drahk, Charles, y se pone de nuestra parte contra él y los Nakinos. Si logramos que la nave funcione, nos guiará hasta donde está Drahk.

Por un momento no pude hablar.

—Esperaré.

El helicóptero traía una carga completa cuando llegó: Peter, Nunn y George. Nunn fue el primero en salir, con la cara verde. Me alargó un grueso librito de notas y fue tambaleándose al retrete. Volar, o el miedo que eso le causaba, lo ponía siempre literalmente enfermo.

Luego, Peter salió y trató de darle a George una mano de ayuda para descender por la corta escala. George la desdeñó y saltó. Cuando tomó tierra, sus largas piernas se curvaron casi en semicírculo para amortiguar el choque. Pareció unos momentos un compás de calibre. Sus brazos y piernas carecían de junturas, flexibles como trozos de una manguera de caucho. Era de una comicidad grotesca. Su cara blanca, aquel ojo negro y aquella piel peluda me producían la impresión de un panda. Lo único prosaico en él era el traje negro de una pieza.

Su paso, al acercarse a mí, era un indescriptible balanceo vigoroso.

Agarró mi temerosa mano, envolviéndola con siete u ocho tentáculos parecidos a dedos. Eran fríos como la nieve y procuré no estremecerme. Sus ojos rojizos ardían dentro de los míos.

—Magellanic, me alegric muchic de conocertic.

Tenía una voz gruesa, pastosa, pero aparte de las involuntarias añadiduras la pronunciación era buena.

—¿ Habla usted ahora nuestra lengua? —pregunté.

—Sí, muy bienic.

—¿Dónde está Drahk?

George apuntó un largo dedo al cielo, cerca del cénit.

—Vathic.

Peter explicó:

—Ese es el planeta nativo de George, en el sistema alrededor de Alfa Centauro y Próxima. Parece que cuando la flota Nakina que se dirigía a la Tierra se enteró por Drahk de que nos habíamos levantado en armas contra ellos, cambiaron de rumbo y se dirigieron a Vathic. Así es que somos responsables de que el pueblo de George haya sido engolfado por los Nakinos. George pudo escapar porque es un hombre ,de espíritu privilegiado.

—Mi whisky es buenic —comentó George.

Fruncí las cejas mirando a Pete con extrañeza.

—Whisky quiere decir espíritu —explicó él—. Me temo que tendrás que acostumbrarte a equivocaciones de ese tipo. Ha sido una enseñanza burda. Seguimos el procedimiento usual de señalar a' las cosas con nombres y realizar las acciones de los verbos, diciendo las palabras apropiadas. Luego, grabé las palabras vathicas y sus equivalencias inglesas, y alimenté con ellas a Uvova. Cuando yo hablaba inglés básico en un dictado, Uvova se encargaba de buscar las secciones correspondientes de las cintas repitiéndolas por un altavoz. Así pudimos sostener conversaciones por conducto de Uvova y hasta aprender de memoria bastantes palabras.

—Me parece muy bien —dijo Gerry—. Pero, por lo visto, George se ha aprendido de memoria las palabras equivocadas.

—No es culpa suya —dijo Peter—. Un cerebro electrónico no sabe distinguir entre «cubo» cacharro o «cubo» hexaedro o «cubo» potencia. Una palabra como «ante» puede ser traducida por «frente» en lugar de piel, o «palma» puede ser traducida por «mano» en lugar de «palmera». Y así sucesivamente.

—Ya comprendo —dije—. Bueno, eso servirá para regocijarnos. Pero quizá sea mejor que escuchemos la historia de George tomando una copa de espíritu.

Nos sentamos en mi cabaña y saqué la botella.

—Te lo contaré yo —dijo Peter—. El inglés de George podría confundirte.

Medio vació su vaso y empezó. Dijo que el planeta Vathic giraba sobre su eje en el mismo tiempo que alrededor de su sol. Por tanto, una cara estaba vuelta perpetuamente hacia su sol, y la otra siempre en la sombra. George describía las caras como «la luz y el misterio», otro ejemplo de confusión semántica.

Esta división planetaria había engendrado dos razas distintas: los moradores solares o Namios y el pueblo de las sombras o Dánicos. George era un

Dánico, como su piel blanca, carente de luz del sol, lo demostraba. Los Namios eran gente de una morenez dorada, más altos y de contextura más rígida.

Da frontera crepuscular se aceptaba tanto como división social que como división natural. Si un Namio la cruzaba para penetrar en territorio Dánico, lo mataban. Y viceversa. Da paz se había mantenido durante siglos observando estrictamente la regla de que la frontera era inviolable.

George, sentado de una manera informe en un diván, dijo:

—Es mejoric de esic maneric. No cruzandic la línea divisoric unic a unic, no la cruzamic muchic.

Miré a Peter.

—¡Traduce, por Dios!

—Quiere decir que si no cruzamos la frontera uno a' uno, no la cruzaremos en masas o ejércitos. Un aislacionismo exagerado, pero que tiene sus ventajas. O que las tenía, hasta que llegaron los Nakinos. Estos ocuparon el sitio soleado de los Namios, sometiendo a éstos por hipnosis masiva, según su técnica usual. Dos Namios están científicamente muy adelantados, bastante más que los Dánicos, que se hallan en desventajosas condiciones. El mundo de los primeros es cálido, cómodo y automatizado. Justamente lo que los Nakinos necesitan, ya que la mitad Dánica, fría, a oscuras y sólo automatizada en parte, les resulta inútil.

—Medio mundo es mejor que ninguno —dije—. Pero, ¿no temen superpoblado siguiendo allí los Namios?

—En ese punto —dijo Peter— Drahk recuperó el prestigio que había perdido por su derrota frente a nosotros. Al parecer, estuvo algún tiempo en cuarentena. Llegó con la idea de deportar a todos los Namios a la zona Dánica. Cada raza está ya más o menos condicionada para matar a los miembros de la otra nada más verlos. A los Namios les ha sido reforzada esta idea fija por medio de la sugestión hipnótica. Los Dánicos tendrán que luchar para defenderse. De esta forma, las razas sobrantes se exterminarán en un campo de batalla que los Nakinos tienen intención de utilizar. Esa es la bonita solución de Drahk.

Gerry preguntó astutamente:

—¿Cómo ha podido George enterarse de todo eso? No concibo que los Nakinos le hayan hecho confidencias.

—Fue de esta manera —explicó Peter—. Hace poco, los Dánicos pusieron un satélite en órbita alrededor de Vathic, un inmenso espejo con viviendas adheridas para el personal de mantenimiento. El tiempo orbital es de veinte horas, así es que diez horas de cada veinte la región Dánica tenía una luna artificial. Les proporcionaba sólo una luz general débil, pero servía.

—Para nosotros, es muchic luz de lunic —comentó George con

seriedad.

—Quiere decir que es una luz de luna muy brillante para los ojos Dánicos, aunque a los nuestros parecería débil. George era un técnico en aquel satélite. Drahk lo atacó con un platillo volante, lo capturó y se apoderó de él. Por aquel entonces, Drahk estaba todavía en cuarentena y le habían encomendado la misión que no quería ningún otro Nakino: la de investigar las condiciones de vida en la parte fría y oscura de Vathic. El cumplió el encargo a base de sacarle información a George, e hizo que éste lo llevase en el platillo a algunos de los centros más importantes.

»Cuando Drahk regresó a la zona Namia para entregar su informe, se llevó consigo a George. Los Nakinos hablaban muy poco vathico. George había aprendido ya los rudimentos del nakino, y era útil como intérprete. Por aquel entonces, Drahk no había concebido todavía la idea con la que habría de rehabilitarse y seguía' siendo un apestado social. No tenía a nadie con quien desahogarse más que con George, y algunas veces daba rienda suelta a la lengua, hablando de la Tierra y de cómo és estaba ahora en posición desairada porque sus planes habían sido deshechos por un dirigente terráqueo llamado Magellan.

»Pero cuando se le ocurrió su gran idea y fue nombrado otra vez jefe de los Nakinos, siguió yéndose de la lengua demasiado a menudo. Se jactaba ante George de la manera cómo había recuperado su alto puesto. Y explicaba el por qué. Hasta entonces, George no se había dado cuenta de lo implacables que podían ser los Nakinos. Aquel genocidio a sangre fría lo horrorizó.

»En momentos de relajación, Drahk le había dado lecciones de cómo manejar el platillo volante, tal vez con la idea de conservar a George como piloto de reserva. George era un buen técnico y su puesto en la estación espacial le había hecho aprender mucha astronomía. Un día, estando solo en la cabina del piloto, encontró cartas de navegación en las que estaba marcado el derrotero a la Tierra desde Alfa Centauro. Había también mapas de la Tierra, incluyendo uno de Inglaterra con Londres dentro de un anillo: Londres, donde vivía el jefe terráqueo Magellan.

»Decidió escapar a Tierra y pedirle al poderoso Magellan que fuese a aplastar a los Nakinos nuevamente y tal vez a salvar a los Dánicos de una extinción total. Preparó una reserva de comida, esperó una oportunidad, se presentó ésta y la aprovechó. La velocidad máxima del platillo era casi la de la luz. El viaje le ocupó cuatro años y medio aunque a él no le pareció tan largo a causa del efecto de la relatividad. De una manera muy típica de George, la cosa acabó grotescamente; calculó mal la altura del platillo y chocó con un árbol. Fin del platillo. Podría haber sido también el fin de George si hubiese tenido huesos que romperse. Escapó con un ojo morado.

—Una herida honorable —dije, y reuní valor para alcanzar la mano helada y fláccida de Geor- ge—. Sí, volveré contigo a Vathic, George. Castigaré a Drahk, te lo prometo. Más tarde, a todos los Nakinos. Pero todavía no puedo llevar un ejército a Vathic, porque no tengo más que una nave.

—Tú mataric Dralikic —dijo George.

Asentí.

—Me alegro de que pensemos de la misma manera.

Saqué del bolsillo el manual libro de notas y me puse a estudiarlo.

Al fin, dije:

—Esto parece bastante claro. No veo por qué no hemos de salir para Vathic ahora mismo. Con un poco de suerte, podemos estar de regreso hoy. El viaje de ida y vuelta es nueve años en platillo, pero ningún tiempo en absoluto con *La Revenge.*

Peter frunció el ceño.

—¿No es eso como tirarse desde una borda de diez metros antes de haber aprendido a nadar?

—Sí —dije—. Así fue exactamente cómo aprendí a nadar.

—¡Oh!

Peter se quedó cortado. Luego dijo, titubeando:

—Pensaba que tal vez nos conviniera hacer antes un viajecito de prueba a la Luna o, pongamos por caso, a Venus. El margen de error aumenta con la distancia.

—No veo que unos viajecillos dentro del sistema solar puedan ser más que una pérdida de tiempo —dije—. Salga lo que salga, el viaje a Alfa Centauro será un animoso salto de fe. Es buena cosa para empezar.

Peter se encogió de hombros. Gerry, precavido, preguntó:

—¿Cómo sabemos que la atmósfera de Vathic es respirable?

—No puede ser muy diferente de la atmósfera de la Tierra —dije—, o de lo contrario aquí Geor- ge las estaría pasando muy mal. Si él ha podido resistir el cambio de atmósfera, también podremos nosotros. —Y añadí con irritación—: Mirad, lo único que quiero es ver a Drahk unos minutos. Con eso me bastará.

—Comprendo tu impaciencia, Charles —dijo Peter—, pero no conviene dejarnos llevar por el primer impulso; podemos olvidar cosas importantes. ¿Qué me dices, por ejemplo, de las armas? ¿Crees realmente que se te va a presentar una oportunidad para estar tan cerca de Drahk que puedas estrangularlo con las manos?

Me había olvidado de que en la isla no había ni una sola pistola. Me mordí, indeciso, la uña del pulgar.

—Está bien —dijo Peter con un suspiro—. Te diré que ya: se me ha ocurrido traerme de la ciudad unas cuantas pistolas agujas. Están en el helicóptero. Las...

—Drahkic vive solic en casic —interrumpió George—. Es facilic llegar hastie elic. Yo te guiaric.

—¡Oh, vosotros, hombres de poca fe! —dije—. Ya lo veis, es lo más sencillo del mundo. Drahk solo en una casa, sin esperar la menor molestia. Nosotros nos materializamos llegando de ninguna parte. Cuatro de nosotros armados contra un patito que no puede levantar el vuelo. La verdad es que no

creo que sea muy deportivo.

Gerry hizo una mueca.

—Está bien, démosle una oportunidad.

Peter sonrió torcidamente.

—Charles Magellan, serías capaz de hacer que un cadáver firmase una póliza de seguro de vida. Pero, ¿no has pensado que habiendo pasado más de cuatro años lo más probable es que Drahk no siga viviendo en la misma casa? Está bien, está bien, lo diré por ti : la única manera de averiguarlo es ir y ver.

Encontrar a Nunn para que se encargara de la tarea: de hacer los cálculos necesarios para la colocación de las agujas en el viaje inicial fue como tratar de apoderarse de un globo de agua en estado de caída libre. El confiaba en su propia obra escrita. Cuando había que dar el paso de la teoría a la práctica, se convertía en un montón de gelatina temblando de duda. De una cosa, sin embargo, estaba persuadido; cuando yo apretase el botón de salida no quería estar al alcance de una posible explosión atómica. Dijo:

—Tendré que comprobar los cálculos astronómicos con el observatorio. Puedo coger el tren de la noche...

—Puede usted comprobarlos con los del observatorio por visáfono —interrumpí.

Su mirada se desvió hacia una gaviota que pasaba: rozando la ventana. Quizá le envidiaba las alas.

—La Asociación Astronómica Británica debería ser consultada para...

—También se puede hacer por visáfono.

Se resignó. Y, sin embargo, se salió con la suya. Me pasé toda una tarde estudiando el manual y los mandos. Luego salí de la cueva para respirar un poco. El sol se estaba poniendo de un rosa turbio sobre el Atlántico, y Peter se acercaba con las cifras definitivas.

—Ya está, las he comprobado todas —dijo—. No me costará mucho tiempo fijarlas en las esferas.

—Pero, yo creí que Nunn...

—Se ha largado a tierra firme. Su hijo ha caído enfermo en Bristol.

—No sabía que estuviese casado.

—Ni lo sabía nadie —dijo Peter con una risita.

—Y menos que nadie, su esposa —repliqué por encima del hombro, volviéndome para esperar a Gerry y a George.

Peter estaba metido en faena dentro de la nave cuando volví con ellos. La nave estaba iluminada por dentro y parecía acogedora y coquetona en la enorme y desnuda caverna.

Gerry alzó la mirada al techo de roca y dijo:

—Veinticinco billones de millas. ¡Uf! No es que me importe mucho. Son los primeros treinta metros los que me preocupan. Suponiendo que nos materializáramos en ese corto proyecto, ¿qué iba a pasar?

—Entonces hasta el viejo Nunn oiría el estampido —dije haciendo una broma que regocijó a Gerry pero no a mí.

El humor macabro no había sido nunca mi fuerte.

—Todo listo —dijo Peter.

Subimos por la rampa. Una vez dentro, fui siguiendo las indicaciones del manual paso a paso, y la rampa se convirtió dócilmente en una puerta que nos dejó cerrados en la' caja del rompecabezas.

Una caja de rompecabezas era. Estábamos rodeados de misterios. Por ejemplo, uno de los artilugios de seguridad era un altímetro que aseguraba que la nave no rebasaba un límite de diez kilómetros al aproximarse al planeta de destino. Uno estaba seguro por lo menos de ese amplio margen de seguridad, aliviado así de visiones de la nave tratando de materializarse bajo una corteza planetaria.

El hecho de cómo aquel altímetro podía funcionar a pesar de existir, también él, solamente como energía, me desconcertaba totalmente. Me sentía como un mono que tratase de resolver las contradicciones imposibles de las guías de ondas. Pero como hombre moderno, que quisiese tener una visión del finito, infinito, limitado, ilimitado universo.

El amplio diván era lo suficientemente espacioso para el gigante Próspero, pero para nosotros cuatro resultaba un tanto reducido. Me senté en el pico frente al tablero de mandos y revisé las pantallas de televisión que nos mostraban la caverna que nos rodeaba.

Luego di el segundo paso...

El paso diecisiete era apretar el botón de partida.

Hice una larga inspiración y apreté.

No hubo la menor sensación de movimiento. Sólo como si la televisión se hubiese conectado con otro canal, las pantallas nos mostraron inmediatamente otra escena. Un sol brillante nos iluminaba por uno de los costados. Por el otro, un planeta que parecía tener el tamaño de una nuez estaba colgado contra un fondo negro punteado de plata.

—Vathic —dijo George prontamente, señalándolo con un dedo como un látigo.

—Magnífico disparo —le dije a Peter con sensación de alivio.

—Malísimo —replicó muy pálido—. Estamos dentro de la órbita. Nunn y yo procuramos quedarnos fuera quinientas millas. ¡Señor!, es una cosa arriesgada. Un cálculo mucho peor nos habría dejado en la cromosfera de Centauro, y el altímetro no nos habría salvado de convertirnos en un chorro de vapor.

—No me vayas a poner nervioso ahora —dije—. Tengo que posarme aquí y he de tomar la dirección adecuada.

Pero esto de pilotar la nave en el espacio resultaba ser bastante simple en comparación con el programa de salida. *La Revenge* empezó a caer hacia Vathic como un ascensor bien lubrificado.

Y la soleada región de Nam parecía alzarse para salimos al paso. Claros dibujos iban apareciendo y aclarándose como muestras de una naturaleza colocada bajo un rígido control. A un kilómetro por encima del nivel del

suelo, coloqué la nave en movimiento horizontal.

Había un bosque verde tan cuidadosamente peinado como un seto de jardín. Las hectáreas de tierra de' parque estaban planchadas con una lisura propia de un enorme traje verde. Un lago perfectamente circular reflejaba el círculo del sol. Todos los filos ásperos de la naturaleza habían sido limados. Todo aquello era demasiado formalista para mi gusto. Pero yo no era un Namio.

El horizonte era bastante más cercano que el de la Tierra. En cierto modo, tuve la impresión de que el territorio que había más allá se curvaba y bajaba con una brusquedad antinatural.

Comenté:

—A juzgar por el horizonte, un planeta más pequeño que Tierra.

George, después de estudiar las pantallas, dijo:

—No. Vathic ser como huevic. Hemos llegadic al clavic.

—No, no es más pequeño que Tierra. Vathic tiene la forma de un huevo. Hemos llegado a la punta, la punta del huevo. De aquí la apariencia tan rara del horizonte.

—¡Ah, conque esas tenemos! Bueno, ¿adónde vamos ahora, George?

Pero George se mostraba indeciso. Al parecer, el campo tenía un aspecto muy semejante en toda la región de Nam y por eso resultaba tan difícil orientarse. Finalmente, George escogió una dirección y maniobré en la nave para seguirla. Empezábamos todos a deslizamos sobre el diván como si éste se hubiera convertido en cristal. Yo me había ido ya dando cuenta vagamente de aquella disminución de fricción, pero mientras no me vi lanzado fuera del diván y traté de ponerme en pie, no comprendí la causa. Mis piernas iniciaron un ligero y suave rebote desde el suelo. Me levanté una o dos pulgadas y luego volví a sentarme.

—La gravedad aquí es bastante menor de la que estamos acostumbrados —dije—. No mucho menor, pero se nota.

—Mientras la gravedad de la cerveza no sea más débil por estos parajes, no me quejo.

Una ciudad Namiana se alzó en el aberrante horizonte. Era grande, y George la identificó.

—Fronden.

Indicó que debíamos pasarla de largo. Fa miramos mientras cruzábamos sobre ella. Otra vez demasiada precisión geomét; ica para mi gusto, una ciudad hecha con los bloques de construcción de un titán niño. Ni una sola calle intrigantemente serpenteante, ni una remontada aguja ni un estribo volante. Cuadrados, cubos, medias lunas haciendo juego, calles rectas como líneas a cordel, todo blanco y limpio como un cuarto de baño de azulejos.

Vehículos, implacablemente rectangulares, se movían por las calles como diminuías cajitas de color empujadas de un lado a otro. Los peatones eran escasos y de una pequeñez de insecto desde las alturas. ¿Namios?

¿Nakinos? ¿Unos y otros?

George miraba fijamente a Fronden, sus ojos rojizos brillando como ascuas en un horno. Por una vez, se las apañó para: pronunciar una frase casi correcta:

—¿No es una ciudad hermosísimic?

—¿Es aquí donde vive Drahk? —pregunté secamente.

Contestó que no, sino en la vecina Murges, otra ciudad que estaba a unos ochenta kilómetros. Cuando nos acercamos a ella, resultó ser tan gemela de Fronden, que me maravilló que George pudiera distinguir una de otra. Los dos hilos brillantes de un sistema de monorraíl enlazaban las ciudades, y George indicó la zona donde corrían como agujas al lado de Murges.

—Allí.

Puse proa allí con la nave, perdiendo altitud. En los alrededores de la ciudad había algunas pequeñas casas aisladas y colocadas con la regularidad de lápidas sepulcrales. George colocó la punta de un dedo blanco y serpentiforme sobre la pantalla y eligió uno de los edificios.

—Esta es la casa de Drahk.

Noté que mis dedos empezaban a temblar sobre los mandos, y traté de calmarme. Gerry se puso a silbar suavemente.

Posé *La Revenge,* lenta pero torpemente, tal vez a unos diez metros de la casa, y la emoción tanto tiempo contenida se puso a hervir en mí y barrió el pensamiento ordenado. Me recuerdo medio corriendo, medio deslizándome por la rampa, con la pistola aguja en la mano, lanzándome por la brillante hierba verde cuidadosamente recortada. Luego, la atmósfera, que llevaba olores extraños y polvorientos, me cogió por la garganta tan fieramente como yo deseaba coger la de Drahk. Me tambaleé y caí de rodillas, asfixiándome.

Oí cómo Pete y Gerry tosían ásperamente detrás de mí.

Luego el espasmo pasó casi tan repentinamente como había llegado. Cegado por las lágrimas y tosiendo me puse en pie y la cabeza se me despejó al momento. Avancé a zancadas grandes y fáciles, con la sensación del que cruza de trampolín en trampolín; era la gravedad más débil. La puerta de la casa tenía un color tan negro como el alma de Dahk. Le di un cruel puntapié y se abrió de par en par. Avancé lleno de loca furia como Romeo buscando a Teobaldo.

De habitación en habitación, iba yo rugiendo:

—¡Drahk ! ¡Drahk!

Y toda habitación estaba vacía y aquello me sacaba de quicio irrazonablemente, vacía de todo. No había ni un solo mueble. La casa no tenía inquilinos. Amargado por el desengaño, volví al vestíbulo central y me encontré allí con Peter y Gerry.

—Se ha mudado —dije sombríamente después de todo el sonido y la furia.

—Entonces, tendríamos... —empezó Peter, y fue interrumpido por el taque de la puerta principal al extremo del vestíbulo.

El sonido resonó secamente en las desnudas paredes.

Y era el caso que no había ni el más leve soplo de viento.

Pasé entre ellos apartándolos de un empellón y me lancé a la puerta. No tenía ni picaporte ni mirilla. Busqué sus junturas. Se me partieron las uñas. Pero la puerta estaba cerrada a piedra y lodo.

Volví despacio y me quedé mirando interrogativamente a los otros.

—No me huele esto nada bien —dijo Peter—. ¿Qué pasa ahí fuera?

Entró en una de las habitaciones que tenía una ventana desde la que se podía mirar la nave. Nos acercamos con él a la ventana. George estaba allí fuera, apoyado como un saco de caucho contra la rampa de la nave, clavada la mirada en el cielo azul y sin nubes. Golpeé en la ventana para llamarle la atención. Volvió la cabeza, nos vio y no movió ni siquiera un pegajoso dedo. Se mostraba absolutamente desinteresado.

Le hice señas y aullé:

—¡Ven y abre la puerta, odre Dánico! ¡Sácanos de aquí!

Sin cambiar de expresión, volvió a su contemplación del cielo.

—¡Maldito sea!

Inspeccionó la ventana. Estaba sólidamente encajada en su marco, no diseñada para que se la pudiese abrir. Golpeé el cristal con la culata de mi pistola aguja. Era tan duro como la clarplastina a prueba de' balas.

—O George se ha vuelto completamente loco, o está aleccionado para traicionarnos —dijo Peter lentamente.

Un platillo Nakino, cuya llegada era indudablemente lo que había estado esperando George, apareció y se posó al lado de *La Revenge.*

Peter suspiró:

—Esto pone fin a todo. Nunca más volveré a creer en una historia de casualidades afortunadas.

—Somos todos unos mamoncillos —dije amargamente—. Aquí viene Drahk.

Tres Nakinos, muy enfundados en sus ropas, salían del platillo. Drahk era el último. Se encaminaron hacia la casa, pasando junto a George sin dirigirle más que una mirada. El seguía con su expresión de absoluto desinterés. Dos de los Nakinos se desviaron un poco hacia el frente de la casa. Drahk se acercó directamente a nuestra ventana. Sus negros ojos vacíos no mostraban expresión alguna, ni siquiera la de triunfo. Después de diez años, tenía exactamente el mismo aspecto. Nos miró con fijeza a través de la ventana como si fuéramos peces en un acuario.

Sentí que me volvía loco por la mera imposibilidad de acercarme a él. Le volví la espalda y salí de la habitación.

—¡Míralo cómo-se relame, el muy cerdo! —oí que decía Gerry.

Busqué rápidamente por toda la casita, pero no había manera de salir. Llamé a Peter y a Gerry.

—Lo único que podemos hacer es lanzarnos contra ellos cuando abran la puerta.

Nos estacionamos en el vestíbulo. Pero nadie fue tan tonto como para abrir la puerta. Al poco rato, desde una media docena de puntos distribuidos en el interior de la casa, empezaron a salir nubes de gas de un vapor blanquecino.

—Me parece que nos hemos metido en una botella venenosa — dijo Peter, y la voz le tembló un poco.

—Siento haberos metido en este jaleo —dije.

Los dos trataron de contestarme, pero las nubes rodaron sobre nosotros, sumergiéndonos en una gran nube única que llenaba toda la casa. Traté de no respirar, pero pronto tuve que hacerlo. E inmediatamente la nube pareció oscurecerse en una negra nube de tormenta que apretaba asfixiantemente en torno de mí hasta que yo ya no podía ver, ni oír, ni pensar.

CAPÍTULO XI

Me desperté como de un largo sueño, bostecé, estiré los brazos y abrí los ojos en una habitación que nunca había visto antes. Luego, recordé.

—Buenos días, Charles —dijo Peter Butler, secamente, a mi izquierda.

—¿Te sientes bien, muchacho? —preguntó Gerry desde mi derecha.

Miré en ambas direcciones y vi que estábamos sentados en tres sillones de rectos respaldos. Frente a nosotros, al otro lado de una alfombra carmesí, había una mesa con una silla desocupada detrás de ella. Más allá, había una ventana larga como la misma habitación, que mostraba un panorama de una típica ciudad Nainia, de un cubismo rampante, con verdes pastos en un horizonte que parecía demasiado próximo. La habitación estaba tan caliente como un fumadero.

Tenía: la cabeza despejada, pero embotadas las piernas, y la garganta me dolió cuando dije:

—Veo que el tribunal está reunido, pero ¿estamos aquí para juzgar o para ser juzgados?

—Para ser juzgados —dijo Peter—. Drahk es el juez. Estuvo aquí hace un rato, pero se cansó de esperar que abrieras los ojos y dio una escapada al bar de la esquina.

—Vamos a acompañarlo —dije, y traté de ponerme en pie.

Pero mis embotadas piernas sólo colgaban allí como tales piernas embotadas.

—¡Demonios, estoy paralizado!

—Tómalo con calma, muchacho —dijo Gerry—. También lo estamos nosotros.

—Sólo de cintura para abajo —dijo Peter—. Drahk nos aplicó el tratamiento : una inyección en la columna vertebral a todos. Excepto a sí mismo, naturalmente. Me figuro que no estamos permanentemente lisiados. Sencillamente es que no se arriesga a que lo matemos a puntapiés antes de tener la oportunidad de pronunciar su discurso.

Y entonces volvió Drahk. Tenía puesto su ligero traje de interior y parecía tan frágil como una mariposa. Mantuvo aquellos ojos hipnóticos y sin pupilas dirigidos hacia mí invariablemente mientras se sentaba a la mesa.

La voz delgada y aguda sonó a través de un decenio.

—Sólo una derrota pasajera, Magellan. ¿Recuerda que le dije que volvería?

—Lo recuerdo. Más que nada, recuerdo a Sarah Master, a quien usted asesinó.

—¿Todavía tan sentimentalista, Magellan? Pero realmente eso no me sorprende. Yo contaba con su ciego deseo de venganza. Estaba demasiado

ocupado para ir personalmente, así es que envié a mi representante a buscarlo: el Dánico al que ustedes llaman George.

—¡Ese mentiroso espía doble! —dijo Peter amargamente.

—No es un completo mentiroso. La única mentira directa que les dijo a ustedes fue que robó mi nave. En realidad, se la facilité yo, juntamente con instrucciones completas para llegar hasta Tierra y hasta usted, Magellan. Es totalmente cierto que los Namios han sido deportados a la otra parte de este planeta', donde ellos y los Dánicos están en los últimos estertores de la exterminación mutua. Y mi pueblo ocupa la región Namia con paz y comodidad. Fue cierto que capturé a George en la estación satélite. Y cuando le prometió a usted trae: lo a mi casa' tampoco mentía. Esta era, y es, mi casa, aunque la he retenido solamente como una trampa para ustedes. En el entretanto, se me ofreció aquí un alojamiento mejor, en el corazón de Murges, como pueden ustedes ver.

—Todavía no comprendo cómo pudo él hacer semejante cosa —rezongó Peter—. Nosotros confiamos en él y lo tratamos decentemente. En cambio, usted aniquila a su pueblo y él lo sabe.

—Decencia, justicia... ¿No pueden ustedes comprender que tales términos no significan nada fuera de su sociedad humana? Para otras gentes, son simples expresiones vacías, lo mismo que las palabras que ustedes utilizan como interjecciones. El

Dánico nada le debe a ustedes. Si se pudiera decir que debe algo es a mí a quien lo debe: Yo lo saqué de su tierra fría y lúgubre y le di un hogar aquí, a la luz del sol. Los Dánicos han considerado siempre el hemisferio Namio como una especie de paraíso del que fueron eternamente expulsados por el azar del nacimiento. Le dije a George que si le traía a usted, Magellan, a mí, él sería el único Dánico a quien se le permitiría morar a la luz del sol por el resto de su vida. Dicho sea de paso, no me arriesgué a hacer ninguna conjetura sobre qué extensión tendrá el resto de su vida.

—Usted quiere dec¡r que lo matará en cuanto le cnvenga —dije—. Que puede ser ya en cualquier momento, puesto que él ha acabado su tarea y se ha hecho tan innecesario como todos los demás Dánicos.

—Lo que yo quiera decir es asunto mío. También usted, por cierto, se ha hecho innecesario. Ha acabado su tarea, que era traerme la nave espacial de Próspero. Gracias por eso. Yo sabía que usted trataría de aprender a manejarla, y esperaba que lo conseguiría. Si usted hubiese fracasado, entonces George lo habría traído aquí en mi nave.

—Se equivoca usted; la destruyó —dije.

—Es tonto. Pero no importa. Con la nave de Próspero y otras que construyamos tomándola como modelo, puedo convertirme en algo más que en un jefe de los Nakinos: puedo llegar a ser el jefe supremo, Y con estas, nuevas naves aceleraré inconmensurablemente nuestra conquista de esta galaxia y empezaré a mirar a otras galaxias. Podría haberlo matado a usted en cualquier momento, Magellan, pero quería que supiera usted antes de morir

cómo la pequeña derrota que me infligió, no sirvió en realidad más que para abrirme el camino hacia la mayor victoria que exista en la historia de los Nakinos.

Dije, con controlada calma:

—Pues siga adelante, hombrecillo, por su sendero del destino. A propósito, ¿sabe usted cómo manejar la nave de Próspero? Es un poquito complicado.

Por primera vez su mirada se apartó de la mía y empecé a concebir esperanzas.

El dijo:

—Otra de las razones por las que no lo maté inmediatamente es que antes de que muera va a decirle a mis técnicos cómo manejar la nave. También va a describir los principios que la rigen.

Hubo un silencio. Luego Gerry se echó a reír.

—Has elegido el hombre que no es, Drahk, pobre muchacho. Y yo no sé mucho más de lo que sepa Charles. Da gente lista que sabe cómo funciona la nave era verdaderamente demasiado lista para venir con nosotros.

Subrepticiamente, con el codo, me había estado yo tocando el bulto del bolsillo de mi chaqueta. Todavía seguía allí el librito de instrucciones. Dos Nakinos nos habían quitado nuestras pistolas, pero, al parecer, nada más. Mi opinión sobre su inteligencia decayó muchísimo. Dije:

—Eso es verdad. No somos científicos. Sospecho que ustedes, los Nakinos, tampoco lo son, no lo son en el verdadero sentido. Ustedes hurtan las invenciones de las razas que vuestros antepasados condicionaron hace mucho tiempo, pero ustedes han perdido el arte de la invención. Han estado ustedes sacando algo de la nada durante demasiado tiempo ; sus mentes se han hecho superficiales al no tener necesidad de hacer ningún esfuerzo, por un exceso de confort. Ustedes no son más que una montonera de haraganes parásitos. Dudo de que haya quedado entre ustedes ni un solo científico creador.

Aquello era un disparo al azar, pero el largo silencio de Drahk me confirmó que había dado en el blanco.

Al cabo de un rato dijo con voz sibilante:

—Por lo menos, usted sabe cómo se maneja la nave. Esa información es necesaria para empezar. No espero que me la ofrezca voluntariamente. Así es que voy a proponerle un trato. Respecto a este trato, usted no puede confiar en ninguna promesa' que yo le haga... excepto una. Los Nakinos no tienen nada equivalente a lo que ustedes llaman palabra de honor, que es puramente una concepción sentimental.

—No —dije—. Se equivoca.

—Completamente —dijo Gerry.

—Y nunca será de otra manera —dijo Peter.

Drahk se quedó muy quieto unos momentos. Luego, dijo:

—Así es que tendremos que hacerlo de la manera larga y difícil.

Echó mano al visáfono, pero éste se le adelantó. Una estridente voz Nakina empezó a hablar con rapidez. Drahk contestó brevemente y apretó un pulsador -que había en la mesa.

—Estas podrían ser buenas noticias para todos nosotros —dijo—. A pesar de la opinión de usted, tenemos científicos razonablemente capacitados. Un equipo lleva trabajando varias horas en la nave. Creen haber descubierto lo bástante para poder manejarla. Voy a comprobarlo. Si es verdad, se les ahorrará a ustedes la tortura, pero, desde luego, no la muerte.

La puerta se abrió y entró Georges. Nos quedamos mirándolo con ojos llameantes y él nos miró sin rubor. Drahk lo abordó dándole cualquier otro nombre, en lengua Nakina, sacó una pistola de radiaciones de un cajón y se la entregó.

Luego se puso en pie y dijo:

—Su viejo amigo, mi viejo servidor, se cuidará de ustedes mientras me ausento. Todavía no podrán utilizar las piernas durante un largo rato, pero de todas maneras no traten en modo alguno de moverse: George los barrería con los rayos. El sabe que perdería su hogar aquí si ustedes se escapasen. De todas formas, tampoco yo les quitaré ojo de encima.

Colocó el visáfono de modo que nos enfocara.

Se dirigió hacia la puerta, hizo un alto y dijo:

—George es un Dánico. Dos Dánicos, los Namios y los Nakinos no sufren esa aberración que ustedes llaman conciencia. No esperen ningún arrepentimiento de George; simplemente eso no entra dentro de su naturaleza.

Cerró la puerta detrás de él.

—¡Maldito sea! —exclamé—. ¡Qué manera he tenido de liar las cosas!

—Merecemos todos el mismo reproche —dijo Peter—, pero imitemos a George y no perdamos tiempo arrepintiéndonos. Predigo que Drahk volverá pronto, echando chispas. Porque estoy seguro de que sus científicos sólo hablan por hablar. Ten en cuenta que con la ayuda de Próspero, y de Nunn, que es un viejo chiflado listísimo, y de nuestro equipo, sin olvidar a mi modesta persona y a Uvova, hemos tardado diez años de fatiguitas y sudores en aprender lo que los muchachos de Drahk dicen y afirman haber descubierto en pocas horas. No lo creo.

—Tampoco lo creo yo —dije, mirando a George, que estaba sentado en el sitio de Drahk, rebosando la silla, impasible como la gelatina, removiendo la pistola de radiaciones entre sus dedos multitudinarios—. Drahk volverá echando sabandijas por la boca. —Señalé con la cabeza a George—. Es nuestra única esperanza.

—Opino lo mismo —dijo Peter.

Se quedó mirando con fijeza a George y luego dijo con mucha serenidad:

—Mira, George, Drahk nos ha contado que, como ya no te necesita para nada, te va a matar de un momento a otro. No es que queramos embromarte; es la pura verdad.

Sin devolver la mirada, George gruñó hacia el tablero de la mesa :

—Drahk ha dicho que yo viviric aquic hastic que me mueric. Ic.

—Exactamente —dije—. En cuanto que nos mate a nosotros, esperará una semana y te matará a ti. Ese es todo el tiempo de vida que te concede.

—Yo no soy debilic —dijo Georfe, lanzándome una roja e indignada mirada—. Yo ser fuertic.

—¡Malditos sean todos los cerebros electrónicos sin cerebro! —vociferé alta y claramente—. Peter, yo pierdo el tiempo hablando con él. Prueba con él en vathico o en algún idioma razonable. Di le que si nos ayuda a escapar, lo llevaremos a la Tierra con nosotros, porque aquí no hay porvenir para él; probablemente es el último de los Dánicos. Dile que tenemos una cosa llamada' conciencia que nos hace mantener nuestras promesas, mientras que los Naki- nos no tienen esa conciencia. Recuérdale que él mismo le acaba de oír decir eso a Drahk.

—Está bien —dijo Peter, y se dirigió a George con lengua titubeante en el extraño y restallante idioma vathico.

George replicó con rapidez.

—¡Hum! —fue la respuesta de Peter, y se sumió en un pensativo silencio.

—¿Qué ha dicho? —pregunté con impaciencia.

Peter carraspeó:

—Bueno, es un poco fuerte. Dice que se siente más seguro con Drahk porque Drahk es más listo que tú y sabe lo que se trae entre manos, y tú eres tonto y no lo sabes. Añadió que Gerry y yo te hemos seguido y que ya vemos donde estamos.

Gerry se echó a reír ruidosamente. Peter prosiguió:

—En resumen, él se imagina que Drahk es aquí la mente rectora y que nosotros somos tres pobres infelices que no podemos hacer oferta alguna.

—Puede que tenga razón —dije sombríamente—. De todas formas, también él es un idiota.

Peter se encogió de hombros.

—Lo que pasa es que él no puede pensar más que objetivamente. Comprende las cosas mejor que comprende a las personas.

El visáfono se encendió. El rostro estrecho, sucio y amarillento de Drahk apareció en la pantalla, y los negros ojos nos escrutaron. Dijo algo en Nakino dirigido a George. El Dánico contestó, probablemente confirmando que no había novedad. La pantalla volvió a apagarse.

—Me pregunto desde donde estará telefoneando —dijo Gerry.

—Seguramente desde un punto próximo a nuestra nave —contesté—. La casa contigua, quizá.

Empleé los minutos siguientes tratando de imaginar un nuevo contacto o argumento con que atraernos a George a nuestro lado. Y entonces empezó un pesado retumbo como el de un cohete morrocotudo que iniciase su despegue. La cosa aumentó hasta convertirse en un rugido que sacudió todo el

edificio.

George se balanceó sobre sus pies y el inadecuado asiento cayó hacia atrás sobre el suelo tambaleante. Por un momento, se quedó allí en pie indeciso, luego se precipitó fuera de la habitación con más agilidad de la que yo le hubiese visto dar pruebas nunca.

—A ése no le llega la camisa al cuerpo —gritó Peter por encima del estruendo.

También yo me sentía asustado, y le envidiaba a George solamente una cosa;: su capacidad para la carrera.

El mugiente sonido cesó de pronto, dejando un legado de vibraciones menores que seguían estremeciendo nuestros nervios, los sillones en que estábamos sentados y el aire mismo.

Gerry dijo entrecortadamente:

—Apestaría algo a que han sido los muchachos de Drahk que han hecho estallar *La Revenge* y espero que a Drahk con ella.

—No —dijo Peter—. Mirad hacia afuera por la ventana.

Todos miramos. Gerry soltó un silbido. El y Peter eran más altos, que yo y podían ver algo por encima del pretil que estaba un poco más alto que mi línea de visión.

—¿Qué pasa? No puedo ver nada —dije secamente.

—El edificio que está al otro lado de la calle se ha derrumbado —dijo Peter—. Puedo ver una parte de otra calle con una grieta enorme. Un verdadero barranco, con un coche colgado del filo. Acabamos de sufrir un terremoto.

—Estupendo —dije—. Espero que la maldita ciudad se haya derrumbado encima de los Nakinos y los haya enterrado a todos. Si hemos de morir, muramos de una vez. Pero sería magnífico saber que también morirán ellos.

—No seas tan morboso, Charles —dijo Peter, y entonces llegó otro terrorífico retumbo, heraldo de una nueva conmoción.

Esta vez creí que mi deseo estaba a punto de ser cumplido. Nuestro edificio se agitó como un arboli- to en la tormenta, hasta que me sentí mareado con aquellos meneos. Redes de grietas recorrían las paredes de la habitación como una enredadera que se hubiese vuelto loca.

Que lo pillase a uno un terremoto era un asunto aterrador en cualquier momento. Pero estar semiparalizado, incapaz de correr al aire libre, hacía la situación aún más de pesadilla. Me aferré a los brazos de mi sillón; era lo único a que podía agarrarme.

Luego, el temblor cesó y todo pareció quedarse anormalmente quieto y silencioso.

—¡Diablos, otra sacudida de éstas y el edificio quedará hecho añicos! —dijo Gerry, secándose la mojada frente.

Aguardamos desazonados, y luego la puerta, fuera ya de sus goznes, fue empujada y se desplomó al suelo. Entró George tambaleándose. Su cara

parecía en cierto modo más blanca que nunca, y sus ojos de rubí ardían ciertamente mayores que antes.

Nos miró y dijo oscuramente:

—Ahora irnos a Tierric en vuestro navic.

—¿Volvemos a la Tierra, George? —repitió Peter, maravillado.

El Dánico no contestó. Se metió la pistola de radiaciones bajo el cinto, levantó a Peter del sillón y se lo echó a hombros. A pesar de su aparente flojera, estaba claro que George estaba acostumbrado a levantar grandes pesos. Empezó a llevarse a Peter de la habitación.

—No sé adonde voy, pero allá voy —gritó Peter.

Desaparecieron por la puerta.

—Bueno, uno nunca sabe dónde está la suerte —dije—. Tal vez Drahk estaba equivocado. Tal vez George tiene una conciencia dormida bajo su gelatina.

—Yo creo que, sencillamente, le tiene miedo a los terremotos —dijo Gerry con cinismo.

Pocos minutos después, George volvió, cogió en peso al voluminoso Gerry como si fuera un pelele de paja y se lo llevó también.

Supuse que George al dejarme a mí para el último seguía considerándome como el tonto de la familia y, por tanto, el menos importante. La cosa no me resultaba muy halagadora, y empecé a preguntarme si, en realidad, llegaría a tomarse la molestia de volver por mí. Entonces recordé que aún tenía el librito de notas en mi bolsillo. Ni siquiera Peter podía manejar la *Revenge* sin eso. George 110 tendría más remedio que volver.

Así es que me dediqué a pensar qué habría pasado en la nave. ¿Habría resultado herido Drahk por los terremotos? Si lo había sido, ¿cómo había podido enterarse George?

Súbitamente, el visáfono recobró la vida. Un ceñudo y aparentemente del todo indemne Drahk me miraba con fijeza.

—¿Así es que está usted todavía ahí? El terremoto no le...

Se interrumpió al fijarse en los sillones vacíos que me flanqueaban. Por primera vez, los ojos se le salieron de las órbitas.

—¿Dónde están los demás?

Su voz estridente se alzó casi hasta la escala ultrasónica. Empezó a llamar a George con el nombre Nakino que le había dado, y, como en respuesta, George volvió a aparecer en la habitación. Drahk le habló perentoriamente. El Dánico no le hizo el menor caso y vino y me cogió en peso. Mientras me llevaba, volví la vista hacia la desgañitada cara amarillenta de la pantalla y grité:

—Todavía tenemos que ajustar las cuentas, Drahk. Y tu hora se acerca.

Otra vez el toquecito melodramático. Pero, en verdad, yo creía lo que había dicho, aunque la razón preguntaba cómo, si Drahk estaba todavía vivo y controlaba la *Revenge,* y parecía que la controlaba, tres impotentes lisiados iban a poder llegar hasta él y menos aun a tratarlo de igual a igual.

Vi que el visáfono se apagaba. Pero yo ya estaba traqueteando sobre los hombros de George por un vestíbulo vacío. El empezó a subir escaleras sin ningún esfuerzo aparente. Era una larga escalera. Habíamos llegado ya casi a la cima, cuando abajo el vestíbulo se llenó repentinamente de agitados y sibilantes Nakinos. Aquello sonaba como un pozo de serpientes.

Nos vieron y toda la turba se lanzó escaleras arriba.

Aquella persecución masiva no podía ser una cosa espontánea. Sospeché que Drahk había cortado su llamada visafónica y lanzado una alarma general. Alcancé el desmañado torso de George y saqué de su cinto la pistola de rayos. Yo no había olvidado cómo manejar aquellos chismes, y expertamente rocié la larga escalera y la mayor parte del vestíbulo con los pálidos rayos verdosos.

Eos Nakinos cayeron en retorcidos montones, atontados o inconscientes, *y* todo el silbar quedó mi nada.

George torció un recodo y emergimos a un Uso tejado de deslumbradora blancura a la cálida lux del sol. Cuatro platillos volantes estaban aparcados allí, y había sobra de sitio para que aparcasen más. Cuando George me transportó al más próximo, pude ver muchas torres rotas en Murges, y los escombros formando altas pilas en las calles.

Y luego me vi bajo la hueca cúpula del platillo, entre haces de luz solar que entraban por los circulares portalones. Sobre el suelo espesamente alfombrado (pues para los Nakinos el confort era indispensable donde quiera que fuese), estaban reclinados Pete y Gerry.

—Bueno, un cuarto para el bridge —dijo Peter.

Gerry dijo:

—¿Cómo te has retrasado tanto, muchacho?

Esbocé una mueca mientras George me colocaba junto a ellos. Cerró la abertura, se fue derecho al tablero de mandos y empezó a apretar botones y a empujar palancas. Sentimos un movimiento ascendente. Las pantallas de televisión asumieron una pálida vida en la brillante cabina. Sobre ellas, vi el tejado apartándose verticalmente por debajo de nosotros. Los Nakinos estaban llegando allí a oleadas, introduciéndose en los tres platillos restantes.

—No mires ahora, pero nos siguen —dije.

George, que no había pronunciado una palabra desde su repentino cambio de chaqueta, no perdía un detalle de nada. Empuñó una extraña manivela oscilante y una lanzada de calor al blanco partió de nuestra nave y dio de lleno al platillo del centro en la misma coronilla. El impacto lo expulsó por el parapeto más alejado donde desapareció convertido en hierros incandescentes.

—En el mismo centro de la diana —dijo Gerry—. Eso sí que es buena puntería.

Pareció haber una inmensa confusión en aquel tejado, pero no pudimos ver más detalles porque ya el cuadrado blanco se había reducido al tamaño de un pañuelo de bolsillo. Luego, nuestra nave detuvo su ascenso y se puso a

seguir la línea más recta de los monorraíles resplandecientes.

Y de pronto teníamos la vista clavada en *La Revenge,* una píldora negra posada entre los cortadillos de azúcar de las casitas perfiladas.

Nunca llegué a descubrir qué intención tenía George en aquellos momentos. Tal vez posarse junto a *La Revenge* y hacer un fiero ataque en solitario, con la pistola de radiaciones, contra los Nakinos que estuviesen allí. Tal vez meramente proseguir la huida y ocultarse hasta que nosotros tres estuviéramos lo bastante repuestos para tomar una parte activa en los sucesos.

Comoquiera que fuese, en aquel momento Drahk se sacó el as de la manga.

CAPÍTULO XII

Viniendo directamente de la dirección del sol, por donde había estado planeando y aguardándonos como un halcón, un platillo volante se abatió en picado sobre nosotros.

George lo vio demasiado tarde. Intentó una acción evasiva, pero el otro platillo chocó con nosotros de costado, un golpe superficial pero de muchísimos ergios. Ambos platillos salieron disparados como dos terroríficas, inmensas bolas de billar. El sonido metálico de la embestida resonó una y otra vez tormentosamente dentro de nuestra cabina y fuimos arrastrados por encima de la alfombra como otras tantas maletas.

George, resistente como una pelota de caucho, parecía haber tomado lo sucedido como lo más natural del mundo, y en seguida volvió a colocarse frente al tablero de mandos. Puso otra vez la nave en equilibrio.

Gerry había acabado de separarse de mis embotadas piernas; yo ni siquiera había sentido su considerable peso. Jadeó y señaló:

—¡Mira!

Realmente era una inmensa abolladura en la pared, y de ella salían alambres retorcidos y cosas rotas. Formaban parte del mecanismo de la lanza de fuego. El otro platillo nos había desarmado de un solo golpe.

—Esic Drahk —dijo George, rompiendo su autoimpuesto voto de silencio.

Había pilotado a menudo el platillo de Drahk e indudablemente lo reconocía a primera vista.

Me froté la parte dolorida de mi occipucio y dije:

—No se puede negar que es un tío de cuidado. Lo pensó todo con anticipación. Debe de haber despegado directamente después de transmitir la alarma, y se ha puesto a esperarnos ahí arriba para lanzarse contra nosotros.

Ni Peter ni Gerry contestaron. Estaban vigilando el platillo de Drahk, que daba vueltas en torno de nosotros para clavarnos otro espolonazo.

Pero George superó la situación brillantemente. En lugar de tratar de huir, lanzó nuestra nave derechamente contra la de Drahk, y en el último momento bajó unos diez metros y pasó justo por debajo de ella rozándole la quilla. Antes de que Drahk hubiese comprendido del todo la maniobra, George tenía ya lanzada nuestra nave como una bala hacia el horizonte.

—Esa es una buena idea, George —dije—. Corre todo lo que puedas porque la cacería ha empezado.

En las pantallas se veían platillos volantes que alzaban el vuelo desde todo Murges como bandadas de pájaros asustados.

—Drahk nos viene pisando los talones nuevamente —dijo Peter—. También él vuela a toda velocidad.

Inmediatamente, George, sin aflojar la marcha, bajó nuestra nave hasta una altura de poco más de treinta metros. Veíamos nuestra sombra redonda en los kilómetros de tierra del parque. Cuando los altos árboles parecían precipitarse hacia nosotros, yo me encogía por dentro, recordando cómo George había destrozado un platillo similar en el gran parque de Windsor.

El platillo de Drahk avanzaba por detrás y por encima. Noté entonces que también él había quedado averiado por el choque e iba dejando un delgado rastro de humo negro.

—George no tiene un pelo de tonto —dijo Peter—. Este avance saltando setos es buena estrategia. Si Drahk tratara de embestirnos de nuevo, caeremos los dos al suelo. Por eso no se atreve a intentarlo. Pero lo que no consigo llegar a comprender es por qué no ha empezado a disparar contra nosotros.

—Porque nos necesita vivos —dije—. Es seguro que sus técnicos no han tenido éxito. Quiere utilizar nuestros cerebros para mover *La Revenge*. Por eso procura obligarnos a hacer un planetizaje forzoso.

—Si puede alcanzarnos —dijo Gerry—. Porque me parece, muchacho, que estamos empezando a dejarlo atrás.

Gradualmente, la nave de Drahk iba quedándose a la zaga.

—Tienes razón —dije—. Ahora sale de su nave el humo a oleadas. Deben de habérsele averiado las máquinas cuando nos rozó. Pero hay todavía una bandada de platillos detrás de él.

Eso era verdad, pero no constituían sino puntitos en lontananza. Estábamos a mucha distancia de ellos y no lograban ganar terreno. Teníamos la falsa impresión de que el sol estaba bajando hacia su puesta en el cielo detrás de los platillos, y parecía como si nosotros aumentáramos la fingida velocidad del descenso solar con nuestra marcha rápida. Cuando se «pusiera» casi del todo, estaríamos dentro de la zona crepuscular que yace entre el país Namio y el país Dánico. Discutíamos si deberíamos avanzar para internarnos en la noche o jugar al zorro, costear la zona a una buena distancia, volver y regresar junto a *La Revenge* pasando por el flanco de nuestros perseguidores. Posiblemente, lo conseguiríamos antes de que Drahk regresase allí en su nave averiada.

Dije:

—Ambas maniobras son un riesgo. La oscuridad es una: cubierta dudosa, puesto que los Nakinos pueden ver en las tinieblas. Y, de todas formas, está el radar.

Señalé a las pantallas en las que brillaban el punteamiento de chispitas que eran los distantes platillos perseguidores.

Peter dijo:

—Podemos detectarlo por el radar porque todavía están viajando alto y son sólidas motas en el vacío cielo. Dudo que puedan detectarnos con la misma facilidad, ya que vamos pegados al suelo. George sabe lo que se trae entre manos. Si nos posáramos en un valle o un bosque, lo más probable es

que nos perdieran de vista por completo.

—Es verdad —reconocí—. En cambio, si tratamos de dar media vuelta nos captarán de nuevo. Soy partidario, por tanto, de que nos internemos en el hemisferio Dánico y nos escondamos allí. Fijaos, ¿no sentís nada? Corporalmente, quiero decir.

—Me siento cansado y con una especie de extraña pesadez —dijo Peter —. ¿Te refieres a eso?

—También yo me siento pesado —dijo Gerry—. Y con un hambre espantosa.

—Pesado, eso es, yo también lo estoy — dije i—. Además, estoy empezando ;í tener sensibilidad otra vez en los dedos de los pies. Me pican. Puedo moverlos. El efecto de la droga va pasando.

—Pues yo no siento lo más mínimo —dijo Peter, mirando sus pies con fijeza.

Pero pronto lo sintió. También Gerry. Sin embargo, había una paradoja: a medida que nuestros músculos recobraban las fuerzas, nos costaba más trabajo mover las piernas.

Peter frunció el ceño.

—¿Será esto otro truco Nakino? Nos estarán alcanzando con alguna clase de radiaciones?

—Pregúntaselo a George.

Peter le habló a George en el idioma vathico.

George prefirió contestar en inglés en el preciso momento en que perdíamos el sol de vista y nos internábamos en una espesa oscuridad. Señaló al negro horizonte y dijo:

—Es el lado pesado.

Por el momento, me quedé sin comprender una palabra, pero Peter exclamó:

—El lado pesado. Así es como él llama a veces el lado oscuro. Y ahora comprendo que no se trata de ningún error de expresión. Todo es más pesado en el lado oscuro de Vathic. La gravedad es más intensa allí, aunque no comprendo por qué.

Me froté la barbilla e incluso aquello constituyó un esfuerzo.

—Creo que tienes razón, Peter. Pero tampoco yo puedo explicarme el por qué. La gravedad es algo que está relacionado con la masa. Por tanto, la masa debería ser mayor en la parte en sombras que en la parte soleada. Eso haría que este planeta se encontrase en un estado de desequilibrio. Daría vueltas sobre su eje de una manera excéntrica y terminaría por desgajarse o salirse de su órbita. ¿No os parece?

—Yo eso no puedo comentarlo —dijo Gerry—. Son cosas de las que no estoy enterado.

Peter dijo:

—Estás suponiendo unas cuantas cosas que pueden ser un error. Superficialmente, es posible que Vathic parezca encontrarse en estado de

equilibrio, pero sus fuerzas internas, centrífugas y centrípetas, pueden encontrarse en un estado de desequilibrio. Los terremotos dejan adivinar eso. Sin un conocimiento de la historia cósmica en estas zonas del universo, no podemos decir qué es lo que causó el desequilibrio inicial. Tal vez algún cuerpo celeste enante, uu asteroide suelto. Puede que las tensiones del sistema de Alfa y Próxima.

—¡Hum! ¿Cuál es mi otra falsa suposición?

—La de que Vathic es una esfera. ¿No recuerdas que es un ovoide?

—Huevic — ijo George de pronto, sin apartar su atención del oscurecido y confuso paisaje—. La yemic es dejadic.

Por lo menos eso fue lo que nos pareció oír.

Nos quedamos mirándolo con fijeza.

—La yema del huevo sigue donde estaba —dije, intentando traducir—. Eso no tiene sentido.

—No dejada, soltada — rezongó Peter.

Reflexioné unos momentos. Luego, exclamé:

—Ya lo tengo. Dijo dejada en el sentido de soltada. La yema del huevo se ha soltado. Quiere decir que el núcleo pesado de Vathic se ha desatado, se ha quedado suelto dentro de la cáscara exterior, a la: deriva. Ello ha distorsionado la forma del planeta.

George hizo un gesto de asentimiento.

—Prontic empollar.

Gerry dijo, incómodo:

—¿Quiero eso decir que pronto va a salir de la cáscara ? Por favor, decidme si estoy equivocado.

—Eso es —dijo George, contestando personalmente—. Namios avisar muchic tiempic hace. Nosotros ir a Tierric prontic.

Miré a Peter interrogativamente. El le preguntó a George en el idioma de éste y recibió una respuesta relativamente larga. Peter la rumió y nos dijo luego :

—Desde luego, George no tiene un pelo de tonto en cuanto a las cosas materiales. Cuando empezaron los terremotos creyó que era el principio de ese estallido final y se asustó mucho. Los Namios habían avisado a los Dánicos de que eso era una cosa que sucedería probablemente en un futuro indeterminado y que, cuando eso pasara, los terremotos serían la primera señal. De aquí el repentino cambio de sentimientos de George, si queréis llamarlo así. Drahk tenía razón; George no se preocupa más que de sí mismo.

—Lo que me extraña es que los Nakinos no se hayan dado cuenta de la situación — omenté.

—¿Te extraña? Pues no debería extrañarte. Tuviste razón cuando dijiste que sus científicos eran unas calamidades. Recuerda, además, que la intención primitiva de los Nakinos no era establecerse aquí; fuimos nosotros quienes los obligamos inesperadamente. Es de presumir que en los últimos tiempos han llevado a cabo una inspección muy minuciosa del planeta.

—¡Qué lástima, hombre! —dije—. Y ahora están pegados a él. Como lo estaremos nosotros si no podemos volver a *La Revenge.*

Estaba empezando a sentirme un poco deprimido. La creciente oscuridad y el tirón gravitacional añadían su cuota psicológica.

En cambio, George no parecía afectado lo más mínimo. Este era su suelo natal, aunque prefiriese la zona de Namia. Ahora comprendía yo por qué le era tan fácil levantar grandes pesos, por qué andaba como bailando en un campo gravitacional más débil. Y su flexible contextura corporal era el medio que tenía su Naturaleza para resistir aquella enorme gravedad, capaz de romper los huesos y que nos tenía aplastados contra la alfombra. La fuerza iba volviendo a nuestras piernas, pero apenas si podíamos moverlas.

El platillo de Drahk se había quedado tan por detrás de nosotros, que ya no podíamos distinguirlo de las otras chispitas.

Nuestro platillo empezó a decelerar. George había visto un buen refugio. Se posó. Después de algunas maniobras un poco bruscas, ya en el suelo, la nave se quedó parada. Por los portalones podía ver negras ramas y hojas silueteadas contra un estrellado cielo sin luna. George abrió la puerta y salió. Una débil brisa entró por la abertura. Había mucha calma afuera.

Nosotros yacíamos impotentes, como clavados en el suelo, esperando y haciendo cábalas.

George volvió con un brazado de frutas parecidas a las ciruelas y nos las distribuyó. Era una fruta dulce y jugosa y daba ánimos. Mientras comíamos Peter interrogó a George y luego nos informó:

—Parece que estamos aquí ocultos en un manchón de árboles cerca del fondo de un valle. George dice que hemos de esperar aquí cuatro horas y media terrestres. Si los Nakinos no pueden localizarnos pronto, tendrán que abandonar la partida, porque sus frágiles cuerpos soportan aun peor que nosotros esta gravedad Dánica. Si conseguimos aburrirlos, George dice que tendremos muchas probabilidades. Tiene un plan para llevarnos a todos de vuelta a *La Revenge.*

—¿Qué plan? —pregunté.

—No quiere decirlo. Teme que, si te lo dice, tú puedas robarle la idea y dejarlo aquí abandonado. Quiere estar seguro de que va a venir con nosotros.

—No se fía ni de su padre, ¿eh? ¿Por qué esa cifra exacta de cuatro horas y media? Podríamos salir en cuanto los Nakinos se hayan retirado.

Peter se encogió de hombros:

—No lo sé.

Gen y dijo :

—¿Qué plan podrá ser ése? Desde luego, tendremos que regresar volando, porque con esta gravedad no podríamos dar dos pasos, aparte de la distancia completamente imposible. Y si volamos, el radar Nakino nos detectará más temprano o más tarde. Volverían a perseguirnos hasta acá.

—Cierto, pero, ¿qué otra cosa podemos hacer sino esperar? —dije.

Aguardamos. Nuestra visión se iba ajustando en cierto modo a la luz

estelar, pero todavía era muy poco lo que podíamos ver.

Al poco rato, el silencio fue interrumpido por un distante retumbo que fue acercándose más y más. El suelo tembló.

Gerry tosió nerviosa mente.

—¡Demonios, otro terremoto!

Pensé, con más irritación que miedo: «¿Es que estas cosas van a suceder siempre que estamos imposibilitados para movernos?»

George dijo:

—No, no es terremotic.

Movió las cámaras de televisión de un lado a otro, buscando, enfocándolas finalmente sobre el suelo del valle a unos treinta metros por debajo de nosotros, según me pareció. Una luz brillante e indecisa se iba acercando por allí. Parecía ser la causa; de la perturbación.

—Piensic que es la maquinic de guerric Namia —dijo George.

—Pero, ¿ es que la guerra no ha terminado todavía? —pregunté, sorprendido.

No hubo respuesta alguna. Ahora podíamos distinguir el contorno de la cosa misma. Era como una gran tortuga sin cabeza que se arrastrara ingeniosamente entre los árboles, rehuyendo a los mayores, aplastando a los pequeños. De su parte anterior salía un rayo de luz que oscilaba de un lado a otro, y buscaba incesantemente.

George le dijo algo en voz baja a Peter, quien nos transmitió la noticia:

—Es una especie de tanque, muy blindado, y que lleva un poderoso armamento. Los Namios se ven afectados por esta gravitación de una manera muy parecida a la nuestra, pero peor; sólo pueden moverse de un lado a otro en estos cacharros, por lo menos al nivel del suelo. Si nos descubre, probablemente nos atacará.

—Una delicia —susurré—, y me di cuenta de que tenía los labios secos.

De pronto, el pesado cacharro se paró justamente debajo de nosotros. El rugido se cortó bruscamente, el proyector se apagó.

Hubo un hosco silencio dentro y fuera.

—Si va a aparcar aquí, estamos listos —dijo Gerry, *sotto voce.*

—Ha vistic algo —dijo George.

No me resultó muy fácil cruzar los dedos, pero lo conseguí. Aquello no me tranquilizó. Estaba crispado esperando el trueno

—Mirad allá arriba, por los portalones —susurró Peter.

Miramos. Una forma oscura, familiar sólo por su silueta, estaba dando vueltas, cruzando una y otra vez por las partes de cielo que podíamos divisar: un platillo Nakino, sólo a unos treinta metros del suelo, aparentemente olfateando nuestra presencia.

Pero nunca llegamos a saberlo con seguridad. Algo se levantó con un terrorífico estampido de la máquina guerrera Namia y salió lanzado hacia el platillo. Una cosa parecida a un torpedo volante.

Hubo una brillante explosión en el cielo, y el platillo, ahora sólo una forma retorcida, cayó verticalmente como una piedra. El suelo se estremeció nuevamente con la caída de aquella masa al borde del valle.

—Eso fue un cohete dirigido —nos informó Pe- ter innecesariamente.

—Me conformaría con que Drahk hubiese estado en el blanco —dije—. Eso habría sido justicia poética; él fue quien desencadenó la guerra.

—La justicia es raras veces poética —dijo Peter.

Con un bramido, la máquina de guerra se puso en marchas y siguió adelante, paseando el haz de su reflector sobre los árboles. George aguardó hasta que el sonido del vehículo murió en lontananza; luego, salió. Estuvo fuera algún tiempo. Cuando volvió, dijo :

—Platillic Nakino. Todos muertic. No el platillic de Drahk. Otric.

—Mala: suerte —dije.

Al poco rato, una especie de débil luz de luna empezó a filtrarse entre las ramas de los árboles. Estaba saliendo la luna artificial.

Las horas se arrastraban perezosamente. Hablábamos poco, Resultaba fatigoso hasta mover las mandíbulas. Por fin, la diminuta luna se hizo visible sobre nuestras cabezas. Parecía una nova entre las turbias estrellas.

George dijo:

—Nos vamos.

Sacó el platillo de su escondrijo y luego despegó suavemente. Nuestra ascensión se hizo mucho más rápida. El efecto de aquella aceleración hacia arriba fue criminal para nosotros. La sangre se retiró de nuestros ojos, de nuestros lóbulos frontales, y perdimos el conocimiento.

Por fin, me encontré flotando como un globo en el aire dentro del platillo. De demasiado peso, nuestra condición había cambiado al peso nulo; nos hallábamos en estado de ingravidez. A uno de nuestros costados, estaba la oscuridad punteada por millones de estrellas que no titilaban. Al otro costado, exclusivamente la oscuridad. Me sentía enfermo, mareado, confundido.

Peter, por cortesía de George, explicó luego la situación. Estábamos estacionados detrás del gra;n espejo de la luna artificial, dentro de su negra sombra. Y, juntamente con él, íbamos describiendo una órbita alrededor de Vathic.

Este satélite no había vuelto a estar tripulado desde que Drahk apresó a sus sirvientes. Así es que nadie sabía que estábamos allí. Podíamos ir hasta el otro lado de la región de Nam, invisibles, indefectibles.

Naturalmente, el satélite en sí aparecería en las pantallas del radar Nakino, pero lo tratarían con el desprecio que da la familiaridad.

Por su larga experiencia, adquirida en la estación espacial, George sabía cuál era nuestra posición exacta en cada momento. Una vez que llegáramos a un punto calculado en aquella órbita, pensaba hacer descender el platillo verticalmente sobre Murges como una bomba lanzada hacia la población. Tendríamos que arriesgarnos a llegar a *La Revenge* antes de que los Nakinos pudieran hacer algo para impedirlo.

Ese era el plan de George, y no estaba mal, y fue una lástima que resultase un esfuerzo completamente inútil.

Llegó el momento. Descendimos en picado a Murges o a lo que había sido Murges. Porque otro terremoto había hecho de las suyas, y Murges era sólo una de las muchas ciudades que despedían humo y llamas por entre sus ruinas.

Los Nakinos tenían bastante preocupación con. tratar de salvarse ellos mismos para estarnos buscando con las pantallas de radar.

Por nuestra parte poco, nos interesaban los Nakinos. Nuestra única preocupación era *La Revenge.* ¿Habría sufrido daños importantes en estos terremotos posteriores? Ansiosamente, miramos la devastada zona de Murges, buscando nuestra nave. Un punto de insólita brillantez, a algunos kilómetros de la ciudad, atrajo nuestra atención. Lo identificamos, con sorpresa, como un platillo Nakino introducido de costado en el suelo, reflejando la luz del sol como un espejo.

—Ese ha sido un porrazo de categoría —dije.

Y nos impresionó pensar en una posibilidad. Gerry le puso letra a nuestros pensamientos.

—¿Será Drahk? Su cacharro estaba bastante estropeado.

—Podría ser —dije.

Entonces, Peter apuntó ansiosamente a una distante píldora negra.

—*¡La Revenge!*

Cuando nos acercamos vimos que tenía un aspecto tranquilizadoramente sólido entre las derrumbadas casitas blancas. Pero el suelo se había levantado en rígidas olas alrededor de la nave y estaba cortado por grandes grietas.

No vimos alma viviente por aquellas inmediaciones.

Nos posamos sobre el mutilado césped cerca de *La Revenge.* Fui el primero en salir y anduve con pasos tambaleantes, tratando de ajustarme de nuevo a la disminuida gravedad. Empuñaba la pistola de radiaciones de George. Eos otros me seguían lentamente.

La rampa de la nave estaba bajada, tal como la habíamos dejado nosotros. Subí precavidamente, agachándome, y atisbé. Un solitario Nakino estaba allí, dándoles vueltas a los volantes.

Los nervios y los músculos se me endurecieron y me puse frío como el hielo.

—No se moleste, Drahk. No va usted a conseguir nada. Y no va a ir a ninguna parte.

Se quedó quieto un momento y luego se volvió lentamente. Estaba desarmado y tenía las ropas salpicadas de sangre.

Contestó:

—Esa es una predicción razonable, pero la experiencia me ha enseñado que es absurdo que alguien quiera predecir nada.

Ea voz sibilante no tenía más emoción que un discurso artificial

elaborado a base de ondas electrónicas.

—Estoy aquí para ajustarle las cuentas, Drahk. Sírvase salir.

Me coloqué en la rampa y empecé a bajar, encañonándolo mientras me seguía.

El dijo:

—El asunto quedó casi liquidado a su favor hace sólo un rato. Mi averiada nave se estrelló cuando yo trataba de regresar aquí. Escapé de la muerte por un hilo. He tenido que hacer el resto del camino a pie. Eos terremotos han destruido los transportes y los medios de comunicación. Muy pronto destruirán este planeta.

—Lo sé.

Un retumbo de tormenta parecía recorrer la longitud del horizonte. Drahk escuchó. Al desvanecerse el estruendo, dijo:

—Más gente de mi pueblo que acaba de morir en estos momentos.

—Tienen las naves en que vinieron —dije brevemente—. Pueden marcharse.

—Los que podían marcharse lo hicieron ya, incluyendo a mis inútiles técnicos. Pero muchas naves quedaron destrozadas. Muchos Nakinos no han podido escapar.

—El universo saldrá ganando con su pérdida.

Drahk me miró inescrutablemente.

—Con la nave de Próspero y con las que hagan iguales, su pueblo de usted puede arrebatarles el universo a los Nakinos. Pero no sin ciertos conocimientos especiales: qué planetas son los que mi pueblo ocupa, dónde estás los puntos claves, qué estrategia habría que emplear contra ellos. Puedo proporcionarle a usted estos conocimientos a cambio de mi vida.

Oí que Peter ahogaba una exclamación. Gerry rezongó:

—¡Asqueroso traidor hediondo!

Dije:

—Usted mató a Sarah Master porque ella había traicionado a los Nakinos. Es justo, por tanto, que reciba usted el mismo castigo por el mismo crimen.

Mi dedo empezó a apretar el botón del disparador. Drahk dijo precipitadamente:

—Eso es lo que ustedes llaman justicia. Los Nakinos no entienden la justicia. Cualquier Nakino en mi lugar diría lo que yo he dicho. ¿Es que alguno de ellos se ha esperado para buscarme cuando me estrellé? ¡No! El instinto de conservación es núestra ley. Maté a Sarah simplemente porque ella había preferido trabajar contra nosotros. Pero yo estoy dispuesto a trabajar con usted. Por tanto, ¿qué razón puede tener para matarme? Va en contra de sus propios intereses.

Comprendí por fin que era imposible que yo tratara de ver las cosas con ojos Nakinos. Y a Drahk también le era imposible verlas con los ojos nuestros. Histórica, filosófica, incluso biológicamente, nuestras razas eran

mundos apartes en un sentido literal.

¿Con qué derecho, excepto el de la conquista, podía yo juzgarlo a él de acuerdo con la ética de la raza humana? El había nacido sin amabilidad, sin simpatía ni misericordia.

Peter dio un paso y se colocó a mi lado. Puso una mano en mi pistola de radiaciones y dijo:

—Es un cerdo, concedido. Y sé lo mucho que tú sientes lo de Sarah. Pero no hagas uso de ese chisme horrible. Hazlo rápido y limpiamente. Utiliza esto.

Me quitó la pistola de rayos de la mano y me puso en su lugar una pistola aguja. Miré la nueva arma y luego miré a Drahk, que aguardaba silenciosamente.

Entonces, le susurré unas palabras a Peter. El asintió.

—Está bien.

Retrocedió y se puso a hablarle a George, quien a continuación, entró en el platillo volante. Unos cuantos segundos después, el platillo empezó a alzarse lentamente. Desde una altura de poco más o menos metro y medio, George saltó al suelo, cayendo con una flexión característica!.

El platillo siguió ascendiendo firmemente en el cielo azul: el último platillo que quedaba en Vathic y que ahora lo abandonaba para siempre.

Drahk seguía el vuelo con la mirada.

Des hice una seña a los otros tres. Desfilaron frente a Drahk para meterse en el interior de *La Revenge.* Dije:

—Drahk, hace ya tiempo, aquí en Murges, se condenó usted a sí mismo. Al ofrecerme otro trato me dijo que yo no podría confiar en ninguna promesa! que usted me hiciera. Fue usted quien decidió apoderarse de este planeta. No se lo voy a quitar. Puede usted seguir siendo dueño de él.

No contestó. Entré en la nave. Cuando la rampa se alzó, volví a mirar a la solitaria figurilla y al amplio telón de fondo de ruinas. Sentí casi una punzada de lástima, sabiendo al mismo tiempo lo que él se habría reído de mi sensiblería!.

La puerta de la rampa se cerró, interrumpiendo otro profundo rugido del planeta condenado a morir.

Volví mi atención a las esferas.

Regresamos a la Tierra sólida: y plácida.

Y ahora estoy aquí sentado y me pregunto si tengo derecho a transmitir mi propia inquietud a mis conciudadanos y dirigir la gran cruzada contra el imperio Nakino. O si es mejor dejar a los míos en paz y nutrir sus almas con nuevas culturas.

Los Napoleones, ciertos o latentes, han nacido con este problema que forma tanta parte de ellos como sus corazones y sus pulmones. Sólo que algunos tienen más conciencia que otros.